Lorena A. Falcón

Un camino marcado

Libro 1 • El reino entre las nieblas

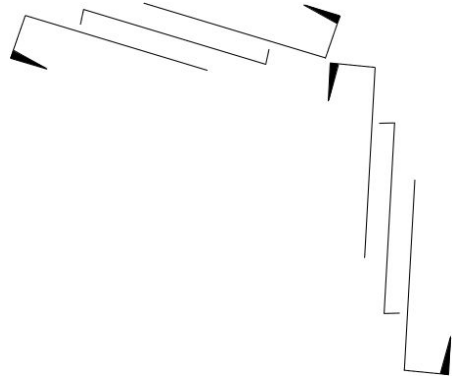
Contents

Portada
Copyright
Libros de la autora
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Trilogía El reino entre las nieblas
Nota de la autora
Sobre la autora
Agradecimientos
Otras obras publicadas
Un último conflicto (extracto)

UN CAMINO MARCADO

El reino entre las nieblas I

Lorena A. Falcón



Capítulo I

EMA FUE A BUSCAR AGUA para lavar los pies de su ama. La señora había llegado cansada de una fiesta y con los pies adoloridos. Nadie pareció notar que Ema tuvo que dejar su cena, una de las dos únicas comidas de su día, para ir a buscar agua y calentarla. Cuando volvió a la cocina, su plato a medio comer ya había sido retirado.

Suspiró y puso el agua al fuego. Luego se sentó a contemplar cómo se calentaba. El resto del personal se había ido, ya fuera a terminar con sus tareas o a descansar. Los hijos de la cocinera irrumpieron a los gritos, se corrieron unos a otros y empujaron a Ema un par de veces. Abandonaron la cocina con la misma indiferencia. Ema salió poco después, con el agua caliente. Sus pies caminaban sobre la piedra fría de la mansión. Los zapatos se habían roto hacía semanas y todavía no habían conseguido unos de reposición. Tal vez por culpa de sus pies tan pequeños, aun con los callos y juanetes.

A medida que avanzaba por el pasillo, el agua caliente le salpicaba los pies sucios. Subió los escalones hasta la planta alta con cuidado, sin quitar la mirada del piso. El cuarto de la señora estaba en el segundo piso y Ema había logrado atravesar las escaleras sin volcar más que unas cuantas gotas. Llamó a la puerta de la habitación del ama Raquel y esperó pacientemente a que la doncella le abriera. Cuando la puerta se abrió, entró con la cabeza gacha, colocó la cubeta al lado de los pies de su ama, que estaba sentada al tocador, y buscó las sales, que se guardaban en un armario.

—Ana —dijo Raquel dirigiéndose a la doncella—, ten listo para mañana el vestido índigo y el collar de topacio azul.

Ema levantó los pies de su ama con cuidado y los puso dentro de

la cubeta. Raquel hizo una mueca, pero siguió hablando sin mirar hacia abajo.

—También quiero un peinado alto, que deje todo mi cuello al descubierto.

—Sí, señora.

—Y ten en cuenta que todo tiene que estar listo para recibirlos a media mañana. Así que ocúpate de levantarme a la hora apropiada.

—Sí, señora.

Raquel suspiró mirando su imagen en el espejo.

—A veces creo que nadie aprecia el trabajo que hago para mantener esta casa.

La doncella se esmeró en seguir cepillando el cabello de su señora, pero no contestó. Ema masajeó los pies, encorvada sobre la cubeta y de rodillas sobre la dura piedra. Dedo por dedo, liberaba la tensión de aquellos pies que habían bailado en zapatos apretados, zapatos probablemente nuevos.

Raquel se levantó poco después y despidió a la doncella para ir a acostarse. Ema se limpió el agua que le había salpicado en la cara y se llevó la cubeta de la habitación. Fue primero al patio para descartar el agua sucia y después volvió a la cocina. Allí se encontró con Gaspar, el joven ayudante de panadero. El muchacho siempre se las arreglaba para entrar, en cualquier horario.

—Hola, Ema, ¿cómo estás?

—Bien —asintió Ema, dejó la cubeta en el piso y se sentó en una silla.

—Mira —dijo Gaspar mientras abría un paquete—, te traje un poco de pan que sobró de esta mañana.

—Gracias —replicó Ema y se abalanzó sobre un trozo, el cual trató de comer con lentitud.

Gaspar le sonreía. Se había quedado parado junto al fuego, que se mantenía encendido toda la noche.

—¿Y… —dijo Ema entre bocado y bocado— para qué viniste?

El muchacho cambió el peso de una pierna a la otra y se masajeó la nuca.

—Andaba cerca.

—¿Con el pan a cuestas? —Ema frunció el ceño.

Gaspar sonrió, con los hoyuelos que siempre se le formaban en la mejilla.

—Sí, me lo dieron justo antes de salir y, como la noche era linda, decidí caminar un poco. ¿No crees que sea una noche bonita?

—No lo sé, no la vi.

—Pero si recién viniste del patio. —Gaspar rio.

—Fui a tirar el agua con el que lavé los pies de la señora Raquel —murmuró Ema, sin levantar la vista.

Gaspar se movió otra vez, como si no encontrara una pose que le quedara cómoda. Se apoyó contra la pared.

—Ya…, pero tuviste que haber visto las estrellas.

—No me fijé. —Ema se puso de pie e hizo una mueca—. Me voy a acostar, mañana hay invitados en la casa.

—Ah, claro. —Se incorporó Gaspar.

—Buenas noches —sonrió levemente— y gracias por el pan.

—No es nada, buenas noches, Ema.

Gaspar vio a la muchacha abandonar la cocina y suspiró. Poco después, otra joven ingresó y se apresuró a llegar a su lado. Transmitía una energía que era difícil igualar a esa hora de la noche. Gaspar retrocedió imperceptiblemente.

—¿Y? ¿Cómo fue?

—Bien.

Ella lo miró de arriba abajo y puso los brazos en jarra.

—No pasó nada. —Apretó los labios—. Así esto no avanza.

—No quiero presionarla, Mayra.

—¿Presionarla? —Ella alzó ambos brazos hacia el techo—. Esa muchacha necesita una sacudida para despertarse.

—No hables así, Ema ve lo que pasa a su alrededor, es muy inteligente. Son los demás los que la hacen a un lado, pero ella quiere cambiar, quiere mejorar.

—Creo que tú lo tienes más claro que ella.

—En serio, Mayra, créeme, hablé muchas veces con ella, sé cómo piensa.

Mayra le clavó la mirada.

—Pues te puedo asegurar que no ve *todo* lo que sucede a su alrededor.

Gaspar sonrió.

—Le llevará un tiempo.

—¿Y estás dispuesto a esperar?

La sonrisa del muchacho se ensanchó.

—Creo que yo también voy a dormir.

Mayra bufó y negó con la cabeza. Luego de que Gaspar se fuera, se quedó sola en la cocina. Esa noche le tocaba hacer guardia para atender las solicitudes nocturnas de Raquel por algo dulce. Removió el fuego y se quedó mirando las llamas, pensativa. Solo echó una breve mirada al cuarto de servicio junto a la cocina, donde dormía Ema.

Era una pieza pequeña, más bien un armario grande, donde se guardaban los productos de limpieza. Ema dormía en un camastro dispuesto en una de las esquinas. Hacía tanto tiempo que vivía allí que se había acostumbrado al olor a amoníaco, el cual impregnaba toda su vida. Se había quedado dormida casi al instante, acurrucada contra la pared para palear el frío.

No había pasado mucho tiempo cuando la cocinera fue a despertarla para decirle que fuera a recoger los huevos frescos. Esa tarea era un suplicio cuando se iba descalzo, los granos que se utilizaban para alimentar a las gallinas estaban dispersos por todos lados. Ema se apresuró a terminar lo antes posible.

Cuando regresó a la cocina, estaban organizando las tareas del día. Todo el personal se apiñaba para escuchar a una mujer que vestía de negro y tenía una expresión sombría en el rostro. Hablaba con bastante desánimo, como si solo conociera la resignación.

—Bien, hoy somos catorce —dijo el ama de llaves—, así que... Sí, Mayra, ¿ya tienes una consulta?

—Sí, señora, es que creo que no contó a Ema, que estaba con las gallinas.

La mujer volvió su aburrido rostro hacia Ema, fue un movimiento lento y tirante. Sus ojos no demostraban ninguna emoción.

—Ah, claro, sí, me había olvidado —se acomodó las gafas—, como les decía antes de la interrupción, estos invitados son muy importantes para la señora. Así que redoblaremos la limpieza. —Se volvió hacia la cocinera—. Beatriz, la señora quiere contar con tres opciones de platos principales para sus invitados.

La cocinera rezongó por lo bajo.

—Bien —aplaudió el ama de llaves—, a sus tareas. —Se acercó a Ema—. Primero ocúpate del agua derramada en la habitación de la señora, no sé quién fue tan descuidado, pero los olores están molestando a la señora.

—Sí, señora. —Ema bajó la cabeza.

Pasó por el cuarto de servicio por los utensilios de limpieza y se dirigió al segundo piso con un andar pausado.

—*No sabemos quién fue* —murmuró—, si ella me pidió ayer que lavara los pies de la señora. Y ya sabemos quién es la descuidada.

Cuando llegó a la habitación, de nuevo la recibió la doncella. Raquel volvía a estar frente al tocador, esta vez vestida, y fruncía el ceño mientras giraba la cabeza de un lado a otro y se miraba en el espejo.

—No es esto lo que estoy buscando, Ana, hazlo de nuevo.

—Sí, señora.

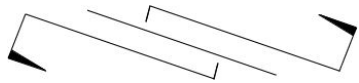
Ema se agachó junto al tocador, apenas unas gotas habían humedecido el piso. Sin embargo, las fregó con esmero y luego dejó cerca un recipiente con un poco de incienso para aromatizar la habitación. Cuando se retiró, la doncella todavía no había logrado crear un peinado que convenciera a la señora.

En el pasillo, la esperaba el ama de llaves.

—¿Qué haces paseando por aquí? Hay mucho trabajo que hacer,

ve a la cocina a ayudar con la comida.

—Sí, señora —murmuró Ema y evitó mirarla de frente, pero los músculos de sus mandíbulas sobresalían y llevaba las manos en puños mientras bajaba las escaleras.



EL ALMUERZO SE DESARROLLÓ en el salón principal. Un cuarto enorme que ocupaba casi toda la planta baja. Raquel presidía una larga mesa llena de comida, demasiada para la cantidad de invitados. La señora siempre se sentaba a la cabecera, como lo había hecho desde que se casara con el hombre que le había dejado su herencia. Aun cuando este vivía, ella dirigía todo y no se molestaba en ocultarlo.

Alrededor de la mesa, se sentaban un clérigo de bajo nivel y tres magos que ostentaban el título de maestros. Los atuendos eran similares, pero allí donde el clérigo vestía de un gris gastado y sin tonalidades, los magos llevaban colores oscuros y tornasolados, además de un prendedor cerca del cuello que indicaba el tipo de magia que manejaban. Los tres allí presentes practicaban la magia de ataque.

—Señores, debemos asumir que esto no va a continuar así mucho tiempo. —Raquel tomó un sorbo de vino—. Hasta ahora, hemos sido un reino independiente, pero los vecinos se están expandiendo y nosotros somos pequeños.

—Pero autosuficientes —dijo el clérigo en un murmullo, ningún hombre de la orden levantaba jamás la voz—, nuestras tierras son ricas.

—Con ello no alcanza —Raquel apretó los labios—, no en estos tiempos. Debemos forjar alianzas ahora, cuando nos ven como un posible socio y no como una conquista fácil.

—Creo que el rey está al tanto de esta necesidad —dijo uno de los magos.

—Tal vez —murmuró la señora—, pero eso no quiere decir que los ciudadanos preocupados no podamos reforzar estos vínculos.

—¿Qué tiene en mente la señora? —consultó un mago obeso mientras se servía más comida.

—Nada más que entablar algunas relaciones amistosas y realizar unos intercambios.

—¿Intercambios? —preguntó el primer mago, que se hallaba sentado a la derecha de la señora.

—Beneficiosos para ambas partes, por supuesto. —Sonrió Raquel —. Creo que todos sabemos del poder que están adquiriendo los

magos por sobre la Orden de la fe —se dirigió al clérigo—; sin desmérito, por supuesto.

—Para nada —dijo el hombre con una sonrisa serena—, todos sabemos que los magos siempre están buscando la forma de acrecentar su poder, pero la fe también se refuerza y aumenta cada día.

—Creo que esta mesa confirma —intervino el mago más anciano — que somos más en todos lados.

—Solo hablas de números de adeptos —dijo tranquilamente el clérigo—, la fe cuenta con el apoyo del pueblo.

—¿Y qué porcentaje del pueblo asiste a los rituales últimamente? —continuó el mismo mago, sin quitar la vista de su plato.

—Más del que asiste a las academias.

—Porque nosotros seleccionamos.

—Cobran a cualquier que requiera sus servicios.

—La magia tiene un precio.

—Y si cada vez hay más magos, este debería bajar. —Sonrió el clérigo.

Los magos se miraron entre sí.

—Es cierto que nuestro número crece —dijo lentamente el primer mago—, pero todavía somos pocos para dar servicio a todo el reino y no todos tenemos ese destino.

—Claro, claro —asintió el clérigo—, el destino.

Raquel comía tranquilamente mientras miraba a los hombres discutir. Algunos de ellos olvidaron la comida por un momento y ella sonrió al observar el cruce de palabras. El mago que estaba a su derecha, un hombre de fríos ojos celestes, era el que más contestaba al clérigo.

Después de que hubiera terminado su primer plato, Raquel esbozó una enorme sonrisa y, con voz edulcorada, dijo:

—Caballeros, por favor, no los invité para discutir las diferencias entre la Academia y la Orden.

—¿Y para qué, exactamente, nos invitó? —preguntó el mago a su derecha.

—Para discutir la situación del reino.

—No creo que eso nos incumba directamente —dijo el mago anciano—, ninguno de nosotros forma parte del consejo que asesora al rey.

—Mmm… —Raquel tomó un sorbo de vino—, lo que quiero discutir no es realmente algo oficial, sino una leve contribución a fortalecer nuestro reino. Una opción que puede fortalecernos a todos, ¿no quisieran escucharla?

Los cuatro hombres se volvieron a verla, incluso el mago que no dejaba de comer. Raquel hizo señas a la criada para que sirviera el

segundo plato antes de continuar.

—Es todo una cuestión de poder —Raquel saboreó la palabra—, el que ustedes pueden conseguir si se unen con algunos magos y clérigos de los reinos vecinos. Yo podría organizar una reunión… privada, por supuesto, para que se conozcan y el resto —sonrió— podrá darse naturalmente.

Sus invitados se miraron entre sí, unos fruncieron el ceño, otros los labios. Mientras, Ema esperaba que alguien notara la fuente con comida que deseaba apoyar en la mesa. No podía interrumpir, ya que hablar sin permiso estaba prohibido por la señora, pero la fuente comenzaba a temblar en sus brazos y tuvo que apoyarla parcialmente sobre su cuerpo. Al final, se acercó a la señora Raquel, que era quien estaba recibiendo toda la atención en ese momento.

—¿Señora? —susurró, pero Raquel no se inmutó ni nadie se volvió a mirarla.

Ema volvió a cambiar de lugar la fuente, un poco más arriba de su antebrazo, hasta encajarla contra el codo.

—Creo que no dañaríamos a nadie —dijo el primer mago.

—Tadeo —jadeó el anciano a su lado, el otro mago había vuelto a prestar atención a la poca comida que quedaba en su plato.

Raquel lo observó con una expresión de ligero disgusto y luego se concentró en los otros dos. El mayor parecía levemente indignado.

—Es una reunión inofensiva —se encogió de hombros Tadeo—, solo socializar con nuestros vecinos.

—Claro —sonrió Raquel—, me sentiría honrada de prestar mi casa para…

—Sin embargo —la interrumpió Tadeo—, no creo que debamos ponerla en ese compromiso —sonrió—; si nos provee el contacto, nosotros podríamos organizar esa reunión.

Raquel apretó los labios, todavía ajena a Ema, que se movía incómoda a su lado.

—Mi señor mago, no debe subestimar las atenciones que una reunión organizada por una mujer puede proveer, para relajar los ánimos y fomentar las relaciones.

—Yo también creo que sería mejor realizar la reunión aquí —dijo el clérigo.

Tadeo lo miró con los ojos entornados y una leve sonrisa.

—No creí que la fe pudiera estar interesada en este tipo de evento.

—A la fe le interesa todo lo humano y, por supuesto, nos gustaría contribuir a mejorar las relaciones con los vecinos. Siempre apoyaremos las iniciativas valiosas de las personas importantes del reino —inclinó la cabeza en dirección a Raquel—, aunque no las hagamos por nuestra cuenta.

Tadeo sonrió.

—Claro, para qué asumir el riesgo, ¿no?

—La Orden no suele hacer esas valoraciones, nuestras relaciones no son transacciones, simplemente vínculos con el pueblo, cualquiera sea su posición. Nos gusta mantenernos imparciales. —Se volvió hacia Raquel—. Sí, señora, creo que nos gustaría participar en una reunión de ese estilo.

—Perfecto. —Raquel dio un leve aplauso—. Ahora, ¿dónde está esa carne que nos prometieron?

—Señora —dijo Ema a su lado, la fuente casi se le resbaló del brazo.

Raquel suspiró.

—¿Qué haces allí parada como una estatua? —Negó con la cabeza haciendo grandes aspavientos—. Hay que explicarle todo a la servidumbre actual. ¡Sírvenos!

—Sí, señora.

—Sobre todo a estos criados —continuó Raquel como una confidencia hacia Tadeo—, los huérfanos no sirven para nada, no aprenden las tareas más sencillas.

Ema apoyó la fuente en el lugar que le dejaron libre y sirvió los platos sin levantar la vista. Ninguno de los presentes le prestó atención, más allá de una breve mirada del mago de ojos celestes.

Cuando volvió a la cocina, se desplomó sobre una silla.

—Vamos, chica —le dijo la cocinera golpeándola con el trapo—, que aquí no se está para descansar. Ya bastante te demoraste en llevar una fuente al comedor.

—No entiendo por qué ella siempre me ve —murmuró Ema al ponerse de pie e ir a ayudar a Mayra con los platos para lavar.

—Ella lo ve todo, es como el ama de llaves. —Sonrió Mayra.

—Mmm… —dudó Ema.

—Bueno, casi. —Mayra frunció los labios—. Creo que es mejor decir que tiene una especie de radar: si siente que estás descansando, es capaz de cruzarse toda la casa para ir a buscarte y darte algo que hacer.

Ema se arremangó el vestido, hundió los brazos en el agua caliente y comenzó a fregar los platos.

—Sin embargo, no parecen felices —reflexionó Ema—, yo lo sería si fuera importante. Si la gente notara…, si la gente me notara.

—Yo te noto —dijo Mayra— y no soy la única.

—La cocinera no cuenta.

—No estaba pensando en ella.

—Y, en verdad, no te notan a menos que en verdad seas importante —continuó Ema sin prestar atención al comentario de Mayra—, como esos magos del almuerzo.

—Bah, magos —Mayra se sopló el flequillo—, se dan más importancia de la que tienen. Aunque es cierto que ganan mucho dinero —agregó con ojos soñadores.

—¿Por qué no te haces la prueba?

Mayra miró alrededor antes de contestar. El resto del personal estaba más alejado del rincón donde se encontraban ellas y las pilas de platos.

—Ya la hice. —Suspiró y asió otro plato, el cual fregó con fuerza.

—Lo siento.

Mayra se encogió de hombros.

—Hay otros trabajos —dijo Ema con ánimos—, tú ya puedes elegir. ¿Le preguntaste a Gaspar?

—Pregunté por todos lados, nadie está tomando aprendices. Pero ya que traes el tema de Gaspar…

—¿Qué pasa conmigo?

El muchacho apareció detrás de las dos jóvenes y recibió agua caliente y jabonosa en la cara como recompensa.

—No me merecía eso —se quejó secándose el rostro con un repasador.

—Nos asustaste —dijo Mayra.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Ema frunció el ceño.

Gaspar se llevó la mano al pecho con un leve golpe y abrió grandes los ojos, a la vez que intentaba mostrarse apenado.

—¿Es que tanto resientes verme?

—Claro que no —Ema se echó su rubio cabello hacia atrás y volvió su atención a los platos—, es que la panadería no queda cerca de aquí.

—Tenía que hacer unos encargos. —Gaspar se encogió de hombros y se acercó un poco más, con cautela.

—No hay muchas casas cerca.

—Creo que voy a ir un minuto al baño —dijo Mayra secándose las manos en el delantal.

Ema se detuvo un momento en su tarea y, con el ceño fruncido, la observó irse.

—¿Cuándo tienes un momento libre? —preguntó Gaspar.

—Esta tarde —dijo sin mirarlo—. La señora va a hacer una visita a la nueva casa que compró y el ama de llaves irá con ella.

Gaspar sonrió.

—¿Te gustaría ir a la feria que está en las afueras? No es muy lejos y hoy voy a llevar a mi hermano.

Ema dudó.

—Vamos, aunque no compremos nada, será agradable.

—Bueno —volvió a quitarse los mechones de pelo que le caían

sobre el rostro—, le podemos preguntar a Mayra.

—Eh, sí, claro. —Se rascó la nuca—. ¿Nos encontramos en la panadería? ¿A las cuatro?

—Sí, está bien.

—¿Qué hace este muchacho aquí? —llegó jadeando la cocinera —, ¿y dónde está esa otra chica? ¡Quiero estos platos limpios antes de la cena!

—Sí —murmuró Ema y bajó la vista.

Gaspar se alejó de allí empujado por la cocinera. Intentó captar la atención de Ema, pero ella ya no lo miraba. Con una mueca, se dio la vuelta y salió de la cocina por la puerta que llevaba directamente a la calle.

Mayra regresó poco después, ignoró la mirada de la cocinera y volvió a colocarse junto a Ema para continuar con los platos.

—¿A dónde fuiste?

—Al baño, ya te dije.

—Bueno —Ema echó un vistazo hacia atrás, pero la cocinera ya se había ido a gritar a otro lado—, Gaspar quiere ir a la feria, ¿vamos?

—No creo que haga falta que yo…

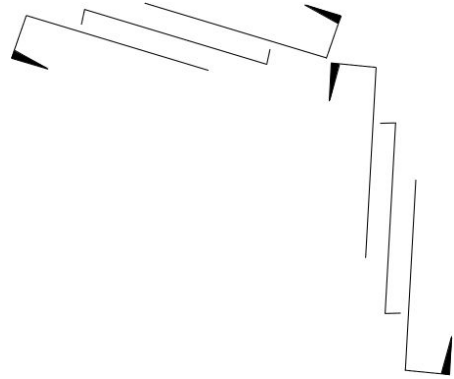
—Va a llevar a su hermano.

—¡¿Qué?!

Beatriz volvió a aparecer a las espaldas de Mayra.

—¿Es que no entiendes una tarea tan sencilla como lavar los platos? No se necesita hablar para ello.

—Sí, señora —respondió Mayra y eligió otro plato, mientras negaba con la cabeza.



Capítulo II

La señora Raquel abandonó la casa poco después del almuerzo, acompañada por la doncella y el ama de llaves. En general, solo ofrecían un día de descanso a los criados, pero cada vez que se ausentaban tanto la señora como el ama de llaves, solían tomarse un par de horas para ellos también.

Ema y Mayra se cuidaron bien de no estar en el camino de la cocinera, quien en ausencia de las demás, solía asumir la dirección.

—Solo basta con que estemos de regreso para servir la cena —comentó Mayra—, no se darán cuenta.

Menos de una hora después de que la señora se fuera, las jóvenes se dirigieron a la panadería por el camino más directo. Era de tierra, cerca de la casa de Raquel, pero comenzaba a empedrarse a medida que llegaban a la zona de comercios donde se encontraba el local donde trabajaba Gaspar. No era la parte más exclusiva del reino, pero sí una zona respetable, ocupada en su mayoría por comerciantes y artesanos.

Ema caminaba un poco raro en los zapatos prestados de Mayra.

—Ya te acostumbrarás —dijo esta.

—Si muevo mucho los pies, se me salen.

—¿Preferirías ir descalza?

—No, no dije eso, no quise, te agradezco que me los prestaras.

—Fue solo una broma. —Mayra le apretó el brazo—. Mira, ahí está Gaspar.

El joven las esperaba en la calle, un muchacho de unos diez años lo acompañaba. Este último no levantó la vista hacia ninguna de las jóvenes cuando se acercaron y se escondió detrás de su hermano.

—Es un poco tímido —dijo Gaspar—. ¿Quieren entrar en la panadería? Sobró un poco de masas de esta mañana y hay algo de leche.

—¡Claro! —exclamó Ema.

Mayra sonrió.

—No entiendo cómo puedes comer otra vez cuando no hace ni dos horas que almorzamos.

—Esa no era comida de verdad, solo restos de platos extravagantes. —Se encogió de hombros—. Además, no comimos postre.

Gaspar las guio hacia la parte trasera local. La cocina era amplia y había restos de harina por todos lados. El joven sacudió una pequeña mesa contra la pared y les indicó que se sentaran. Con agilidad, le sirvió a cada uno un vaso de leche y dejó las masas en el centro de la mesa. Aunque tuvo que alcanzar unas a su hermano, porque este todavía se negaba a levantar la vista.

El panadero pasó por ahí y le hizo un gesto a Gaspar, quien asintió y se levantó para ir tras él. El lugar no era muy grande, así que las chicas no pudieron evitar ver cómo Gaspar le daba unas monedas al panadero. Cuando volvió a la mesa, Ema lo miró con el ceño fruncido.

—Gaspar, no tenías que…

El muchacho se puso un dedo en los labios y señaló a su hermano, que comía las masas con entusiasmo.

—Vamos, chicas, disfruten —dijo Gaspar y sonrió antes de engullir una masa.

La merienda terminó pronto y el hermano de Gaspar estaba más animado. Les dedicó una sonrisa tímida a ambas y se decantó por Mayra. De a poco, fue contestando las preguntas que ella le hacía y su voz ganaba firmeza.

Gaspar le dedicó una sonrisa a su amiga y luego puso los vasos y el plato en el fregadero. Salieron del local por una puerta trasera, después de que Gaspar se despidiera del panadero.

El camino hacia las afueras del reino no les llevó más de media hora, dado que se encontraban bastante alejados del centro. A medida que se acercaban al lugar donde la feria se había asentado, las calles se iban llenando de gente. La mayoría eran familias con niños de diferentes edades. El hermano de Gaspar tuvo otro ataque de timidez, pero de la mano de Mayra pronto volvió a mostrar una sonrisa.

La feria era la más grande que había pasado por el reino y no solía quedarse muchos días seguidos, por lo que siempre estaba llena de visitantes. Las tiendas de diferentes colores no seguían ninguna disposición fija y estaban colocadas de forma tal que había que pasar varias veces por delante de cada una de ellas para llegar a verlas

todas.

Mayra se había alejado un poco con el hermano de Gaspar y estaban observando unos títeres enormes que eran la atracción de casi todos los chicos. Ema y Gaspar se habían quedado a unas tiendas de distancia.

—¿Te gusta este? —le preguntó Gaspar a Ema señalando un collar con una piedra azul.

Ema lo rozó suavemente con el dedo.

—Se parece a…

—Hace juego con tus ojos.

Ema rio.

—Mis ojos no son de ese color.

—Casi —se rascó la nuca Gaspar—, son más claros, pero no hay piedras celestes.

—Es hermoso —Ema lo volvió a acariciar con un dedo trémulo —, pero no tengo ningún lugar donde pueda usarlo, no soy importante y no voy a fiestas.

—Por supuesto que eres importante —sonrió Gaspar— y podrías usarlo todos los días, ¿por qué hay que esperar a una fiesta?

—¿Todos los días? —Ema negó con la cabeza, aún con una sonrisa en los labios—. ¿Para fregar el piso? Gaspar, no seas tonto.

Él hizo una mueca y se rascó la nuca, pero echó otra mirada al collar antes de alejarse del puesto para ir en busca de su hermano.

—Creo que ya debemos regresar —le dijo Ema a Mayra.

—Todavía hay tiempo.

—Empieza a oscurecer.

Mayra suspiró.

—Este trabajo no lo vale, ¿sabes? —comentó a la vez que se ponía en movimiento—. Ni siquiera alcanza para que me compre algo bonito.

—Al menos tú cobras algo —murmuró Ema.

—Ya lo harás tú también —dijo Gaspar—, solo te quedan unos meses para cumplir la mayoría de edad y librarte del trabajo obligado.

—Sí —susurró Ema, pero el rostro se le puso serio y no volvió a decir nada en el resto del camino de regreso.

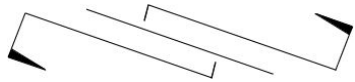
Gaspar se despidió de ellas más o menos a la altura de la panadería, para llevar a su hermano de vuelta a la casa. Ellas continuaron por un camino casi desierto hasta la mansión de la señora Raquel. Desde fuera se veían todas las habitaciones iluminadas.

—Parece que la señora regresó —gruñó Mayra.

—¡Mayra! —gritó el ama de llaves, que apareció por la puerta de criados—. Y tú también, jovencita, ¿dónde estaban? La señora desea cenar de inmediato, pero primero quiere darse un baño.

Se volvió hacia Ema y frunció el ceño.

—Sí, señora —murmuró ella y fue en busca de agua. Suspiró cuando tomó el balde en sus manos—. ¿Cómo podría llevar un collar para esto? Para algo tan insignificante.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Ema se levantó temprano como todos los días y fue a buscar el agua que se usaría para cocinar el desayuno. El aire era frío, pero al menos llevaba los pies cubiertos por primera vez en dos semanas. Al volver a la casa, encorvada por el peso que llevaba sobre los hombros y con dos cubos llenos que se balanceaban a los lados, tropezó con uno de los magos que había visitado la casa el día anterior.

Por el porte, parecía ser el que estaba al mando, aunque la mayoría de los magos se comportaba de esa manera. Lo que destacaba de este era que tenía la desconcertante cualidad de poseer un cuerpo de muchacho y una cara de adulto.

Ema se asombró al notar que tenían la misma altura, pero detuvo su inspección cuando advirtió que él había reparado en ella.

—¿Lo puedo ayudar, señor?

La pregunta fue automática, así como esperar a que le dieran una respuesta antes de continuar. Se acomodó el madero que llevaba sobre los hombros con cuidado de no volcar los cubos y estiró levemente el cuello con una mueca.

El hombre la observó con gélidos ojos celestes antes de contestar.

—Sí, buscaba a la señora Raquel, pero parece no encontrarse en casa. —La miró de arriba abajo—. Tal vez puedas entregarle un mensaje.

—Sí, señor. —Ema hizo equilibrio con los cubos y tendió la mano.

El mago le dio un sobre, cuidándose de sostenerlo de forma de no rozar los dedos de Ema. Sin embargo, cuando ella tiró del sobre, él lo retuvo.

—Dáselo apenas regrese y asegúrate de que sea en mano.

—Sí, señor.

—Y no intentes abrirlo —continuó sin soltar el sobre—, está protegido y solo puede ser abierto por la señora.

—No se me ocurriría hacerlo.

El mago hizo un ruido con la boca y soltó el sobre. Dio un paso atrás y volvió a observarla con fijeza. Ema amagó una reverencia y se alejó caminando lentamente.

—Espera, muchacha.

Ema se detuvo.

—Una consulta. —Frunció los labios—. Por casualidad, ¿la señora tuvo otras visitas esta semana? ¿Tal vez por parte de magos o de clérigos?

Ema titubeó.

—Perdón, señor, pero no creo que deba informarle eso sin que la señora lo autorice.

El mago sonrió con un gesto tenso.

—Muy bien, muchacha, veo que eres de confiar.

Ema frunció el ceño, pero el mago ensanchó más su sonrisa.

—Voy a encomendarte una tarea más. Te aseguro que no irá en contra del bienestar de tu señora, al contrario, quisiera asegurarme de él.

Ema se mordió el labio.

—No sé, señor…

—No te preocupes. ¿Ves esto? —Le extendió un papiro con una línea de símbolos—. Son runas de defensa. Protegerán a la señora en su casa.

—¿Pero no necesitan ser tocadas por un mago para funcionar?

El mago entornó los ojos y la evaluó un momento.

—Eres una joven inteligente, sin duda. Es la forma más conocida de magia, sí, pero no la única. No hace falta que te aburra con eso. Solo basta con que lo pongas en la habitación de la señora o en cualquier otro lugar donde ella pase el tiempo.

Ema miró la tira de papel mordiéndose el labio. Las rodillas le habían comenzado a temblar por el peso soportado, que solo mantenía con una mano mientras que con la otra sostenía el sobre para la señora.

—No pasa nada, muchacha —dijo el mago perdiendo la paciencia—. Ven, tócalo, verás que es inofensivo.

El mago rozó con el papel el dorso de la mano de Ema.

La electricidad se sintió en el aire y las runas se iluminaron en el papel. El mago lo tiró al piso. Ema se cayó al suelo, tirando el agua sobre el papel y el sobre.

—Oh, lo siento —dijo de rodillas mientras trataba de secar el sobre—, lo siento mucho.

—¡Deja eso, muchacha!

Ema levantó la mirada, temblando.

—Dame. —Le sacó el sobre y se lo guardó en el bolsillo de su túnica.

—Señor, yo…

—Calla.

El mago se masajeó la sien derecha con un dedo mientras murmuraba por lo bajo. Luego levantó la tira de papel humedecida y

la guardó en otro bolsillo, tenía los bordes quemados y una parte se había desvanecido. Sacó un papel en blanco y escribió unas runas con rapidez.

—Ponte de pie —ordenó sin mirarla.

Ema obedeció, con la cabeza gacha.

—Toma —dijo tendiéndole la tira de papel—, roza el dedo sobre las runas.

—¿Qué?

—Vamos, muchacha, no tengo todo el día.

Ema extendió la mano con lentitud.

—¿Qué está sucediendo aquí? —La cocinera estaba parada en el umbral de la puerta de servicio con los brazos en jarra—. ¿Qué es esto? —cuestionó señalando los cubos en el piso—. ¿Acaso crees, muchacha, que tengo todo el día para esperarte?

—Perdón —Ema recogió los cubos y se puso el madero sobre los hombros—, me tropecé, iré a buscar más.

—Apresúrate, no me gusta la gente perezosa.

—Un momento —intervino el mago con voz firme, aún tenía el papel en la mano.

—Señor —dijo la cocinera con voz afilada—, con respeto, usted no puede decirme cómo manejar mi cocina y la señora querrá el desayuno en breve.

—Tenía entendido que no estaba en casa.

—Yo no sé si está o no. —La cocinera cruzó los brazos sobre el pecho—. El desayuno tiene que estar listo y a disposición de la señora a la hora apropiada, que ella después lo consuma o no es su decisión.

El mago la evaluó, Ema comenzó a retirarse.

—No te muevas, muchacha.

—Señor —gruñó la cocinera.

—Esto no tiene que ver contigo —levantó una mano—; si la chica tiene magia, entra en mi jurisdicción.

—¿Magia? —preguntaron la cocinera y Ema a la vez.

—Sí, la prueba es simple.

—Creo que debería llamar a la señora —opinó la cocinera.

—Haz lo que quieras. —El mago le dio la espalda y volvió a ofrecerle el papel a Ema—. Deja esos cubos y haz lo que te digo.

Ema miró para todos lados. Había vuelto a quedar sola con el mago. Suspiró y apoyó los cubos sobre el suelo. Tomó la tira de papel y acarició las runas. Chispas brotaron de las runas y la tira se hizo cenizas en sus dedos.

—¿Qué…? —dijo Ema y levantó la vista para ver al mago sonriendo.

Sostenía una piedra en la mano y la arrojó. Ema se cubrió la cabeza con los brazos, pero el golpe nunca llegó.

—Estás protegida, muchacha. —Ahora los ojos del mago mostraban interés.

Cogió otra piedra y la arrojó otra vez. El aire tembló alrededor de Ema y la piedra rebotó. Ema extendió el brazo con lentitud, sus dedos chocaron con una barrera invisible. Hizo un poco de presión y la atravesó.

—¿Qué es esto? —La señora Raquel estaba en la puerta.

—Ah, señora —sonrió el mago—, me alegro de que haya llegado a su casa.

El rostro de Raquel no se inmutó.

—Aquí he hecho el descubrimiento de que una de sus criadas tiene magia.

Raquel miró a Ema con los labios apretados y ojos acusadores. El ama de llaves se asomó por detrás.

—Como bien sabe —sonrió el mago—, eso la libera de su servicio y entra en el nuestro.

Raquel inspiró y se volvió a su ama de llaves. Intercambiaron unas palabras en voz baja y luego Raquel enfrentó al mago otra vez.

—Está bien, solo quedaban seis meses de servicio —irguió la cabeza y echó una mirada a Ema— y luego íbamos a dejarla ir.

Ema jadeó.

—¿Dejarme ir? —susurró.

El aire volvió a temblar a su alrededor. Ema dio un paso atrás.

—Era un hechizo temporal —dijo el mago con un ademán—. Vamos, acompáñame a la academia. —Se volvió hacia Raquel, como si fuera un pensamiento de último momento—. Confío en poder verla después, señora.

—Puede ser… —dijo Raquel—, tengo ocupaciones diarias, algunas de ellas muy importantes.

El mago hizo una reverencia y la observó hasta que cerró la puerta. El ama de llaves había quedado fuera y se acercó a él.

—Primero hay algunas cosas que debe terminar. —Tomó del brazo a Ema.

—Yo también soy un hombre ocupado. —El mago entornó los ojos.

—Por la tarde estará lista, señor —dijo el ama de llaves mientras arrastraba a Ema hasta la cocina.

Lo cubos quedaron tirados en el piso, rodeados del suelo húmedo. Tadeo se quedó parado allí unos minutos más. Luego sonrió y se alejó con paso ligero.

El ama de llaves la empujó a través de la cocina, en medio de las miradas atónitas del resto de los criados, incluida Mayra. El murmullo se reanudó apenas hubieron cruzado las puertas que daban al comedor. La señora Raquel esperaba allí, de pie y con los brazos en

jarra. Parada en el centro de la habitación, su altura era imponente.

—¿Qué es esto? —Caminó hasta quedar a centímetros de Ema—. ¿Cómo te atreves a humillarme así?

—Señora —Ema miró hacia arriba y agrandó los ojos—, yo nunca…, fue un accidente.

—Accidente. —Raquel elevó ambas manos y caminó por el cuarto.

Dio una vuelta completa antes de dirigirse al ama de llaves.

—¿Cómo no me lo dijiste?

—Señora, no estaba al tanto…

—Deberías, para eso te pago. ¡Tendrías que estar al tanto de todo!

El ama de llaves apretó los labios y le dio un pellizco a Ema. Esta bajó la cabeza y la mantuvo así.

—Lo siento —su voz sonaba amortiguada—, yo…

—No quiero escuchar tus disculpas, niña —Raquel se golpeó una mejilla con el dedo—, estoy pensando cómo resolver esto. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Ema calló.

—Ahora eres propiedad de la Academia de magos y ese Tadeo seguro intentará sacarte información sobre mí. —La miró de arriba abajo—. Aunque no creo que sepas nada de importancia y si lo hubieras visto, no lo hubieras entendido. —La encaró otra vez—. No le contarás nada sobre mí ni sobre esta casa.

—No, señora. —Tembló Ema.

—No entiendo cómo el poder se le pudo dar a alguien como tú, tan inadecuado, cuando yo… —Sacudió la cabeza—. Encima ni siquiera eres mayor de edad. Si fueras una persona, podríamos tener un contrato, pero ni eso.

Retomó su caminar por el cuarto, parecía que estuviera acechando a los muebles. Tanto Ema como el ama de llaves se mantuvieron lejos de su camino.

—Bien, esto es lo que haremos. No queda más que permitir que te lleven.

Ema se mordió el labio como si quisiera detener una pregunta antes de dejarla escapar. El ama de llaves volvió a pellizcarla.

—Dentro de seis meses, cuando seas mayor de edad, regresarás aquí para trabajar para mí.

—¿Por qué? —Ema se tapó la boca con la mano apenas lo dijo.

—¿Por qué? —Raquel se acercó a ella y la agarró por la muñeca —, porque te alimenté todos estos años. Si no fuera por mí, hubieras quedado en la calle, donde te dejaron tus padres.

Ema bajó la cabeza. Raquel se la levantó y la forzó a mirarla.

—¿Me entiendes?

—Sí, señora.

—Y más te vale que no se te escape nada con ese mago.

—No, señora.

Raquel la soltó e hizo una señal al ama de llaves, quien arrastró a Ema de vuelta a la cocina. Se escucharon los ruidos de pasos que se alejaban de la puerta antes de que ellas la cruzaran.

—Limpia tu cuarto y asegúrate de llevarte solo la ropa que tienes puesta, lo que ya es muy generoso por parte de la señora.

El ama de llaves le retorció el brazo antes de liberarla. Cuando se fue, Ema se dirigió a su cuarto entre las miradas del resto del personal. No le llevaría mucho ordenarlo, solo tenía que sacar las sábanas y cerrar el catre.

—¿Es cierto? —dijo Mayra a sus espaldas.

—No sé qué es cierto. —Ema golpeó el camastro contra la pared y suspiró—. Pero ¿sabes qué sí es cierto? Que me voy de aquí —bajó la voz— y no volveré.

Ema tenía las mejillas encendidas y el tono de su voz sonaba más decidido. Mayra sonrió y asintió.

—Bien por ti, ya era hora de que reaccionaras.

—¿Qué está pasando ahí? —Se acercó la cocinera—. Esa ya no nos sirve, pero tú —señaló a Mayra— estás de servicio y no te pagamos por cotillear.

—Ya voy.

—Ahora.

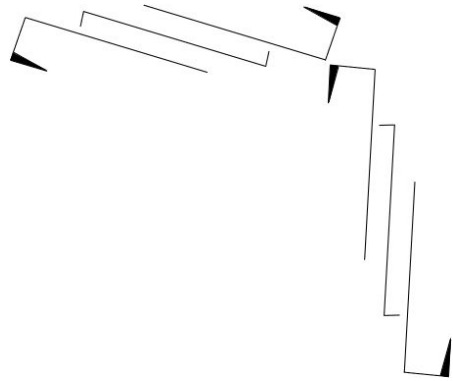
Mayra bufó y volvió a la cocina.

—Más vale que no falte nada —señaló a Ema con el cucharón—, lo tengo todo contado.

Ema mantuvo el silencio. Cuando vio que no reaccionaba, la cocinera se fue. Ema se sentó en el piso y volvió a suspirar. Paso toda la mañana ahí, donde escuchaba las voces de los que estaban en la cocina. En un momento, se recostó contra la pared y se adormiló, hasta que al mediodía Mayra le llevó algo de comida. Sin embargo, esta vez tampoco no pudieron hablar, ya que la cocinera se mantenía cerca.

Ema decidió ir a comer al jardín frontal, algo que no estaba permitido para los criados. Se sentó bajo un gran árbol que estaba plantado en el centro. Luego se quedó sentada allí, con la mirada perdida en el horizonte. Algunos de los criados pasaban cada tanto por allí y le dirigían una mirada extraña.

La tarde llegó con rapidez y Tadeo no se hizo esperar.



Capítulo III

—Ah, veo que ya estás aquí —dijo el mago cuando la encontró bajo el árbol.

Ema volvió a mirarlo con el ceño fruncido. Su mirada iba del rostro a su cuerpo, como si tratara de entender cómo podían pertenecer a la misma persona.

—¿Hay algo que quieras preguntar? —Tadeo entornó los ojos.

—No, señor. —Se puso de pie y trató de limpiar su ropa—. Estoy lista.

—Bien, ve a buscar tus cosas mientras hablo con la señora.

Ema enrojeció y se quedó inmóvil, con la vista fija en los zapatos que Mayra le había prestado. Tadeo suspiró.

—No tienes pertenencias, ¿no?

—No, señor.

—¿Por qué siempre nos tocan los pobres? —murmuró—. Espera aquí, ya vuelvo.

Ema lo vio acercarse a la puerta principal, pero volvió a salir tan rápido que era obvio que la señora no lo había recibido.

—Vamos —gruñó cuando pasó junto a ella.

Ema echó un vistazo a la puerta de servicio y luego a los zapatos, pero Tadeo ya se alejaba. Se apresuró a seguirlo y anduvo unos pasos detrás. Caminaron por más de una hora hasta llegar al centro del reino. Ella evitó a la gente que se cruzaba sin verla. No solía ir a la ciudad, pero allí recibía el mismo trato que en la casa: la gente pasaba a su lado sin mirarla. Estaba tan concentrada en ello que no notó que Tadeo se había detenido.

Estaban frente a un edificio grande y robusto. Era el mayor que

se habían cruzado hasta el momento, excepto por el que estaba justo enfrente. Allí se erguía el principal templo de la Orden de la fe. Tadeo le echó una mirada de disgusto y se dirigió hacia la Academia. Ingresó por la puerta principal, que se abrió sola apenas él se paró delante. Ema tanteó con cautela antes de dar un paso.

—Entra, estas puertas dejan pasar a cualquiera con magia —explicó él—, son los otros los que necesitan permiso. —Volvió a echar una ojeada al templo que se alzaba al otro lado.

Ema cruzó el umbral y jadeó cuando vio el interior de la Academia. Las paredes eran lisas y doradas en la parte baja, en la superior estaban llenas de pequeñas luces que ofrecían una claridad parecida a la de un día soleado. El techo se elevaba a mucha altura y titilaba con luces de colores. Estaban en una enorme sala con columnas adornadas, a partir de la cual se abrían al menos ocho pasillos. Tadeo la dirigió al segundo de la derecha. Sus pasos no resonaban en ese piso que parecía de piedra y, sin embargo, estaba tibio bajo sus pies. Llegaron a un pequeño cuarto donde un hombre enjuto estaba sellando papeles. Tenía pilas por todos lados, incluido el piso.

—Tadeo. —Miró por encima de los anteojos—. ¿Qué te trae por los bajos de la Academia?

—Vengo a registrar a una nueva pupila.

El hombre enjuto miró a Ema.

—¿Mayor de edad?

—En seis meses, señor —contestó ella casi en un susurro.

Sin apenas pestañear, el hombre volvió a dirigirse a Tadeo.

—¿Será *tu* pupila?

—Aún no lo decido.

—Tienes una semana —volvió la vista a su escritorio y buscó unos papeles—, luego tendremos que asignarle otro, sobre todo si es menor. —Tadeo asintió y el otro hombre buscó una pluma—. ¿Nombre? —preguntó dirigiéndose a Ema.

—Ema.

—¿Apellido?

Ema se rascó la cabeza.

—¿Huérfana? —dijo el hombre enjuto.

—Sí, señor.

—Bien, te anotaré como Ema… Tad. —Sonrió.

Tadeo hizo un ruido con la nariz.

—Supongo —dijo Ema.

—No te preocupes, muchacha, es para poder diferenciar a las personas —se volvió a Tadeo—, yo me ocuparé a partir de aquí.

El mago titubeó.

—Como quieras —dijo al final y los dejó solos.

—¿Esa es toda la ropa que tienes? —dijo el hombre mirándola por encima de los anteojos.

—Sí, bueno —se retorció los dedos Ema—, no tuve oportunidad de…, pero está limpia, eso lo puedo asegurar, y los zapatos…

Se detuvo mirando los pies.

—Está bien, muchacha, no hace falta que expliques.

—No, quiero decir, tengo que volver a la casa.

—Creo que no podrás durante un tiempo —siguió escribiendo con rapidez—, a los aprendices no se les permite salir durante el primer mes de estadía.

—Es que los zapatos…

—Se te dará otros, usados, pero en buen estado.

—Son prestados.

El hombre alzó la cabeza.

—¿Perdón?

Las mejillas de Ema se llenaron de puntos rojos.

—Los zapatos son prestados, de una de las chicas que trabaja en la casa de la señora.

—Bueno, estoy seguro de que, si los necesita, los vendrá a buscar. —Se puso de pie—. Ven, te mostraré tu cuarto.

La guio por intrincados pasillos, más largos de lo que se podía intuir por el tamaño exterior de la academia. Terminaron en uno que se hundía en el infinito y tenía multitud de puertas de cada lado. Al verlos, Ema se desinfló.

—¿Tantas? —susurró.

—Están señaladas con color y número —explicó el hombre avanzando hasta una puerta a la derecha, que no la había oído—, la tuya es la naranja once.

Abrió la puerta y le entregó la llave. Ema tardó en reaccionar y extender la mano.

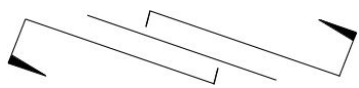
—Trata de no perderla.

—No, señor. —La apretó contra su pecho.

La habitación consistía en un cuarto pequeño sin decoración y que solo contenía una cama, una mesa, una silla y un pequeño ropero.

—No es mucho, pero podrás descansar y estudiar con privacidad. El baño es compartido. Ven, te mostraré dónde está y trataremos de conseguir algo de ropa.

Ema lo siguió, aferrando entre los dedos la llave de su primera habitación. Le había costado quitar los ojos de la cama.



—¿EMA? ¿UNA MAGA? —Gaspar se había desplomado sobre una

silla cuando Mayra se lo contó.

Estaban en la cocina, ella estaba de guardia otra vez ya que era el turno que le tocaba a Ema. Gaspar había aparecido poco después de que los demás criados se retiraran. Se había detenido de golpe cuando vio a Mayra. Ella había sonreído con algo de tristeza antes de decirle la noticia.

—¿Cómo pasó?

—No lo sé muy bien. —Mayra suspiró, también se había sentado y tenía la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas—. Fue durante la mañana. Se cruzó con uno de los magos… que pasaba por aquí.

—¿Pasan muchos?

—A veces. —Mayra hizo un gesto con la mano—. Lo que importa son dos cosas.

—¿Dos? —Gaspar elevó las cejas.

—Sí, una —levantó un dedo—: que Ema ahora tiene un futuro, uno que le permitirá ganar dinero.

Gaspar bajó la vista.

—Dos —levantó otro dedo—: que la señora se molestó mucho.

—¿Por qué? —Gaspar frunció el ceño—. A Ema le quedaban solo un par de meses de servicio y tiene muchos otros criados.

—Creo que le molestó no haberlo notado ella.

—¿Y qué hubiera hecho? Cualquiera con aptitud es propiedad de la Academia.

Mayra tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Tal vez en este reino, ¿pero en los otros?

—No sé de qué hablas, ¿qué tienen que ver…?

—Sssh. —Le hizo señas, se inclinó hacia adelante y bajó la voz —. Últimamente, la señora recibe muchas visitas de magos, y no solo de este reino. Tal vez los otros tengan reglas distintas. Y si ella pudiera mantener la propiedad sobre Ema de alguna forma…

—Creo que no deberíamos hablar de ese tema. —Gaspar se rascó el dorso de la mano, tenía una cicatriz allí—. No es bueno meterse en los temas de los señores.

Mayra se encogió de hombros.

—Solo digo… —Se estiró en la silla—. Ema ya no tiene que preocuparse por eso. Ah, ¡qué daría yo por estar en su lugar!

Gaspar frunció el ceño y se palpó el bolsillo del pantalón.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada —saltó Gaspar y pestañeó con fuerza.

—Es el collar, ¿no?

Gaspar torció el gesto.

—¿Cómo lo sabes?

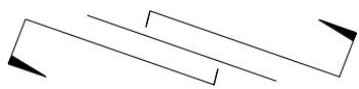
Mayra sonrió.

—Estoy atenta a todo lo que me rodea —expandió su sonrisa—, siempre lista para las oportunidades. Me temo que no podrás verla hasta dentro de un mes.

—Supongo. —Gaspar suspiró y se desinfló en la silla.

Se quedó un rato más haciéndole compañía a Mayra y luego volvió a la panadería, donde dormía en un pequeño cuarto trasero. Ya era bastante entrada la noche y las calles estaban casi vacías. Sin embargo, tuvo que evitar a un grupo de hombres que vio murmurando en una oscura esquina. Dio un rodeo para llegar a la panadería, allí estaban lejos del centro del reino propiamente dicho, pero podía verse a la distancia la cúpula de la Academia, que se elevaba frente a la de la Orden.

Gaspar elevó la vista y entornó los ojos. La Academia era solo una sombra lejana y borrosa. Bajó la vista y, con un largo suspiro, entró en la panadería.



EL MES PASÓ EN UN SUSPIRO. Ema se levantó esa mañana y fue al baño con la primera tanda de estudiantes. La empujaron apenas entró y hubo de esperar varios minutos antes de poder usar una bañera. Cuando se hubo enjabonado, una de las muchachas que venía parloteando con una amiga entró en su bañera.

—¡Eh! —protestó Ema.

—Perdón, no vi que estaba ocupado.

—¿Cómo no vas a verlo? —murmuró Ema mientras la veía alejarse, pero la chica ya no le prestaba atención.

Ese día tenían la última clase de la iniciación, luego dispondrían de una semana para prepararse para el examen y, si lo pasaban, se coordinaría la visita con el oráculo. En general, esta visita se daba al finalizar los estudios. Pero se suponía que empezaban de niños y Ema ya estaba por cumplir la mayoría de edad. Tadeo le había explicado que, en los casos como ella, se daba un curso de iniciación y la enseñanza continuaba después, con un tutor, y se extendía hasta que este lo decidiera y entonces tendría otros exámenes.

Ema suspiró cuando pasaban por la sala donde practicaban los hechizos de ataque.

—Vistosos, ¿no? —comentó Tadeo, que caminaba a su lado.

Poco después de una semana de la entrada de Ema a la Academia, Tadeo había decidido ser su tutor.

—¿Puedo preguntar por qué, señor? —había dicho Ema cuando este se lo comunicó.

—La magia de defensa no es la más popular, pero también es la

más rara. Soy un excelente mago de ataque —sonrió con autosuficiencia— y aunque, en general, los magos de defensa no son muy fuertes, me serviría tener a alguien en la defensa como complemento.

—Pero ¿por qué yo?

—¿Por qué no? —había sonreído.

Lo cierto era que tenía un amplio conocimiento de cualquier tipo de magia y era bueno enseñando. Ema adelantó bastante durante ese tiempo y estaba al tope de su clase, pero por alguna razón no había logrado hacer amigos.

—¿Estás lista para los exámenes? —Ya casi habían alcanzado el aula.

—Sí, señor, solo estoy repasando.

—Bien, esta semana concéntrate en la parte práctica.

—Sí, señor.

La última clase fue un aburrido resumen y un innecesario recordatorio del examen final. El resto de la semana Ema lo pasó escribiendo hechizos de defensa y activando las runas, hasta que ya no podía sentir los dedos de la mano.

—¿No es muy lento tener que escribir las runas? —le había preguntado a Tadeo cuando recién comenzaba el entrenamiento.

—A veces, pero eso da tiempo para la estrategia, para pensar el próximo paso. —Sonrió—. Si no fuera así, nadie sobrevivía a un ataque mágico. Además, hay formas de hacerlo más rápido.

Ema suspiró, se masajeó los dedos y continuó escribiendo.

—Definitivamente, tendría que haber formas de hacerlo más rápido.

Los exámenes los aprobó con facilidad. Muchos de los estudiantes la miraban de reojo, pero ella al fin mantenía la cabeza erguida dentro del grupo.

El resto del día siguiente lo dedicó a dormir. Nadie tocó a su puerta ni la felicitó, más allá de una corta visita de Tadeo para decirle que todo había ido según lo esperado. Los demás estudiantes, a medida que terminaban, iban formando grupos y algunos salieron a festejar. Ema los miró a la distancia y volvió a meterse en su cuarto.

Al otro día, a la tarde, le anunciaron que tenía visitas. Se quedó sentada en la cama un rato antes de ir en su busca.

—¿Será la señora Raquel? —murmuró mientras buscaba una tira de papel y garabateaba un hechizo de protección.

Caminó por los largos pasillos de la academia hasta la puerta principal. A ambos lados de ella, había una serie de pequeños cuartos, con entradas independientes, que se usaban para las visitas que no eran magos. Ema se acercó a la habitación que le habían indicado, entró en ella con aprensión.

—¡Ema! —Mayra se arrojó encima de ella y la abrazó con fuerza —. Te ves mucho mejor, se ve que te alimentan bien.

—¿Eh? Bueno, no, o sea, sí —sonrió—, la comida es fantástica, pero no aumenté de peso, la ropa, eh…, me queda bien.

—Estás perfecta —dijo Gaspar y se rascó la mano con furia—. Quiero decir que no estás gorda, o sea, que estás bien.

—Está bien —Mayra levantó ambas manos—, empecemos otra vez. Hola, Ema, te ves bien.

—Gracias. —Sonrió esta—. Por favor, tomen asiento. Me dijeron que en estas salas suele haber algo de comer y beber.

—Creo que es aquí. —Gaspar señaló un hueco en la pared.

Llevaron el té y las galletas a la mesa que estaba en el centro de la sala, rodeada de unos sillones. Se sentaron en uno diferente cada uno.

—Entonces —Mayra se inclinó hacia ella—, ¿cómo debemos llamarte? ¿Señora maga?

—No lo sé —rio—, creo que preferiría seguir siendo Ema con ustedes.

—Pero ahora ya eres una ciudadana importante.

Los ojos de Ema se iluminaron y luego se volvió hacia Mayra.

—¡Ah, me olvidé de devolverte los zapatos! —Se le enrojecieron levemente las mejillas—. Me temo que creyeron que ya estaban demasiado viejos para mantenerlos.

—No te preocupes —se encogió de hombros Mayra—, eran bastante incómodos. Además —guiñó un ojo—, ahora puedes comprar nuevos.

—Bueno, todavía no gano dinero. En teoría, sigo siendo aprendiz, aunque ya puedo salir de la Academia si voy acompañada de mi tutor.

—¿Y ya sabes qué vas a hacer? —preguntó Gaspar mordisqueando una galleta—. O sea, cuál va a ser tu ocupación.

—Pues todavía no tuve la cita con el oráculo.

—¿No? —Se decepcionó Mayra—. Yo quería saber qué te había dicho.

—Según me han dicho, no siempre es algo que se pueda compartir o se quiera hacerlo.

—¿Entonces solo lo sabes tú?

—Y mi tutor —aclaró Ema—, ya que él organizará mi programa de estudio después.

—¿Quién es tu tutor? —Mayra se sirvió otra ronda de té.

—Tadeo.

—¿Es bueno?

Ema se mordió el labio, la última galleta que había tomado todavía estaba en su mano.

—¿Qué sucede? —dijo Gaspar.

—Es uno de los magos que visitó a la señora, el que me descubrió…

—Ah, eso tiene sentido —acotó Mayra—, si él te descubrió. Aunque ninguno de ellos parecía del estilo docente.

—Hay algo más —dijo Gaspar, que no sacaba la mirada de Ema.

—¿Puedo confiar en ustedes? —Dejó la galleta de vuelta en el plato y se frotó los muslos con las manos.

—Sí —asintió el muchacho.

—¡Claro! —Mayra se inclinó hacia ella.

—Ese día, luego de que Tadeo se fuera, me llevaron frente a la señora.

—Lo recuerdo —dijo Mayra.

—Estaba muy enojada. —La voz de Ema tembló ligeramente.

—Eso también lo recuerdo.

—Déjala hablar —intervino Gaspar.

—Estamos impacientes, eh.

—Mayra —dijeron Ema y Gaspar a la vez.

—Está bien, está bien.

—Bueno, ella me ame…, me dijo que, después de graduarme, tenía que volver a trabajar para ella.

—¿Por qué? —Mayra habló con la boca llena—, eres libre ahora y tienes un estatus. Ella no puede obligarte a hacer nada.

—Además eres leal a la Academia —dijo Gaspar—. ¿No es así como funciona?

—Lo sé, pero… creí que hoy era ella la que había venido. —Reprimió un temblor en el cuerpo—. Y ese día, Tadeo quería que le contara las visitas que la señora recibía en la casa, me había pedido que le entregara un sobre, que luego desapareció.

—Y ahora es tu tutor —apuntó Mayra.

Ema asintió.

—Esto no me gusta —Gaspar frunció el ceño—, me parece que quieren usarte como peón en su pelea, no debes quedar en medio.

—No quiero —dijo Ema.

—No lo harás —le aseguró Mayra—, después del oráculo, ya pensaremos en algo que hacer.

—¿Pensaremos? —Ema elevó las cejas.

—Sí, con respecto a eso —Mayra se acomodó el pelo—, estaba pensando. Todos los magos necesitan un representante que les ayude a conseguir trabajos y, lo más importante, a cobrarlos.

—Ya sabes que yo todavía no puedo salir por mi cuenta.

—No, pero sí cobras por tu trabajo, aunque estés con tu tutor. Y yo, por un pequeño porcentaje, podría ayudarte con las finanzas. —Sonrió Mayra—. ¿Qué piensas?

—Eh… —Ema miró de reojo a Gaspar—, no sé, tendría que pensarlo.

—Hazlo, aunque creo que no hay mucho que pensar. Yo podría conseguirte muchos trabajos, conozco a la gente y hablo con todos.

—Lo sé. —Ema apretó las mandíbulas.

—No hace falta decidir ahora —dijo Gaspar—, solo nos quedan unos minutos de visita. ¿Mayra?

—¿Qué? Ah…, sí. —Se levantó, le dio otro abrazo a Ema y se dirigió a la puerta—. Piénsalo —repitió una vez más antes de irse.

—Me alegro de que estés bien —dijo Gaspar una vez que quedaron solos.

—Gracias, y gracias por haber venido a visitarme.

—No es nada. —Gaspar sonrió y rebuscó en su bolsillo—. Hay algo que quería darte desde hace tiempo, desde el día que te fuiste.

Le tendió un pequeño paquete, estaba algo arrugado, pero seguía intacto. Ema lo abrió y sacó el collar.

—Oh, Gaspar, no debías.

—Me gustó —se encogió de hombros— y yo no puedo usarlo.

—Gracias. —Sonrió Ema y acarició las gemas azules.

—Déjame ponértelo.

Ema se puso de pie y, antes de que Gaspar pudiera reaccionar, le dio un beso en la mejilla. El muchacho se ruborizó.

—No fue nada —murmuró.

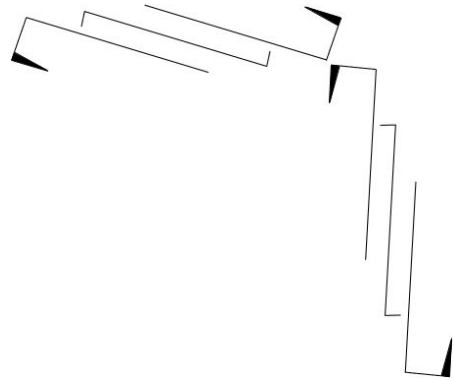
—Gracias —repitió Ema mirando el collar sobre su escote.

En ese momento, sonó la alarma que anunciaba el fin del tiempo de visita.

—Tengo que irme. Volveré…, volveremos en unos días.

—Gracias —dijo una vez más Ema.

Al volver a la habitación, encontró una nota que habían pasado por debajo de la puerta. El oráculo la recibiría al día siguiente.



Capítulo IV

ESA TARDE, EMA TENÍA SU VISITA AL ORÁCULO. Se despertó casi de madrugada y no pudo volver a dormirse. Cuando se cansó de dar vueltas por la habitación, se vistió y fue a los baños. Disfrutó de su primera sesión privada, ya que los demás estudiantes aún dormían, y luego se dirigió a la biblioteca. Allí sí había gente, la mayoría cabeceaba.

Buscó información sobre el oráculo. Aunque ya se sabía de memoria todo lo que había que saber, lo cual era poco. Cada Academia tenía uno y solo era usado por magos, no decía el destino de nadie más. No se sabía por qué, pero se había intentado, sencillamente se mantenía callado cuando la persona frente a él no tenía magia. Tampoco se sabía qué era exactamente. Sobre eso todas las academias mantenían el más severo secreto. Lo único que se conocía era que se entraba en una habitación en penumbras, vacía, donde la voz salía de las paredes y hablaba una sola vez. El tutor era la única persona además del adepto que podía entrar.

Tadeo le había dicho que dependía de ese día si él seguía siendo su tutor o no. Si bien lo dijo con una sonrisa, no contestó cuando Ema le preguntó si era broma. Cada tanto, mencionaba a la señora Raquel, tal vez con la esperanza de que a Ema se le escapara algo. Pero ella se mantenía incólume, aunque a veces sentía la necesidad de pedirle consejo sobre qué hacer con respecto a lo que Raquel le había solicitado.

Cerró el libro y se quedó mirando a su alrededor. Había solo una chica despierta y tenía la nariz enterrada en un libro gigante y antiguo. El ceño fruncido, mientras murmuraba por lo bajo. Ema miró

el prendedor que llevaba; era una maga de ataque.

—¿Estás lista? —Tadeo se sentó a su lado—. Veo que te despertarte temprano.

—No podía dormir. —Suspiró Ema.

—Casi nadie puede el día que visita al oráculo.

—¿Qué te dijo a ti?

Tadeo se irguió en la silla y desvió la mirada.

—Perdón —bajó la cabeza Ema—, no debí preguntar.

—No, no debiste —Ema se puso rígida—, pero todo el mundo lo hace. Debes acostumbrarte a que todos te preguntarán apenas salgas del cuarto, solo tú decides si quieres contarlo y a quién.

—Lo sé.

—Tal vez te lo diga algún día—sonrió y se puso de pie—, veremos esta tarde.

El día se le hizo eterno. Fue la primera en presentarse en el comedor y la última en irse. Se dejó perder en todos los pasillos que encontraba. Aun así, cada vez que consultaba el reloj, faltaban horas para que llegara su turno. Cuando todavía quedaban un par, fue a la sala de espera. Ya había varios adeptos allí y se veían tan ansiosos como ella. Tadeo apareció diez minutos antes de su turno.

—¿Lista? —preguntó y dio un aplauso—. Vamos.

Ema lo siguió a otra sala pequeña. Se quedaron allí observando la única otra puerta además de la entrada. Poco después, se abrió y salieron dos hombres. El menor se veía decepcionado y el mayor, resignado.

—Ah, Tadeo —dijo el mago mayor—, veo que por fin es tu turno. Esperemos que el hecho de que finalmente hayas elegido otro pupilo sea por algo interesante.

Ema frunció el ceño hacia su tutor, pero él no la miraba.

—Sin duda, creo que será más interesante que el tuyo. —Sonrió Tadeo.

El mago echó un vistazo a su aprendiz, que no levantaba la mirada del piso, y apretó los labios.

—No todo el mundo puede tener un destino glorioso.

—Nada más cierto, mi querido amigo —Tadeo empujó a Ema a través de la puerta—, nada más cierto.

Cerró la puerta y le indicó que se parara en el centro mientras él se quedaba en una de las esquinas.

—¿Qué hago? —susurró Ema.

—Nada, muchacha, solo quédate ahí.

Ema se retorció los dedos mientras miraba a su alrededor. Las paredes se desdibujaron y se sintió un leve temblor en el cuarto. Un zumbido aumentó de volumen hasta que Ema sintió la necesidad de elevar las manos para taparse las orejas. Un chistido de Tadeo a sus

espaldas la hizo bajarlas de vuelta. La voz que habló era profunda e inundaba el cuarto, se sentía hasta en la vibración del suelo, a través de los pies.

—Una de las elegidas —dictaminó y calló durante unos segundos.

Cuando Ema se estaba por dar vuelta, agregó:

—El despertar del reino entre las nieblas se acerca. El sueño de mil años llega a su fin. Quien lo despierte controlará su poder. Eres una de las elegidas para despertar al reino largamente dormido. Encuéntralo y cumple tu destino.

El silencio sobrevino de repente. Todo se quedó quieto de un momento a otro. Ema se sobresaltó cuando sintió que Tadeo la tomaba por el brazo.

—Es momento de irnos —susurró en su oreja.

—Pero…

—Después —dijo y tiró de su brazo.

Ema bizqueó cuando entró en el cuarto de espera. Allí había otro mago con un aprendiz, ambos la miraban con avidez. Casi tropezó con ellos mientras Tadeo la arrastraba por el medio de la sala. No dejó de tirar de ella ni siquiera cuando llegaron al pasillo.

—¿A dónde…?

—Silencio.

La guio por un camino tortuoso que le fue imposible de memorizar y la hizo entrar en un cuarto pequeño, donde solo había una mesa y unas cuantas sillas.

—Aquí podemos hablar tranquilos —dijo Tadeo.

Sin embargo, se puso a caminar por la habitación con agitación. Ema se sentó en una de las sillas.

—¿Qué quiere decir?

Tadeo murmuraba por lo bajo y no dejaba de caminar.

—¿Tadeo?

El mago se detuvo y la miró con sorpresa. Luego asintió y se sentó frente a ella.

—Estas habitaciones están selladas —levantó ambas manos con las palmas hacia arriba—, son lugares resguardados para hablar.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Sonrió.

—Sé lo que les pasa a los que intentan escuchar. Créeme, muchacha, esta es una de las pocas cosas en las cuales los magos estamos de acuerdo: privacidad.

Ema puso las manos sobre la mesa y suspiró.

—¿Qué fue lo que pasó? Es decir, ¿eso fue todo?

—¿Y te parece poco? —Tadeo se notaba exaltado.

—Es que no entiendo bien qué quiso decir. Ese reino de

nieblas… ¿es el reino perdido que se cuenta en las historias de niños?

—¡Historias de niños! —rio—, esto es mucho más serio. Es una de las grandes búsquedas de los magos. El reino entre las nieblas o el reino perdido, algunos creen que una vez ocupó el lugar de este reino y de otros más. Era de un poder inimaginable, la magia había alcanzado cotas altísimas… hasta que un día desapareció. —Golpeó la mesa y sobresaltó a Ema—. De un día para otro, nada de decadencia, simplemente un día estaba allí y al otro no, toda su magia se perdió con ellos.

—¿Y por qué las nieblas?

Tadeo se encogió de hombros.

—Se dice que en el lugar que ocupaba solo quedó una bruma espesa, pero ese sitio nunca se volvió a encontrar.

Ema se desinfló en su asiento.

—¿Entonces cómo voy a encontrarlo?

—Eso es lo de menos.

—¿En serio?

—Todavía no entiendes, muchacha, lo que dice el oráculo se cumple, siempre. Si tu destino es despertar el reino, es porque de alguna forma lo encontrarás. Y yo estaré allí contigo. —Sonrió.

Ema fue incapaz de reprimir un escalofrío, pero Tadeo estaba sumergido en su propia fantasía; sus ojos soñadores, de un celeste intenso, brillaban.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Salimos de viaje, espero una señal?

Tadeo frunció el ceño.

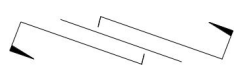
—Hay algo más que considerar. ¿Recuerdas las palabras?

Ema asintió.

—Eres una de las elegidas…

—Eso es —la interrumpió Tadeo—, eres una, lo que quiere decir que hay otras y no podemos dejar que lleguen antes. No sabemos cuándo habrán recibido ellas su oráculo. Debemos partir de inmediato, muchacha.

—Ese —murmuró Ema— sería realmente el destino de alguien importante, ¿no? Pero Tadeo no la escuchó, ya había retomado su andar por el cuarto.



ESA MISMA TARDE, ya casi al anochecer, Ema volvió a recibir la visita de Gaspar y Mayra. Esta última estaba ansiosa por saber si ya había ido con el oráculo. Fue lo primero que le preguntó apenas se sentaron.

—Hace unas horas.

—¿Y bien? —Mayra se corrió hacia la punta de la silla.

—No lo sé. —Ema frunció el ceño.

—¿Cómo no lo sabes? ¿No se entendió lo que dijo? ¿No dijo nada?

—Déjala que hable. —Gaspar apoyó la mano brevemente en el brazo de Mayra.

Esta cerró la boca y miró expectante a Ema, quien jugueteaba con el colgante que le había regalado Gaspar.

—Pues sí dijo algo, pero fue… —miró a su alrededor—, no creo que pueda decirlo aquí, pero es algo grande, lo suficiente para emocionar a Tadeo.

—Eso es bueno. —Sonrió Mayra.

—¿Qué tan emocionado? —preguntó Gaspar.

—Eso es lo que me preocupa —asintió en dirección al muchacho —. Está demasiado emocionado, ya está preparando la partida.

—¿Partida? —Se atragantó Gaspar.

—Sí, iremos de viaje —suspiró, aunque su rostro había resplandecido—, supongo.

—No deberías hacer nada que no quisieras —dijo Gaspar.

—Pero sí quiero. —Ema se animó—. Si esto es cierto, entonces seré importante, muy importante.

—Entonces debes hacerlo —opinó Mayra.

—Pero no sé si confiar en Tadeo —se retorció los dedos— y además también está la señora Raquel.

—¿Vino a verte? —preguntó Gaspar.

—No, pero no creo que lo haya olvidado.

—Ha estado muy ocupada esta semana —dijo Mayra bajando la voz—, siempre con la visita de gente extraña.

—Pues yo insisto en que no deberías hacer nada que te haga sentir incómoda —repitió Gaspar mientras se rascaba la cicatriz de la mano.

—Yo creo que deberías decirle a Tadeo —dijo Mayra.

—Es que no sé si confiar en él —insistió Ema.

—No importa, siempre es mejor tener que vigilar a una persona que a dos. Y si él está tan interesado como dices, entonces no dejará que nadie se interponga.

Ema asintió lentamente.

—Creo que tienes razón.

—Entonces —Gaspar se frotó las manos contra el pantalón—, ¿para cuándo tienes planeado el viaje?

—Tadeo quiere salir lo más rápido posible, creo que mañana o pasado.

—¿Mañana?

—Es más probable pasado, hay que conseguir el dinero y la ropa

y —abrió los brazos en un gesto amplio de manos— yo no tengo casi nada.

—Nos tienes a nosotros —corrigió Mayra.

—Lo que quiero decir es…

—Ya sé lo que quisiste decir, pero lo que *yo* quiero decir es que voy contigo. —Sonrió.

—¿Perdón? —dijeron Ema y Gaspar a la vez.

—Lo que dije, ¿pensaste en lo que te propuse ayer?

—Bueno, no tuve mucho tiempo.

—Deberías haberlo hecho, pero podemos arreglarlo ahora. Es fácil. ¿No tienes dinero?; yo puedo ayudarte a conseguirlo si usas tus habilidades. ¿No estás segura de Tadeo?: yo puedo estar ahí, así no estarás sola con él. —Mayra dio un aplauso al aire—. ¡Es perfecto!

Ema se mordió el labio observando a la muchacha.

—¿Y qué harás con el empleo con la señora Raquel? —preguntó Gaspar.

—Un empleo mal pago se consigue con facilidad. —Mayra hizo un ademán—. Esta puede ser una oportunidad única. Siempre quise poder viajar para hacer más dinero.

—El dinero no lo es todo —apuntó el muchacho.

—¡Claro que sí! Y si tuvieras algo de cerebro, vendrías con nosotras.

Gaspar frunció el ceño.

—Acepto —dijo Ema de repente.

—¿Qué? —Gaspar se volvió hacia ella—. ¿No quieres pensarlo más?

—No la hagas dudar. —Mayra le golpeó el brazo.

—No, ya decidí. —Sonrió Ema—. Me agradará que vayas conmigo. Ahora tengo que ver cómo se lo digo a Tadeo.

—Dile que va a ir alguien que sabe cocinar —rio Mayra—, con eso convences a cualquier hombre.

—No somos todos iguales. Y Ema, creo que deberías pensarlo un poco más.

—No hay nada que pensar, el viaje ya está decidido y es mejor si Mayra va con nosotros. —Se volvió a su amiga—. También le voy a contar a Tadeo.

—Perfecto —dijo Mayra—, entonces tengo que ir a hacer los arreglos necesarios. No vayas a irte sin mí, ¿eh?

Le dio un rápido abrazo a Ema y salió corriendo del cuarto. Gaspar no se había movido de la silla.

—Esto es importante —dijo Ema, pasados unos minutos de silencio.

—Importante —repitió Gaspar.

—Además, volveré.

Gaspar asintió y aspiró con fuerza.

—Ema, creo que te esfuerzas demasiado en… No es fácil viajar por ahí, hay muchos peligros y, si te quedas aquí…

—Aquí no soy nadie, Gaspar.

El muchacho la miró con ojos heridos.

—Eres mi amiga y eres una maga.

—Una más de muchas magas en este lugar. —Se puso de pie—. Si hago esto, seré mucho más importante, la gente hablará de mí —bajó la voz a un susurro—, hablará conmigo.

—¿Qué importa lo que la gente diga?

—¡A mí me importa! —Se volvió hacia Gaspar—. Estoy cansada de que me ignoren y me pisoteen.

—No todos hacen eso.

—Casi todos, los únicos que no son Mayra, tú e, increíblemente, Tadeo.

—Ese mago te usa —gruñó Gaspar.

—Tal vez, pero porque cree que valgo algo; además, yo también lo puedo usar a él.

—Él no es el único que cree que vales algo —Gaspar sonó exasperado.

Ema se quedó mirándolo.

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que me valoro a mí misma, ¿por qué no habría de hacerlo?

—Yo no dije eso —se frotó las manos—, lo que quise decir…

En ese momento, sonó la señal de que el tiempo de visita se acababa. Gaspar se puso de pie y se acercó a Ema.

—Solo quiero que estés a salvo y que seas feliz.

Ema se sonrojó levemente y bajó la vista.

—Esto es lo que quiero —murmuró.

Gaspar suspiró y miró por sobre su cabeza.

—¿Me prometes que no te irás sin volver a hablar conmigo?

—Gaspar, yo…

—Por favor, solo quiero saber cuándo te vas.

Ema alzó la mirada.

—Está bien.

Gaspar asintió y abandonó la habitación con un andar pesado. Apenas salió, Ema fue en busca de Tadeo. Lo encontró en su habitación, que era algo más grande que la suya.

—¿Es seguro hablar aquí? —preguntó apenas entró.

—Depende de lo que quieras hablar —replicó el mago.

Ema dudó.

—¿Es sobre nuestro viaje?

—En parte.

Tadeo la miró especulativamente y luego la guio en silencio

hacia una de las habitaciones privadas.

—Bien —se sentó en una silla—, dime qué te preocupa. Espero que no te estés arrepintiendo de hacerlo.

—No, no —dijo Ema sentándose a su vez—, es que estaba hablando con mis amigos y…

—¿Qué les contaste? —Tadeo se inclinó hacia adelante.

—Nada. Solo que me iba de viaje y que era importante.

Tadeo la miró con sus glaciares ojos celestes.

—Continúa.

—Bueno…, es que Mayra quiere ir con nosotros.

—¿Por qué?

—Como mi representante.

Tadeo rio.

—Muchacha, si todavía no tienes ni idea.

Ema apretó las mandíbulas.

—Tal vez no sepa mucho, pero…

—Además —continuó Tadeo con una sonrisa—, cualquier paga que ganes tendrá un porcentaje que será para mí.

—Eso ya lo sé, pero Mayra es buena con el dinero y con la gente, puede conseguir muchos trabajos.

Tadeo frunció los labios.

—También cocina muy bien.

—¿Estás segura de que ese es su único interés?

Ema sonrió.

—Créeme, lo único que le importa es el dinero. Es buena persona, no me malentiendas, pero no habla de otra cosa.

—Entonces es fácil de manejar. ¿Qué porcentaje pidió?

Ema enrojeció levemente.

—No le preguntaste. —Tadeo negó con la cabeza—. Muchacha, todavía tienes mucho que aprender. Por suerte, yo estoy aquí para ti, hablaré con esa muchacha. No nos vendrá mal alguien que ayude con los bolsos —sonrió— y a quien no haya que pagar por hacerlo.

—Bien —dijo Ema sin moverse de la silla.

—¿Algo más? No creo que esto ameritara venir a este cuarto.

Ema se meció en su asiento.

—Vamos, muchacha, lárgalo, aún tengo muchos preparativos que hacer.

—Es sobre la señora Raquel.

—¿Qué hay con ella? —Tadeo entornó los ojos.

Se mantuvo en silencio mientras Ema le contaba lo sucedido y un tiempo después.

—Así que me has elegido a mí —fue lo primero que dijo Tadeo.

Ema dudó, pero al final optó por admitirlo.

—Bueno, tú eres mi tutor.

Tadeo la evaluó con la vista.

—Bien, dejémoslo así, por el momento —sonrió—, después de todo, ambos estamos de acuerdo en que no la queremos metiendo las narices en nuestros asuntos, ¿no?

—Estamos de acuerdo —dijo Ema.

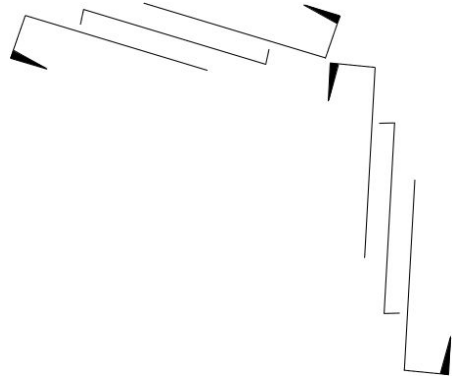
—Entonces creo que, antes de nuestro viaje, le haremos una visita a nuestra querida señora.

—¿Y qué le direm…?

—Déjamelo a mí, muchacha —el mago se puso de pie—, yo sé cómo manejar a las personas como ella.

Ema se levantó y lo siguió fuera de la habitación, cuando lo perdió de vista en los pasillos, murmuró:

—¿Y también sabes manejar a las personas como yo? ¿Lo estás haciendo?



Capítulo V

A LA MAÑANA SIGUIENTE, se dirigieron a la casa de Raquel. Ambos, Ema y Tadeo, llevaban un bolso de viaje personal más un baúl que iba en la carreta. Ema se había sorprendido cuando Tadeo llamó a su cuarto temprano a la mañana, pero este le había explicado que la charla de la noche anterior lo había decidido a partir antes. La primera parte del viaje sería en carreta, por lo menos hasta el pueblo más lejano del reino; luego, tendrían que conseguir unos caballos. Tadeo consideró que lo mejor sería hablar con Raquel justo antes de partir, para evitar que esta rondara mucho a su alrededor. Apenas llegaron, Ema se dirigió automáticamente a la entrada para empleados que daba a la cocina.

—Muchacha —la llamó Tadeo—. Por aquí.

El mago subió los escalones y se acercó a la puerta principal. Ema se apresuró a su lado, sin dejar de retorcerse los dedos.

—Tengo que avisarle a Mayra.

Tadeo suspiró.

—Ve y espera en la carreta; luego, yo hablaré con la señora entonces.

Ema miró de la puerta principal a la de servicio.

—No puedes estar en ambos lados, muchacha, elige.

Ella suspiró y volvió a la puerta para criados. Llamó una vez. La puerta se abrió al instante.

—¡Ema! —Mayra la recibió con saltitos—. Sabía que vendrías hoy, ya lo tengo todo listo, espera un minuto.

Se lanzó dentro de la cocina. Ema se quedó esperando en el umbral, pero la que reapareció fue el ama de llaves.

—Así que has vuelto —dijo agriamente a Ema—, la señora quiere verte.

—Pensé que estaba hablando con Tadeo.

—El mago puede esperar, quiere verte a ti primero.

Ema echó una ojeada hacia el fondo de la cocina.

—Estoy esperando a Mayra.

—Creo que, si un mago puede esperar, entonces más una criada. —El ama de llaves torció el gesto—. Vamos, niña, no nos hagas perder el tiempo.

Ema entró en la cocina y la siguió con desgana hasta la sala personal de Raquel. Cuando cruzaron un pasillo, vio a Tadeo sentado en un sillón. Sin pensarlo, se abalanzó hacia él. El mago se puso de pie apenas la vio.

—¿Qué crees que estás haciendo? —rebuznó el ama de llaves tras ella.

—Tadeo, creo que la señora puede vernos ahora, mandó a llamar por mí. —Ema se cuidó de evitar la mirada del ama de llaves.

—Ya veo. —Tadeo entornó los ojos y se volvió hacia el ama de llaves—. Dígale a la señora que ambos la esperaremos aquí, será más sencillo si hablamos todos juntos.

El ama de llaves se retiró rezongando, con una última mirada venenosa hacia Ema.

—Eso fue extraño —sonrió él y volvió a sentarse.

—No lo pensé mucho —dijo Ema mientras trataba de calmar su respiración.

—No me sorprende, ¿por qué no tomas asiento?

—Eh… —Ema miró a su alrededor.

—Muchacha, debes acostumbrarte a que ya no eres una criada.

Ema asintió y se sentó con rigidez en uno de los sillones.

—Chist, Ema. —Mayra estaba en el umbral.

Ema pegó un salto y se apresuró a acercarse a su amiga.

—¿Qué pasó?

—Apareció el ama de llaves y dijo que la señora quiere verme.

—Esas no son buenas noticias —susurró Mayra.

—No se alarmen, muchachas, puedo manejarlo. Tú —señaló a Mayra—, ve a la carreta y espéranos ahí, saldremos inmediatamente.

Se escucharon los pasos de dos personas bajando por las escaleras.

—Está bien —dijo Mayra y le guiñó un ojo a Ema antes de desaparecer.

La señora Raquel entró sola en la habitación, el ama de llaves solía quedarse del otro lado de la puerta. La señora miró a cada uno con lentitud y se sentó en un sillón individual. Tadeo estaba solo en el más grande y Ema había vuelto a quedarse parada.

—Debo decir que eres una gran decepción, niña —dijo dirigiéndose a Ema—. Luego de todos los años que dediqué a cuidarte.

—¿Cuidarme? Trabajé duro cada uno de esos días, ni siquiera se daban cuenta…

Tadeo carraspeó y levantó una mano. Ema calló.

—Mi querida señora, todos sabemos que los huérfanos pagan por su comida y no son criados caros. —Sonrió Tadeo—. De todas formas, eso ya queda en el pasado, ahora Ema es parte de la Academia de magos y su única lealtad es para con la Academia.

—Y para ti.

—Soy su tutor —se encogió de hombros—, es normal.

Raquel se puso de pie y caminó hasta la chimenea. Suspiró.

—Creí que teníamos un acuerdo —su voz sonó herida—, estábamos haciendo amigos más allá de las restricciones de la Academia o la Orden…, hasta que dejaste de acudir a nuestras reuniones.

—Mi querida señora, las nuevas amistades siempre son importantes para mí, pero no veo en qué se relaciona eso con el tema que estamos tratando aquí.

Raquel frunció los labios en un leve mohín y observó especulativamente a Ema, quien se mantenía en silencio.

—Se trata de la libertad… de elegir nuestras relaciones.

—Con lo cual siempre estuve de acuerdo. —Sonrió Tadeo—. Y Ema es libre, todavía es joven y no puede ejercer por su cuenta. Si usted necesita servicios de un mago, estoy seguro de que yo podría ayudarla.

—Quisiera hablar con Ema a solas.

—Me temo que eso no es posible —Tadeo se puso de pie y Ema se colocó a su lado—, debemos partir inmediatamente.

—¿A dónde? —Raquel se acercó a él.

La mujer le sacaba una cabeza al mago, pero él no se inmutó.

—Asuntos de la Academia, me temo. Solo quise pasar a despedirme y —volvió a sonreír—…, bueno, decirle que yo cubriré cualquier necesidad que tenga de un mago. Si es que necesita más de los que suelen visitarle.

Raquel apretó los labios y volvió a lanzar una mirada a Ema. Sin embargo, se acomodó la ropa con calma y agregó, casualmente:

—Si van de viaje, les hará bien comer algo, estoy segura de que podremos preparar…

—Tan amable de su parte, pero temo que debo declinar la oferta. —Estiró el brazo y asió el de Ema—. ¿Vamos?

Se escabulleron de la sala antes de que Raquel pudiera reaccionar.

—Vamos, sube —dijo Tadeo empujando a Ema en la parte

trasera, donde ya esperaba Mayra.

Él subió al pescante y le indicó al chofer que arrancara. La carreta se puso en movimiento entre saltos. Mayra preguntó qué había pasado y Ema le dijo:

—No mucho.

—Que tú notaras —agregó Tadeo—. Se dijo todo lo necesario.

La carreta dio otro salto y dobló en una de las esquinas. La señora Raquel miró a través de la ventana cómo desaparecía de su vista.

—¿Ya sabemos adónde van?

—No —respondió el clérigo a sus espaldas—, no tienen un destino más que salir del reino.

—¿Cuándo podremos salir nosotros?

—Esta tarde estará todo listo.

Raquel sonrió sin apartar la vista de la ventana, donde ya solo se veía una calle vacía.

—Antes de seguir, debemos pasar por la panadería donde trabaja Gaspar —avisó Ema de rodillas en la parte trasera de la carreta, inclinada hacia Tadeo.

—¿Viene con nosotras? —Mayra aplaudió.

—¿Quién es Gaspar? —Tadeo frunció el ceño—. ¿Tu novio?

—No —se sonrojó Ema—, es un amigo, le prometí que pasaría a despedirme.

—No tenemos tiempo para más sociales —dijo el mago—, quiero llegar a las afueras para el anochecer.

—Nos queda de camino —se acercó Mayra—, solo pararemos un momento. Es la que está en la sección sur de comerciantes.

Tadeo miró al carretero, quien asintió.

—Bien —dijo.

Mayra le apretó las manos a Ema y miró el paisaje con entusiasmo, como si no lo conociera. Cuando llegaron a la panadería, estaba llena de gente, alguna esperando en la calle. Ema y Mayra saltaron de la carreta.

—Será solo un momento —prometió la primera.

—Más te vale, muchacha.

Las jóvenes se apresuraron dentro del local. Se tuvieron que abrir paso entre la multitud, pero el panadero no las dejó ingresar a la cocina.

—Buscamos a Gaspar —dijo Ema.

—El muchacho está trabajando, no le pago por holgazanear.

—¡Gaspar! —Mayra se asomó por el costado de la figura maciza del panadero.

—Compórtate, muchacha, o tendré que pedirte que te retires.

—¿Qué sucede? —preguntó Gaspar, que se acercaba sudoroso.

—Ahora no, muchacho —el panadero lo apuntó con un dedo—, los clientes están esperando.

—Es solo un momento. —Sonrió Mayra.

—Se descontará de tu paga.

—Está bien, señor —asintió Gaspar.

—Pero eso no es justo —protestó Ema.

—No sigan jugando con mi paciencia —dijo el panadero—, estoy llevando un negocio aquí.

—Sí, no se preocupe —Gaspar tiró de ambas para alejarlas—, no molestaremos y volveré enseguida.

El panadero asintió con un bufido y fue a la cocina.

—Lo siento —dijo Ema.

—No te preocupes —se encogió de hombros Gaspar—, siempre se pone así cuando está lleno de gente. —Miró a sus dos amigas de arriba abajo—. Entonces, ¿ya se van?

—Sí —dijo Ema—. Tadeo nos está esperando fuera, en la carreta.

Gaspar tomó ambas manos de Ema entre las suyas.

—¿Estás segura?

—Sí. —Ella se atragantó.

Gaspar suspiró.

—Bien, entonces creo que no me queda otra que desearte buena suerte y esperar que regreses pronto.

—O puedes venir con nosotras. —Mayra le guiñó un ojo.

—No todos pueden venir con nosotros así como así —dijo Ema —. Él tiene a su hermano aquí, no puede abandonarlo.

La mirada de Mayra se ensombreció levemente, pero pronto recobró su ánimo alegre.

—Él estará bien, además todavía es pequeño para que le den mucho trabajo. —Mayra picó con un dedo el brazo de Gaspar—. Por otro lado, quién sabe, si vienes con nosotras, tal vez consigas suficiente dinero para que puedas darle un hogar.

—Mayra, creo que te estás ilusionando demasiado. —Ema cambió el peso de un pie al otro.

—¿No te gustaría que Gaspar viniera con nosotras? —Mayra puso los brazos en jarras.

—Bueno, sí, pero…

—¿En serio? —preguntó Gaspar.

—Muchacho —llamó el cocinero desde el umbral.

—Debo irme —dijo Gaspar—, yo, eh…, espero que vuelvas pronto, es decir, ambas.

—Gracias. —Ema le dio un abrazo, seguido por otro de Mayra.

—Todavía tienes tiempo —le dijo Mayra en un susurro—, ahora estamos viajando hacia las afueras del reino.

—Muchacho… —El panadero sonaba impaciente.

—Debo irme —repitió Gaspar y, con un último apretón de manos, desapareció en la cocina.

Ema echó otro vistazo antes de volverse y atravesar el tumulto de gente, junto con Mayra.

—Lo intentamos —dijo Mayra mientras salían de la panadería—, más bien lo intenté. ¿Por qué no le pediste que viniera con nosotras?

—No puedo obligarlo a venir, si él no quiere, no quiere.

—A veces hace falta un pequeño empujón.

—¿Ya está? —gritó Tadeo desde la carreta.

—Sí —dijeron ellas al unísono.

—Apresúrense entonces, esto no es un viaje de paseo.

Ema y Mayra corrieron hacia la parte trasera de la carreta. El viaje las hizo atravesar casi todo el reino. No solían ir por ese lado, con lo cual cada tanto una de ellas le daba codazos a la otra para llamarle la atención sobre los edificios y la gente que se cruzaban. Tadeo a veces ofrecía alguna información, aunque no sin que le preguntaran varias veces. Si bien no pasaron cerca del castillo del rey, pudieron verlo desde lejos.

—¿Alguna vez lo viste? —le preguntó Mayra a Tadeo.

—¿Al rey? Sí.

—¿Y? —Tanto Ema como Mayra se quedaron mirando al mago.

—Nada especial. —Se encogió de hombros Tadeo.

—Pero es el rey —dijo Mayra.

—Es la persona más importante del reino —agregó Ema.

Tadeo sonrió.

—Será el rey, pero que sea el más importante…, eso es relativo. —Rio abiertamente frente al ceño fruncido de Ema—. Eres tan joven e ingenua que a veces lo olvido. No deberías medir la importancia de las personas solo por su cargo, muchas veces los que realmente importan están tras bambalinas.

—Pero todo el mundo nota al rey —insistió Ema.

—Lo notan, sí, pero nada más. ¿O acaso escucharon sobre él algo más que su festejo anual de cumpleaños?

Las jóvenes se miraron entre sí.

—Bueno, es un reino tranquilo —reflexionó Mayra—, no como los otros dos que siempre están dando que hablar.

Tadeo estalló en carcajadas.

—Ay, muchachas, realmente, no tienen ni idea.

Ellas volvieron a mirarse entre sí, pero esa vez optaron por callarse. El resto del viaje fue silencioso en la carreta, pero el bullicio crecía por fuera. Había mucha gente en las calles y se notaba que varios eran de los reinos vecinos. Los grupos se mantenían aparte unos de otros, en general, aunque había algunos mixtos. Había clérigos y

magos en todos ellos, pero también mucha gente civil que andaba en carretas cargadas de bultos. La guardia del rey apenas estaba presente, solo algunos soldados diseminados por allí que no hacían caso a la multitud a su alrededor.

Esa noche, hicieron un alto casi en las afueras del reino. No pudieron llegar a la posada que Tadeo conocía debido al gran tráfico que encontraron en esa zona. Por un lado, era una de las salidas hacia el tercer reino. Por otro, la feria se había trasladado a ese lugar para acampar los últimos días que se quedaría en ese reino.

—Tendremos que pasar aquí la noche —refunfuñó Tadeo.

—Podríamos visitar la feria otra vez —dijo Mayra mirando las tiendas multicolores—, no volví a pasar por allí desde el primer día.

—Después de armar nuestras tiendas y de comer algo, puedes hacer lo que quieras. Recuerdo que una de las razones por las que te trajimos fue para cocinar, ¿no?

—Sí, sí, ya lo hago —dijo Mayra y se arremangó las mangas.

Ema colaboró en lavar y pelar las verduras, mientras el carretero ayudaba a levantar dos carpas, una para el mago y otra para las jóvenes.

—¿Y él? —había preguntado Ema.

—Dormirá en la carreta —había dicho Tadeo.

Ema miró al hombre taciturno, quien se encogió de hombros.

Luego de la cena y de que lavaran los platos, Mayra propuso ir a echar una mirada por la feria. Ema estuvo de acuerdo.

—Deberías practicar, muchacha —dijo Tadeo—, todavía eres aprendiz y te queda aprender muchas runas.

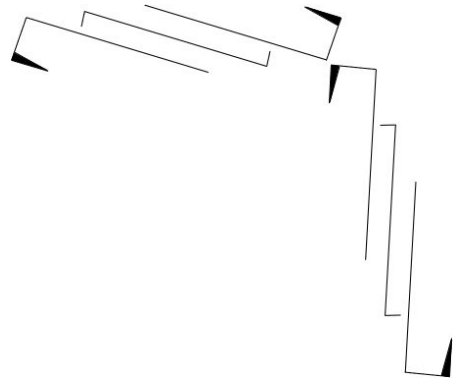
—Puede descansar una noche —intervino Mayra cogiendo del brazo a Ema.

—Tal vez solo un momento —dudó esta.

Tadeo se encogió de hombros. Mayra seguía tirando de su brazo y Ema la siguió.

—Al menos lleva papiros y pluma, se supone que un mago debe estar siempre listo.

Ema se colocó a traversa la cartera que le había regalado Tadeo y ambas jóvenes partieron en busca de las emociones de la feria.



Capítulo VI

PRONTO TUVIERON A LA FERIA FRENTE A ELLAS: estaba tan luminosa como si fuera de día y había gente hablando y riendo por todos lados.

—Me encantan estos lugares —confesó Mayra.

Ema sonrió mientras su amiga la internaba entre el gentío. Fueron recorriendo los puestos de uno en uno, a veces se separaban un poco, pero volvían a encontrarse. Cuando Ema estaba probándose una pulsera que el vendedor le juraba que hacía juego con su collar, Mayra la fue a buscar para arrancarla de allí y llevarla a otra tienda donde había varias personas reunidas, se notaba que ninguna de ellas eran clientes.

—¿Qué…?

—Chist —dijo Mayra.

—Esto no puede seguir así —expresó uno de los hombres mayores que estaba en el centro—. Este mes ya nos atacaron tres veces, si continua así, no tiene sentido volver a salir de viaje, tenemos pérdidas en vez de ganancias.

—Deberíamos avisar a la guardia del rey —sugirió una mujer.

—Eso ya lo hicimos —dijo otro de los hombres—, pero dicen que no pueden proveernos de escolta fija y no sabemos cuándo volverán esos forajidos, si es que vuelven.

—¡Claro que volverán! —opinó un muchacho joven—. Somos presa fácil para ellos, tenemos que armarnos.

El murmullo creció dentro del grupo.

—¿Y si tuvieran otra opción? —gritó Mayra.

—Mayra. —Ema le tiró de la manga.

—¿Quién eres, muchacha? —preguntó el primero de los hombres.

Mayra se adelantó.

—Soy del reino y trabajo como representante de mi amiga —tiró de Ema para que todos pudieran verla—, es una maga de defensa y creo que ustedes necesitan una.

—Los magos no son de confiar —dijo la mujer.

—Algunos sí —sonrió Mayra—, nosotras éramos criadas antes, trabajadoras como ustedes, sabemos cómo duele que te quiten el fruto de tu trabajo.

El murmullo volvió a crecer.

—Además, Ema recién se inicia, con lo cual su tarifa es muy aceptable.

—¿Cuánto? —dijo uno de los hombres.

—¿No sería mejor un mago de ataque? —preguntó el muchacho.

—Treinta monedas —informó Mayra sin pestañear.

—Es demasiado.

—¿Cómo es eso aceptable?

—Te pasas de lista, muchacha.

—Mayra, creo que… —susurró fervorosamente Ema.

—Déjame a mí —dijo Mayra palmeándole el brazo—. Gente —elevó la voz—, treinta monedas entre todos no es tanto. Además, Ema haría un hechizo de protección general y otro específico para estos atacantes que ustedes conocen.

—¿Se puede hacer eso?

—¿Cómo sería de útil?

—¿Cuánto duraría?

—Mayra —apretó los dientes Ema—, no sé si puedo hacer eso.

—Estoy casi segura de que sí —respondió Mayra por lo bajo—, estuve investigando mucho desde que te fuiste. Cualquier cosa, le preguntamos a Tadeo.

—Queremos una prueba —dijo la mujer.

—Sí, sí —asintieron los demás.

Todos se volvieron hacia Ema, incluso Mayra.

—Eh…, bueno —rebuscó en la cartera y sacó una tira de papiro y la pluma—, este es sencillo, pero podrán verlo con facilidad.

Miró alrededor y vio las miradas concentradas en ella, expectantes. Se irguió y su voz sonó más clara.

—Lo que voy a hacer es un escudo a mi alrededor.

El silencio se palpaba mientras Ema escribía en el papiro, se esforzó para que cada runa tuviera la forma perfecta. Cuando terminó, elevó el papel por sobre su cabeza.

—Ahora…

Pero su voz fue tapada por un estruendo de alaridos y cascos.

—¡Ya vienen! —gritó uno de los hombres y todos los mercaderes se pusieron en movimiento a la vez.

Mayra se acercó a Ema a puro empujón.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó esta última.

Mayra frunció el ceño.

—Creo que mejor volvemos con Tadeo.

—Bien —dijo Ema—. Espera. —Se detuvo de repente.

—¿Qué sucede?

—Párate junto a mí.

Mayra se aferró a ella por la cintura, la multitud a su alrededor no dejaba de empujarlas. Ema pasó los dedos por las runas, el papel prendió fuego y se deshizo. El aire tembló a su alrededor.

—¿Qué fue eso? —dijo Mayra.

—El hechizo protector que estaba preparando. Creo que durará menos, ya que somos dos dentro de él, pero debería ayudarnos.

Mayra se acercó más a ella y avanzaron de a poco, entre la multitud.

Las rocas y maderos comenzaron a volar por todos lados. Mayra se encogió, pero Ema le hizo señas para que siguiera avanzando. Pronto el camino se despejó en rededor a ellas. La mujer que había hablado antes, con sangre en la frente, las miraba asombrada. La lluvia de piedras no les afectaba, sino que rebotaban a su alrededor. Mayra le sonrió mientras se alejaban del gentío. Casi estaban fuera, cuando les cortó el paso un caballo, el jinete blandió una espada. Ema y Mayra se encogieron a la vez. Se escuchó una explosión y el caballo cayó con el jinete debajo.

—¿Qué fue eso? —jadeó Mayra.

—¿Tadeo? —murmuró Ema.

El mago apareció entre el humo.

—Veo que al menos tuviste el sentido común de protegerte —asintió—, por aquí.

Las jóvenes lo siguieron fuera del campamento de la feria. La gente gritaba por todos lados y corría en direcciones que se cruzaban, sin destino claro.

—¿Y nuestras tiendas? —preguntó Ema.

—Las levantamos cuando vimos al grupo acercarse. —El mago las guio hasta unos arbustos medianos, la carreta estaba detrás—. Creo que lo mejor será que esperemos un poco —dijo Tadeo—. Se cansarán pronto.

Ema y Mayra subieron a la carreta.

—¿Cuánto durará? —preguntó Mayra haciendo gestos a su alrededor.

—Desaparecerá en cualquier momento —dijo Ema y se volvió hacia Tadeo—. Gracias por ir a buscarnos.

Tadeo entornó los ojos.

—No suelo desatender mis inversiones.

—Hablando de inversiones —dijo Mayra recostándose en la carreta—, creo que tenemos potenciales compradores en la feria.

—Esos artistas —bufó Tadeo— nunca compran magia.

—Esta vez creo que sí lo harán.

—¿Cuánto pediste? —dijo el mago tomando de un odre y dando un trago.

Mayra frunció la nariz e intercambió una mirada con Ema. Cuando caminaban hacia la feria, habían acordado que al principio le dirían la verdad, hasta que Ema pudiera manejarse sola.

—Treinta monedas.

Tadeo alzó las cejas.

—¿Y qué ofreciste?

—Dos hechizos de protección. —Mayra se encogió de hombros.

—No solo dos hechizos —dijo Ema—. Tadeo, ¿puede hacerse una defensa selectiva? O sea, contra determinadas personas.

—Sí. —Fue la lacónica respuesta.

—¿Viste? —Mayra le palmeó el brazo a Ema.

—¿Y yo podría? —preguntó Ema.

Tadeo la miró con los labios fruncidos un momento.

—Sí —repitió.

—Perfecto —se irguió Mayra—, debemos volver a la feria cuando sea seguro.

—Está bien —dijo Ema.

Tadeo sonrió.

—Sabía que ustedes eran como yo.

—¿Qué quieres decir? —Ema frunció el ceño.

—Que ninguna propuso ir a ayudar ahora.

Las jóvenes se quedaron en silencio mientras los gritos continuaban en la feria.

—No sabemos luchar —dijo Mayra con lentitud— y somos solo dos chicas que…

—No tienen que explicarse conmigo, yo tampoco hago nada gratis —expresó Tadeo—. Pediremos cuarenta monedas.

—¿Estás seguro? —dijo Mayra, más animada.

—Un hechizo selectivo todavía no es sencillo para Ema, requerirá bastante energía. Diremos que, dada la cantidad de atacantes, el precio se eleva. —Sonrió—. Al menos esta noche incómoda valdrá por algo.

—Tal vez también quieran un hechizo de ataque —dijo Mayra tentativamente.

Tadeo rio con fuerza.

—No creo que puedan pagar ni el más sencillo de mis hechizos.

Volvieron a quedarse en silencio, a excepción del leve ronquido del carretero. Cuando todo se hubo calmado, ya estaba amaneciendo y ninguno de ellos tres había podido dormir. Tadeo las acompañó a lo que quedaba de la feria.

—Ella —dijo Mayra cuando localizó a la mujer que ahora rengueaba.

—Muchacha, ¿dónde estaban? —La mujer gesticuló con fuerza —. ¿Cómo han podido huir así cuando necesitábamos su ayuda?

—Señora —dijo Tadeo con tensión—, no son más que niñas, es normal que se asustaran.

—¿Y quién eres tú? —Ella frunció el ceño.

—Soy el tutor de Ema. —Sonrió el mago.

—¿Viste que el hechizo era efectivo? —se adelantó Mayra—, seguro que les viene bien.

—También vi cómo nos abandonaron. —La mujer torció el gesto —. Debo discutirlo con los demás, pero esta no es forma de hacer negocios, muchacha, será mejor que lo aprendas.

La mujer se alejó hacia un grupo de gente que hablaba, cansada, entre sí. Menos de diez minutos después, se acercó uno de los hombres de la noche anterior.

—Aceptamos la propuesta, pero dadas las circunstancias, solo podemos pagar veinte monedas.

—Entonces será solo uno de los hechizos —dijo Tadeo.

El hombre entornó los ojos.

—Creo que las circunstancias ameritan…

—Más allá de las circunstancias, la magia tiene el mismo costo para el mago que la realiza —sonrió Tadeo— y me temo que agregar el hechizo específico aumentaría el valor a cuarenta monedas.

Los murmullos se endurecieron.

—Ese no fue el precio que pactaron las jóvenes.

—Por su falta de experiencia, deberé guiar a Ema en el proceso.

—¿Tú también eres un mago de defensa? —dijo el muchacho.

Tadeo rio.

—De ataque, ¿o acaso parezco otra cosa?

—Pareces un muchacho con la cabeza crecida —gruñó la mujer.

A Tadeo se le aceró la mirada.

—¿Por qué no un hechizo tuyo? —insistió el muchacho.

—Si no pueden pagar el coste de mi aprendiz —dijo entre dientes Tadeo—, dudo que puedan siquiera considerar el mío.

—Pero no será necesario —Mayra se interpuso entre ellos y sonrió—, creo que lo defensivo va más con su necesidad y aun uno solo de los hechizos sería muy útil. Los ayudaría con todo esto. —Mayra señaló los destrozos a su alrededor.

Los mercaderes volvieron a formar un grupo, levemente alejado

de ellos, y discutieron. Ema se acercó a Mayra, retorciendo los dedos.

—Está bien —dijo el hombre cuando regresó—, cuarenta por los dos y más vale que funcionen.

Tadeo sonrió.

Terminaron cuando ya había acabado de amanecer. Ema estaba pálida, sentada sobre unos destrozos. Mayra le había ido a buscar algo de agua. Los mercaderes habían probado el hechizo y parecían satisfechos.

Cuando Tadeo se alejó para ir a despertar al carretero, el mercader que había aceptado el trato se acercó a ellas.

—No nos fiamos de él —dijo el hombre haciendo una seña con la cabeza hacia Tadeo.

—Nosotras tampoco —confesó Mayra—, pero por el momento no tenemos opción.

El hombre se inclinó frente a Ema.

—Tú aprende el oficio, niña, y después ve por tu cuenta.

Ema sonrió.

—Te irá bien si recuerdas tus orígenes —su mirada se endureció levemente—, la gente honesta te pagará el precio justo.

—Nosotras… —dudó Ema.

—Lo haremos —dijo Mayra.

El hombre asintió.

—Son jóvenes, cometerán errores, pero recuerden este. —Señaló a su alrededor—. Si querían que confiáramos en ustedes, no deberían haberse ido y luego aprovecharlo.

Ambas bajaron la cabeza, incómodas. El hombre suspiró.

—Puedo entender que se asustaran, pero no vuelvan a dejar que eso les impida hacer lo correcto.

Se alejó hacia los demás mercaderes, que ya estaban limpiando los destrozos. Ellas permanecieron en silencio, se miraron incómodas una a la otra, Mayra fue la primera en sonreír, con algo de tristeza.

—¿Cómo estás? —dijo, escudriñando el rostro de Ema.

—Como si me hubieran chupado toda la energía.

—Todavía estás muy pálida.

—Ya se pasará —suspiró Ema.

—Les dije que por ese había que cobrar más —dijo Tadeo, que había vuelto junto a ellas—, pero me temo que no podrás descansar más que en la carreta, debemos seguir.

—¡Ema! ¡Mayra!

Se volvieron para ver a un agitado Gaspar que corría hacia ellas.

—¡Espérenme! Voy con ustedes.

Las jóvenes sonrieron, Tadeo gruñó.

—¿Cuántos amigos tienes, muchacha?

—Solo ellos dos. —Sonrió Ema.

—Es Gaspar —dijo Mayra—, fuimos a verlo a la panadería.

—Sí, sí, esto no es una excursión —gruñó Tadeo y se volvió hacia Gaspar, que apoyaba las manos sobre las rodillas y jadeaba—. ¿Qué ofreces para venir con nosotros? Esta de aquí —señaló con la cabeza a Mayra— ya probó su utilidad.

—Puedo cocinar —dijo Gaspar—, era aprendiz de panadero.

—Ese puesto ya está tomado.

Gaspar se rascó la cabeza.

—Pues puedo hacer cualquier trabajo pesado, además sé conducir caballos y la carreta.

Tadeo se mesó el mentón e inspiró con fuerza.

—Esto se está llenando de gente. ¿Cuánto sabes de nuestro destino?

—Solo que es importante. —Gaspar se encogió de hombros.

—¿Por qué quieres ir?

El muchacho se rascó el dorso de la mano, con un breve vistazo a Ema.

—Solo quiero asegurarme de que Ema y Mayra estén bien.

—¿También eres huérfano?

Gaspar apretó las mandíbulas.

—Sí.

—Pero, Gaspar, ¿y qué sucederá con…? —Mayra le apretó el hombro a Ema.

—¿Qué cosa? —Entornó los ojos Tadeo.

—Con su empleo —dijo Mayra sin soltar a su amiga.

—Ser panadero tampoco es tan importante.

—Pues aquí tendrás que ganarte la comida. —Tadeo miró a su alrededor—. Si voy a pasar otras noches así, quiero alguien que se ocupe de las tiendas y siempre tenga el fuego listo.

—Puedo hacer eso —asintió Gaspar.

—Solo comida y techo, cuando haya —dijo Tadeo—. Ema es mi aprendiz y se queda con parte de lo que gane, tú no generas dinero, lo consumes.

Gaspar bajó la cabeza.

—Sí, señor.

—Bien, quería dejar eso claro. Ahora volvamos a la carreta, hace horas que deberíamos haber partido.

El carretero los esperaba inmóvil con las riendas de los caballos colgando lánguidamente de sus manos. Los azuzó apenas Tadeo dio la orden. Comenzaron el viaje en silencio. Cada tanto los jóvenes se miraban entre sí y alguno abría la boca, pero volvía a cerrarla luego de echar un vistazo a Tadeo. Ema recuperó el color poco a poco y se incorporó para poder ver el paisaje.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar —dijo Mayra, luego de

unas horas, acercándose al mago—, creo que debería encargarme de las negociaciones.

El mago enarcó las cejas.

—¿Es eso así?

—Sí, una sonrisa consigue mucho más que el derroche de un sentimiento de superioridad.

Tadeo rio.

—Tal vez, pero también demora más. Haz lo que quieras, muchacha, solo no me hagas perder el tiempo.

Mayra volvió a sentarse en la parte trasera, con una amplia sonrisa en su rostro. En ese momento, la carreta dio un salto bastante brusco y Ema tuvo que sostenerse.

—¿Estás bien? —dijo Gaspar inclinándose sobre ella.

—Sí. —Ema sonrió débilmente.

—Ten —le ofreció un odre—, toma un poco de agua.

—Gracias.

Bebió unos sorbos tímidos y emitió un largo suspiro.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—Un hechizo escudo —dijo con entusiasmo Mayra—, nuestra primera venta.

—No sé si está bien si ella va a quedar así —acotó pensativo Gaspar.

—Estoy bien. —Ema se incorporó y le devolvió el odre.

—Es solo hasta que se acostumbre. —Mayra hizo un ademán a la vez que Ema asentía con énfasis, lo que volvió a dejarla algo pálida.

—Lleva práctica acostumbrarse a la canalización mágica —dijo Tadeo sin mirar atrás—, mientras más tiempo la ejerces, más la controlas y mayor es el flujo de magia que puedes generar.

—¡Entonces deberá ponerse a practicar de inmediato! —exclamó entusiasmada Mayra.

Ema enarcó las cejas. El color se iba de su rostro y volvía a cada rato.

—¿En serio?

—La muchacha tiene razón —Tadeo sacó una pipa del bolsillo —, es preciso que practiques todos los días. Creo que ya habíamos hablado de esto durante tu entrenamiento.

—No sabía que fumabas. —Ema frunció el ceño.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Nunca te vi hacerlo.

—Eso es porque no se puede en la Academia. —Sonrió él—. Y no voy a olvidar el tema de las prácticas: lo harás todos los días, dos horas cada vez.

Ema suspiró y se cruzó de brazos. Evitó la mirada de Mayra y se dedicó a observar el paisaje a su alrededor. Estaban atravesando un

bosque bastante espeso. Los árboles inundaban el aire de olores silvestres y el carro traqueteaba sobre una gran cantidad de ramas caídas y algunas raíces salientes. El cielo era apenas distinguible tras el techo de hojas y era poco el sol que se filtraba, lo que hacía al ambiente bastante fresco, aunque ya se encontraran en los principios de la primavera.

No se detuvieron para almorzar, sino que comieron un poco de pan y queso allí mismo en la carreta. Ema frunció los labios ante su porción, aunque no se quejó. Se adormiló un poco durante la tarde, mientras Gaspar y Mayra estaban sumergidos en sus propios pensamientos. Aunque volvió a despabilarse cuando las piedras en el camino hicieron bailar a la carreta. Se incorporó otra vez.

—¿A dónde vamos? —preguntó de repente.

—A donde nos dirigíamos desde un principio —dijo Tadeo—, vamos con demora.

—¿Y luego?

El mago se encogió de hombros.

—Ya veremos.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Mayra.

—Llegaremos al anochecer —dijo el carretero, sorprendiendo a todos con su voz.

Era un sonido bastante agudo para alguien tan macizo, casi sibilante. Ema y Mayra se miraron y contuvieron una risa. Ema súbitamente se dirigió a Gaspar.

—Gracias por venir.

El muchacho se rascó la mano con furia.

—Como dice Mayra, si no voy de aventuras hoy, ¿cuándo?

—¡Ya sabía que te unirías! —Le golpeó el brazo con un puño—. ¿Cómo quedaste con el… —miró de reojo a Tadeo— *trabajo*?

—Arreglé todo para que se mantenga igual un tiempo. —Hizo una mueca—. O sea, puedo mantener la posición, aunque tenga que bajar de nivel. Si demoro más, tendré que buscar otro empleo. Al menos ya tengo suficiente experiencia como para ser de utilidad y conozco a la familia. —Tosió—. Me refiero a que conozco a varias familias, buenas familias.

Tadeo hizo un sonido, pero no se dio la vuelta. La carreta se desvió hacia un camino lateral poco transitado. Los saltos que daba eran cada vez más pronunciados.

—¿Y quién sabe? —dijo Mayra a la vez que se sostenía con ambas manos—. Tal vez encuentres una linda hija de panadero en algún pueblo y te quedes.

Gaspar la fulminó con la mirada. Ema se incorporó del todo, la carreta se había detenido. Mayra sonreía al muchacho, quien abrió la boca, pero Tadeo habló antes:

—Llegamos.

Se bajó del pescante y estiró un poco las piernas y los brazos. Se hallaban delante de una casa de piedra cuadrada y no muy grande. Estaba sola rodeada de inmensos árboles.

—¿Una posada? —preguntó Ema.

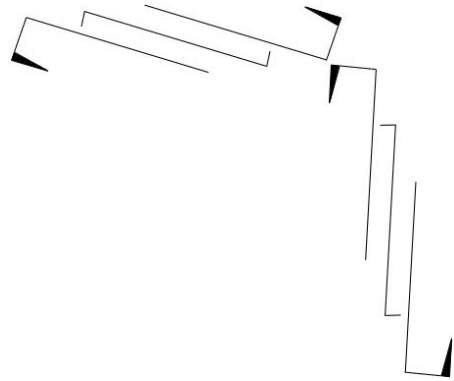
—Un amigo.

Tanto Ema como Mayra se volvieron hacia el mago, con expresión sorprendida. Tadeo se volvió hacia ellas.

—¿Tienen algo que decir? Si no —se dirigió hacia Gaspar—, creo que hay bolsos que bajar de la carreta. —Les dio la espalda—. Y mañana partiremos temprano.

—Sí, creo que deberíamos aprovechar a descansar un poco —bostezó Ema—, ya que anoche no dormimos mucho.

—Está bien —dijo Mayra, siguiéndola fuera de la carreta, pero no dejaba de observar a Gaspar con una sonrisa ladina.



Capítulo VII

La casa era un poco más grande por dentro de lo que anunciaba por fuera. Tenía tres pequeñas habitaciones, además de la cocina y una pequeña buhardilla casi pegada al techo. Ema y Mayra tomaron una habitación, mientras Tadeo se quedaba una para él solo. Gaspar tuvo que elegir entre la buhardilla o el comedor para pasar la noche, el carretero simplemente se encogió de hombros.

El dueño de la casa era un hombre muy anciano que apenas les dirigió una mirada luego de mostrarles dónde estaban las habitaciones y la cocina, el baño estaba fuera. Después, se encerró con Tadeo en la habitación que sería para él.

—¿Y dónde irá a dormir él? —preguntó Mayra mientras se instalaba con Ema.

—No lo sé, y en este momento tampoco me importa mucho. —Comenzó a desvestirse—. Solo quiero dormir un poco y después comer.

—Uf, debes estar muy cansada si la comida la pones en segundo lugar.

—No creí que me agotara tanto ese hechizo, creo que más bien fue una mezcla de todo lo que sucedió en la feria.

—Sí —asintió Mayra—, yo también sigo pensando en eso, aunque no creo que hiciéramos nada malo. ¿Qué esperaban? ¿Que nos quedáramos a pelear?

—No sé, tal vez… No sé.

Mayra resopló.

—Pues yo no les deseo ningún mal, pero también tengo mis metas y tengo que ocuparme de ellas.

Ema no contestó, simplemente se metió en la cama y cerró los ojos. Mayra se quedó observándola antes de comenzar a desvestirse ella.

A la mañana siguiente, su anfitrión tampoco estaba allí.

—Tuvo que salir. —Fue todo lo que había dicho Tadeo, antes de pedirle a Mayra que hiciera el desayuno.

Cuando abandonaron la casa, el dueño todavía no había vuelto. Ema se veía mucho mejor, pero Gaspar se quejaba a cada rato de alguna contractura.

—Vamos —le dijo Mayra con un golpe en la espalda—, si los huérfanos siempre dormimos en los peores lugares.

—Este era muy pequeño —gruñó el muchacho—, no tenía dónde estirar las piernas.

—Pues ahora tampoco vas a tener mucho lugar. —Sonrió Mayra mientras subían a la carreta.

Gaspar gimió, pero se relajó un poco cuando Ema sonrió. Tuvieron que esperar unos minutos a que Tadeo saliera de la casa.

—¿Qué es lo que estará haciendo? —preguntó Mayra—. Él es siempre el que más apurado está.

—¿Cómo quedó tu hermano? —le dijo Ema a Gaspar.

—Bien, es una buena familia la que le tocó, no creo que haya problemas por unos meses —sonrió y se le marcó un hoyuelo en la mejilla—; además, le prometí regalos.

Tadeo salió de la casa en ese momento y se callaron. El mago les dedicó una mirada especulativa mientras subía a la carreta y luego ordenó al carretero que avanzara. El camino fue tan monótono como el día anterior. Tanto que todos dejaron de mirar a su alrededor y comenzaron a acomodar sus bolsos una y otra vez.

Esa vez sí se detuvieron al mediodía para almorzar.

—Estoy hambrienta. —Ema saltó de la carreta.

—Ven —dijo Tadeo—, quiero que pruebes algo mientras ellos preparan la comida.

Ema dudó y miró hacia sus amigos.

—Para eso están. —Tadeo la guio del codo.

—Ve —le hizo señas Mayra—, debes aprender nuevos hechizos para poder venderlos. —Señaló a Gaspar con un dedo—. Tú ve a hacer un fuego.

Tadeo llevó a su pupila a una distancia considerable, donde no podían oírlos los otros.

—¿El muchacho es confiable?

—Eh, sí, es un amigo.

—¿Por qué vino? ¿También por el dinero? Mientras más gente haya, menos será para repartir, sabes eso, ¿no?

—Claro que sí —enrojeció Ema y jugueteó con el collar—, es

solo un amigo.

Tadeo entornó los ojos.

—¿Él te regaló ese colgante?

Ema lo soltó como si quemara.

—Sí —susurró.

Tadeo sonrió lentamente.

—Ya veo por dónde van las cosas, pero necesito que estés concentrada, estas distracciones pueden esperar.

—Lo sé —se irguió Ema—, esto también es importante para mí.

Tadeo asintió en silencio. Sacó unas hojas y se las mostró.

—¿Puedes leerlo?

Ema entornó los ojos y movió los labios en silencio. Al poco tiempo de entrar en la Academia, había aprendido que las runas no se leían en voz alta, aunque no le habían explicado por qué. Los profesores sencillamente anotaban las runas y la traducción debajo.

—No reconozco estas dos —señaló Ema.

Tadeo las observó y escribió algo rápidamente en un papel. Luego de que Ema lo leyera y asintiera, lo quemó.

—Ahora escríbelas.

Ema tomó papel y pluma y comenzó por la primera.

—No —la detuvo Tadeo—, te falta una curva allí.

Ema se mordió la lengua y comenzó otra vez. Le llevó media hora aprender las nuevas y escribir las dos palabras.

—¿Qué hace? —preguntó, cuando tenía el papel listo entre las manos.

Tadeo sonrió.

—¿Por qué no lo averiguas?

Ema se mordió el labio y después rozó las runas con la punta de los dedos. Tadeo se puso detrás de ella. El papel se hizo cenizas.

—¿Qué sientes? —preguntó Tadeo.

—Nada —dijo Ema después de unos minutos.

—Bien, llama a tu amigo.

—¿Para qué?

—Ya verás.

Ema frunció los labios y luego se encogió de hombros.

—¡Gaspar!

El muchacho alzó la cabeza y se encaminó a ella apenas la divisó. Cuando estaba a solo unos pasos, cayó de repente al suelo.

—¡Gaspar! —Ema se apresuró hacia él.

El muchacho estaba envuelto en una telaraña de líneas luminosas. Tadeo reía. Ema se arrodilló al lado de Gaspar, Tadeo pasó riendo a su lado.

—Creo que es hora de comer.

—Espera. —Ema miraba de Gaspar a su tutor—. ¿Cuánto tiempo

dura?

—Oh, a lo sumo unos minutos, tal vez una media hora.

—Oh, lo siento —Ema trató de deshacer los hilos, pero eran resistentes—, no sabía que iba a pasar esto. En general, hago escudos.

—No te preocupes —suspiró Gaspar—, no está tan mal y además solo es temporal, ¿no? Me alegro de que estés mejorando.

—Te traeré algo de comer —dijo Ema y se puso de pie.

—Eso fue espectacular. —Sonrió Mayra.

—No si te quedas dentro. —Ema lanzó una mirada al mago mientras llenaba un plato.

—El muchacho estará bien —sonrió—, nos hará bien alguien con quien practicar.

Ema le dio la espalda, Tadeo seguía riendo cuando ella llegó junto a Gaspar otra vez y le pasó la comida como pudo a través de la red.

—Gracias. —Sonrió el muchacho.

Poco después del almuerzo, retomaron el camino. Todos iban de buen ánimo, luego de una abundante comida, incluso Tadeo. El aire estaba fresco y lleno de especias. Ema se dedicó a mirar el paisaje a su alrededor mientras Mayra no paraba de hacer cuentas y suposiciones en voz alta. Gaspar sacó de su bolsillo un retrato miniatura de su hermano.

—Seguro que está ansioso por los regalos —dijo Ema.

El muchacho se sobresaltó.

—Sí —miró de reojo al mago, que fumaba con fruición—, está con una buena familia. Tuvo suerte.

—Tiene suerte de tenerte como hermano. —Sonrió Ema.

Gaspar le dedicó una mirada extraña y Ema desvió la suya.

—¿Sabes?, le gustan los libros, le enseñaron a leer un poco, tal vez…

—Estoy segura de que le podremos conseguir algo. —Ema le rozó la mano.

Gaspar se acercó a ella y bajó la voz, sin dejar de estar pendiente del mago.

—¿A dónde vamos exactamente?

—No lo sé, es una búsqueda.

—¿Cuánto crees que llevará?

Ema se encogió de hombros. Luego se quedó mirándolo e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Si quieres volver…

—No, no, solo preguntaba. —Volvió a apoyarse en uno de los costados de la carreta—. Te ves feliz.

—Lo estoy —los ojos de Ema refulgieron—, ¿viste ese hechizo? Seguro que se vende bien, impresionará a mucha gente.

—A mí me sorprendió.

—Oh, no quise…

—No te preocupes.

—¡Silencio!

Todos se volvieron hacia Tadeo. La carreta se había detenido. El mago miraba a su alrededor con los ojos entornados. Les hizo señas para que mantuvieran el silencio y le indicó al carretero que se desviara hacia un costado, tras unos árboles y unos densos matorrales.

El viento movió las hojas, que resonaron a su alrededor y taparon el ruido de sus quedas respiraciones. No se oía nada más, ni siquiera el trino de pájaros ni los deslices furtivos de los animales. Después de que pasaran un par de minutos, Ema se acercó a Tadeo.

—¿Qué sucede? —susurró.

Él tenía los ojos clavados en el camino que habían dejado, como si estuviera esperando algo. Los músculos del cuello estaban tensos y mantenía una mano cerca del bolsillo donde guardaba los papiros ya escritos.

—Detecto magia cerca, diferente de la nuestra.

—¿Cómo…?

El mago levantó un dedo y volvieron a esperar. Mayra se acercó también, de rodillas y algo encorvada, aunque nada de eso fuera suficiente para que no se la viera en la carreta. Se inclinó hacia Ema.

—¿Se puede hacer eso? ¿Detectar magia?

—Sí, aunque yo todavía no puedo, se necesita más años de práctica para adquirir sensibilidad.

El mago les echó una mirada y las jóvenes volvieron a callarse. Ema se retorcía los dedos mientras todos miraban hacia el camino entre los árboles. Al rato se oyeron los ruidos de ruedas sobre ramas. Otra carreta se acercaba.

—Prepárate —le dijo Tadeo y Ema buscó sus pergaminos ya dispuestos.

Las carretas que se acercaban eran enormes y una de ellas estaba cubierta. En la primera iban tres magos de otro reino y en la segunda iban clérigos, una mezcla de reinos. Ema enarcó las cejas al ver a uno de ellos y se volvió hacia su amiga. Mayra asintió y moduló en silencio: «El almuerzo».

La carreta de los magos estaba a unos metros de ellos, con lo cual la segunda tuvo que hacerlo también. Luego de unos minutos, el clérigo se bajó y se acercó a los magos.

—¿Qué sucede?

—El rastro se termina aquí —dijo el más joven.

Tadeo apretó las mandíbulas y preparó sus pergaminos, le indicó a Ema que estuviera lista.

—No veo a nadie —comentó el clérigo echando un vistazo

alrededor.

—Pues deben estar, no siguieron más allá por esta ruta.

—¿Pudieron haber vuelto?

Los tres magos se miraron entre sí y comenzaron a murmurar por lo bajo. El clérigo volvió a la segunda carreta y habló con alguien bajo el techo. Cuando regresó, se dirigió al mayor de los magos.

—La señora teme que los hayan perdido, ella recuerda haber pagado…

—Sabemos muy bien por lo que pagó —le contestó el mago.

Los hombres se mantuvieron la mirada.

Mayra la golpeó en el hombro a Ema y volvió a hablar sin sonido: «La señora». Ema asintió y suprimió un escalofrío. Tadeo le quitó los pergaminos de la mano y los examinó, luego los reacomodó y le indicó que los usara en ese orden. Ema asintió otra vez, aunque los dedos ya los tenía rojos de tanto retorcer.

—¿Cuándo…?

Antes de que terminara de hacer la pregunta, Tadeo ya había tirado el primero de los suyos. La carreta delantera se bamboleó sobre dos ruedas y cayó de costado. Ema consumió el primero de los suyos, justo a tiempo, las explosiones chocaron contra su escudo. Tadeo se había acercado a la segunda carreta, a la cual prendió fuego. Se escucharon gritos de mujeres. Ema no tuvo tiempo de distinguirlos, no paraba de quemar hechizos.

El ataque sobre su carreta fue neutralizado, pero se acercaban hombres a pie. Gaspar golpeó a uno con un tronco que había recogido y Mayra saltó sobre la espalda de otro. El carretero hacía lo que podía por mantener los caballos bajo control. Tadeo continuaba atacando, pero los otros magos también contaban con alguien en la defensa. Ema tiró su último hechizo y el clérigo quedó atrapado en la red, junto con uno de los magos. Tadeo aprovechó la distracción y tiró unas bombas a ambas carretas. El carretero de la segunda contuvo a duras penas el descontrol de los caballos, uno de ellos había caído.

—¡Vámonos! —dijo Tadeo.

Todos corrieron hacia la carreta, que se puso en marcha en seguida. Los caballos estaban enloquecidos y el carretero apenas podía guiarlos. Ema alcanzó a ver a Raquel saliendo de la segunda carreta a medida que se alejaban. La alta mujer estaba hecha una furia.

—Esa mujer —gruñó Mayra.

Ema miró a su amiga.

—¡Estás herida!

Mayra se tocó la mejilla con el dorso de la mano y observó la sangre.

—Oh, es solo un raspón, estoy bien.

—¿Gaspar?

—Todo bien —confirmó este mientras hacía girar el hombro.

Ema se volvió hacia el mago. Tadeo sonrió.

—Solo fue una pequeña confrontación, muchacha, habrá otras. Aunque no pensé que la señora se uniría al viaje.

—¿Crees que… —miró de reojo a sus amigos—, que sabe el motivo del viaje?

—No —Tadeo sonaba confiado—, solo los rumores, y sus propias motivaciones.

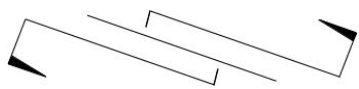
Tadeo le dio unas indicaciones al carretero.

—Tendremos que parar en la opción dos.

—¿Opción dos? —preguntó Mayra.

—Un pueblo más pequeño —gruñó Tadeo— y ciertamente con menos comodidades. Debes reponer tus pergaminos —dijo a Ema y luego se dedicó a escribir los suyos, algunos de los cuales arrojaba cada tanto en el camino.

Ema sacó hojas y su pluma. Al escribir, no dejaba de mirar hacia atrás.



EL PUEBLO ERA CIERTAMENTE PEQUEÑO, no más que unas decenas de casas desparramadas en un claro. Parecía más bien una aldea, ningún edificio se alzaba más de un piso y todas eran residencias humildes. El carretero los llevó hacia el centro, ya casi había anochecido y era poca la gente que caminaba por allí. Se bajaron de la carreta y estiraron los brazos y las piernas mientras miraban alrededor.

—Aquí ni siquiera hay una posada —Tadeo sacudió la cabeza—, solo casas que alquilan habitaciones.

—Una cama es una cama —dijo Gaspar.

—Tal vez para ti. —Tadeo enarcó las cejas.

Siguieron al carretero a una de las casas más grandes. El hombre no hablaba mucho, pero estaba siempre en movimiento cuando se lo necesitaba. Consiguieron dos habitaciones en esa casa y otra en una más humilde. Tadeo le indicó a Gaspar, con una sonrisa, que la habitación más pequeña era la que él compartiría con el carretero.

—Después de todo, es una cama, ¿no?

Gaspar se encogió de hombros y fue a la carreta por los bolsos.

—Creo que no voy a tener ningún problema en dormir —dijo Mayra—. Los días en la carreta más la *pequeña* confrontación…

—No me cansaba tanto acarreando agua y fregando pisos. —Ema estiró los dedos manchados de tinta.

—Y todavía no ha terminado. —Tadeo la agarró del codo—.

Ven.

—¿A dónde vamos? —Ema apresuró el paso, ya que Tadeo no tenía piernas largas, pero avanzaba siempre con velocidad.

Gaspar dudó al verlos partir, pero Mayra lo detuvo y le hizo señas para que fueran a ocupar las habitaciones.

—¿A dónde vamos? —repitió Ema.

—Si queremos descansar, tenemos que evitar que nos encuentren.

—¿Crees que seguirán persiguiéndonos?

Tadeo rio con ganas. Ema apretó las mandíbulas.

—Me refería a que sufrieron daños.

—Menores —dijo el mago y apresuró más el paso, casi al trote.

La llevó hasta las afueras y se paró al lado de un árbol. Se dio la vuelta y observó el poblado.

—Bien, esto es lo que haremos. Daremos una vuelta completa, rodeando el pueblo, entrelazando estos dos hechizos.

—¿Alrededor de todo un pueblo? —Ema abrió los ojos con desmesura.

—Sí, por eso es mejor empezar ahora.

—¿No podía ser después de comer?

—¿Cuando estuvieras adormilada? No, muchacha.

Ema suspiró y sacó una hoja de papel.

—Prepara varios —dijo Tadeo—, estas son las runas.

Regresaron a la casa donde tenían alquiladas habitaciones dos horas después. Estaban en la mayor, donde Tadeo tenía una habitación y Ema y Mayra compartían otra. Eran cuartos simples, solo cama, una mesa, un par de sillas; aunque todo muy limpio.

—Te ves muy pálida —dijo Mayra apenas Ema entró en la habitación.

—Estoy agotada. —Se desplomó sobre la cama.

Mayra se acercó a la única mesa que había en el cuarto y levantó la bandeja que estaba sobre ella. La llevó hacia donde estaba Ema.

—Me temo que la comida no está caliente, hace rato que la trajeron.

Ema suspiró.

—No creo que tenga fuerzas para masticar.

—¿Tú? Siempre tienes ganas de comer.

Ema resopló, aún tendida en la cama y mirando el techo.

—Creo que debes intentarlo —frunció el ceño Mayra—, tienes que recuperar algo del color.

Se pasó a la cama de Ema y se sentó a su lado. Se colocó la bandeja con comida sobre las piernas y primero le pasó el pan.

—¿Qué estaban haciendo allá afuera?

—Poniendo un hechizo alrededor del pueblo —dijo Ema masticando lentamente— para que Raquel no nos encuentre.

—¿Ya no la llamas «señora»? —Sonrió Mayra.

Ema frunció los labios.

—Creo que ya no tenemos por qué llamarla así.

—Estoy de acuerdo.

Mayra se calló un momento y le pasó otro pan y un poco de queso.

—Creo que Tadeo se está excediendo un poco.

Ema sonrió.

—Pensé que te interesaba que aprendiera más para poder venderme.

—Sí, pero también pienso en el largo plazo.

Ema rio a carcajadas y casi se atraganta, tuvo que incorporarse.

—Ahora sí que me siento mejor, *amiga*. —Tomó el plato de sopa y dio un trago—. Todavía está aceptablemente tibio.

—O es que estás muerta de hambre. —Mayra se acomodó, cruzada de piernas, en la cama a su lado—. Entonces, ¿cuándo vamos a saber el misterioso destino?

—No lo sé —suspiró Ema—, creo que tal vez pueda convencer a Tadeo para contarles cuando estemos más alejados.

Se levantaron a media mañana y desayunaron todos juntos en la casa mayor. Tadeo se había despertado antes y verificado, con una sonrisa, que las barreras no habían sido cruzadas.

—Te ves mejor —le dijo Gaspar a Ema.

—Gracias —sonrió—, la noche de sueño me vino bien. Además del baño de esta mañana.

—Uf —Mayra se acomodó el cabello—, no hubiera sobrevivido más tiempo sin agua caliente y un poco de jabón.

—Pues espero que hayan disfrutado las comodidades —intervino Tadeo—; nos esperan muchas noches a la intemperie.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Gaspar.

Tadeo lo miró en silencio antes de contestar. Ema y Mayra compartieron una mirada. El momento se prolongó un rato antes de que el mago por fin hablara.

—En unas horas saldremos de vuelta al bosque y, una vez allí —se encogió de hombros—, dependerá de Ema.

—¿De mí? —Se quedó con la mano, que sostenía un panecillo, a mitad de camino de la boca, aunque se notaba que se irguió un poco más.

—Sí, es tu destino, es lógico que seas tú la que elija el camino.

Ema se enderezó aún más, mientras sus amigos la miraban expectantes. Entonces Tadeo dio un golpe a la mesa, que hizo que todos se sobresaltaran.

—Sabía que se los habías dicho —meneó la cabeza—, no conoces la importancia de mantener algo en secreto.

—¿Qué…? —Ema miraba de un lado a otro—. ¿De qué hablas?

—Tus amigos —Tadeo señaló a Mayra y Gaspar— ni se inmutaron cuando me referí a tu destino. Obviamente ya saben por qué estamos aquí. —Se inclinó sobre la mesa—. ¿Qué tanto les contaste?

—¿Yo? —Las mejillas de Ema enrojecieron—. Nada, no les dije nada.

Tadeo entornó los ojos y la observó sin pestañear.

—No nos dijo nada —intervino Mayra—, solo que había visitado al oráculo y que tenía que salir de viaje, solo eso.

El mago se echó hacia atrás en la silla, sin quitar los ojos de las jóvenes. Tamborileó los dedos sobre la mesa y después suspiró.

—Está bien, supongamos que te creo.

—Pero es cierto —insistió Ema—, no les dije nada más.

Tadeo levantó la mano.

—Dejémoslo así, solo recuerda la importancia de la discreción en este viaje. —Ema asintió con énfasis—. Como decía, al tratarse de tu destino, eres tú la que tiene que elegir el camino que nos conduzca a él.

—Pero yo no sé a dónde ir ni qué hacer.

—Eso lo tengo claro —murmuró Tadeo.

—Ema está aprendiendo rápidamente —dijo Mayra y apoyó una mano sobre el brazo de su amiga.

—Es muy capaz —agregó Gaspar.

—Por supuesto que lo es —inspiró Tadeo—, si no, no la hubiera elegido como pupila. Pero le sigue faltando mucha experiencia, conocimiento —apretó los labios— y algo de sentido común. Aunque en este caso no afectará mucho, solo debes seguir tu instinto, él te guiará a tu destino.

Ema asintió en silencio y dejó de comer.

—Ven —le dijo Tadeo a un sorprendido Gaspar—, aquí dejamos la carreta. Hubiera querido seguir un poco más, pero seremos más rápidos a caballo. Iremos a comprar unos, además de las provisiones. —Miró a las muchachas—. Asegúrense de estar listas en dos horas.

—¿Y qué pasará con el carretero? —preguntó Gaspar.

Tadeo se detuvo, frunció el ceño y luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó unas carcajadas. Todavía se reía cuando salió de la habitación, seguido por Gaspar.

—Va a estar bien. —Mayra apoyó la mano en el brazo de Ema cuando quedaron solas—. Además, ¿no querías ser la que estuviera al mando?

—No creí que fuera tan desconcertante.

—Entonces, ¿ya no quieres hacerlo?

—¡Claro que sí! Solo que tengo que pensarlo.

—Creo que justamente es lo que no tienes que hacer. —Rio Mayra.

Ema sonrió levemente y luego volvió a quedarse pensativa.

—Hace rato que quería preguntarte algo, pero pasaron tantas cosas.

—Dime.

—Sé honesta, ¿sabías que Gaspar iba a venir con nosotros?

—No lo creí, quería que viniera, pero pensé que no iba a dejar su puesto en la panadería.

—Ni a su hermano.

—Sí, eso también. —Mayra se acomodó el pelo—. ¿No estás feliz de que esté?

—Sí, es mi amigo.

—¿Solo eso?

Ema frunció el ceño y se aferró al colgante.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que mi pregunta fue bastante clara.

—Sí, es solo mi amigo. —Se levantó de la mesa.

—¿No comes más?

Ema miró el plato y sus ojos centellearon unos segundos mientras retorcía el colgante otra vez. Cuando notó lo que estaba haciendo, lo soltó de golpe.

—No, no quiero más.

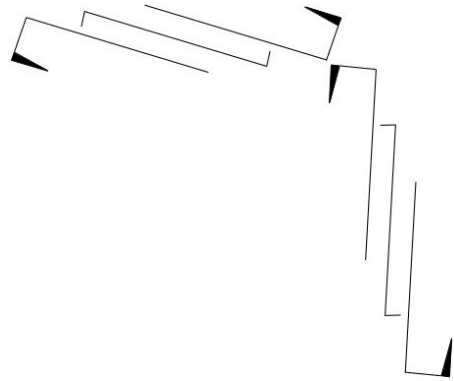
—Entonces voy a pedir que me lo envuelvan. ¿Sabes?, esto no fue barato y salió de nuestro dinero.

Ema se detuvo en el umbral.

—No recuerdo que me hayas dado mi parte, por lo de la feria.

—Se la quedó Tadeo, me dijo que él se ocuparía de administrarlo.

Ema hizo un ruido con la garganta y volvió al dormitorio que compartían para preparar la ropa.



Capítulo VIII

LA GENTE DEL PUEBLO los proveyó de casi todo lo que necesitaban y, curiosamente, no hicieron preguntas. Como si su paso no hubiera dejado ninguna huella en ellos. Hasta las personas que les habían alquilado las habitaciones no se habían inmutado cuando se fueron, así como no se habían mostrado sorprendidas al recibirlos.

—¿Es parte del reino? —había preguntado Mayra.

—No —había dicho Tadeo—, en realidad, es tan pequeño que ninguno se molesta en reclamarlo.

Mayra echó una mirada atrás mientras se alejaban. Los cuatro partieron poco después en sendos caballos, más dos mulas que eran guiadas por Gaspar. El bosque seguía verde y espeso, y tan silencioso como en todo su viaje hasta ese momento. El viento que corría entre los árboles era fresco y arrancaba un leve susurro de las hojas. Ema miraba hacia atrás cada tanto.

—No nos siguen, muchacha. —Tadeo se detuvo—. Concéntrate, ¿hacia dónde?

Ema inspiró profundamente y miró hacia todos lados. No dejaba de jugar con las correas que sostenía. Echó una ojeada a Mayra, quién le guiñó un ojo; Gaspar también le sonrió. Ema cerró los ojos y siguió respirando lentamente, hasta que sus hombros se relajaron. Cuando abrió los ojos, se fijó en un leve camino insinuado frente a ellos, un poco hacia la izquierda.

—Por allí —dijo.

Tadeo espoleó su caballo y todos lo siguieron. Se veía un poco ridículo, se había comprado el animal más grande y sus pies apenas llegaban a los estribos, pero no cabía duda de que el caballo estaba

dominado. Los demás iban detrás, algunos a duras penas haciendo avanzar a sus caballos. Sobre todo Ema, quien parecía tener muy poca práctica con ellos dado lo que le costaba mantenerlo en línea recta. Unas horas después, pararon para almorzar y Tadeo tuvo a Ema casi una hora practicando unas nuevas runas.

Luego de la comida, retomaron el camino, que fue tan monótono como el de la mañana. Los árboles se sucedían unos tras otros y era ya imposible distinguirlos. Ninguno de los jóvenes les prestaba atención. A media tarde, Gaspar comenzó a silbar en un momento, pero fue rápidamente callado por Tadeo.

—¿Es que eres tonto?

El muchacho se encogió en su montura y prestó una atención excesiva a las mulas que guiaba. Mayra le hizo unas señas a Ema, pero ella se adelantó para acercarse a Tadeo.

Se detuvieron cuando estaba demasiado oscuro para seguir avanzando. Tadeo azuzó a Gaspar para que preparara un fuego y levantara las tiendas, mientras él se alejaba un poco entre los árboles. Mayra le pidió a Ema que la ayudara a lavar las verduras.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Mayra apretó los labios.

—¿Por qué no dijiste nada? Gaspar no merece que lo traten así.

—Tadeo es así —se encogió de hombros—, además tiene razón, no podemos hacer ruidos si no queremos que nos sigan.

—Claro que lo entiendo, pero había otras formas de decirlo. Podrías haberle dicho algo a Gaspar para calmarlo.

—Es solo un amigo —inspiró Ema y se ensañó con las verduras.

—Como digas.

La cena fue bastante silenciosa, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Las ramas ocultaban casi en su totalidad la luz de la luna y el reflejo de la fogata era lo único que les permitía ver sus rostros.

Cuando iban a retirarse a dormir, Tadeo le indicó a Gaspar que él haría la primera guardia.

—¿Yo?

—Sí, tú, despiértame si escuchas o notas algo raro.

—¿Es necesario? —preguntó Mayra.

—¿Crees que se puede dormir tranquilamente a la intemperie en el bosque? —Tadeo sacudió la cabeza y entró en su tienda.

Mayra miró a Gaspar con una expresión de disculpa. Ema, detrás de ella, solo le hizo un gesto indeciso antes de entrar a su propia tienda. El muchacho suspiró y volvió a sentarse frente al fuego, que ya se estaba apagando.

La noche transcurrió sin incidentes, así como la mañana

siguiente. Otra vez siguieron el camino que indicaba Ema, aunque no parecían estar avanzando hacia ningún lugar. El bosque era un monótono escenario en tonos marrones y verdes cada vez más sombrío. El viento era casi constante entre los árboles.

Al mediodía se detuvieron a comer, esa vez Tadeo se alejó con Ema.

—¿Este qué hace? —preguntó Ema mientras trazaba las runas.

Tadeo sonrió.

—Este es un escudo de silencio, no protege de intrusiones, pero nadie escucha lo que sucede dentro de él.

—¿No deberíamos haberlo usado apenas entramos al bosque?

—Ya verás cuando lo actives por qué no lo hice.

Ema dudó antes de rozar las runas. Tadeo no le quitaba los ojos de encima, una leve sonrisa se insinuaba en sus labios.

—Está bien —suspiró ella y activó el escudo.

Tadeo la sostuvo antes de que cayera al suelo.

—Es un poco demandante.

Ema jadeaba y se aferraba a los brazos del mago.

—Me siento como un flan.

—Ya pasará. —Tadeo la ayudó a sentarse en el suelo.

Esperó a su lado hasta que la respiración de Ema volvió un poco a la normalidad y recuperó algo de color en las mejillas.

—Llama a tus amigos —dijo Tadeo.

Ema se volvió hacia donde Mayra y Gaspar preparaban la comida y los llamó. Ninguno de los dos se volvió.

—¡Mayra! ¡Gaspar! —Ema elevó la voz. Frunció el ceño y lo intentó otra vez—. ¡Mayra! ¡Gaspar!

—No te oirán, no mientras el escudo esté activo.

Ema se quedó pensativa, frunció el ceño.

—Pero entonces…

—Sí, es una desventaja también, si no logras que todos los de tu grupo queden dentro.

—¿Cuánto dura?

—No más de unos minutos, la primera vez. Lleva un tiempo aprender a canalizar la energía necesaria y hacerlo durar más tiempo, la ventaja es…

Se quedó tieso. Ema lo agarró del brazo. Tadeo entornó los ojos.

—La ventaja es —siseó— que tú sí puedes escuchar lo que sucede alrededor.

Ema trató de ponerse de pie. Había ruido de pasos entre los matorrales. Se acercó a Tadeo.

—¿Nos pueden ver?

Tadeo enarcó las cejas.

—Claro que sí, la invisibilidad es casi imposible.

Ema se volvió hacia Mayra y Gaspar, que seguían ajenos a lo que sucedía, hasta que dos hombres saltaron sobre ellos. Gaspar se quitó al suyo con rapidez y fue a ayudar a Mayra. Ema y Tadeo también se vieron rodeados. Los hombres se veían salvajes, parecía que hacía tiempo que vivían en la intemperie. Tadeo actuó con rapidez, las explosiones se sucedían a su alrededor. Ema se puso de pie y corrió entre el humo, hacia sus amigos. Iba sacando sus pergaminos mientras corría y perdió algunos en el camino. Siguió gritando sus nombres hasta que sintió que el aire vibraba a su alrededor y entonces Mayra miró en su dirección. Ema se apresuró aún más; cuando llegó junto a ellos, levantó un escudo justo cuando eran atacados por un hombre con una espada. Gaspar aprovechó su desconcierto y le golpeó en la cabeza con una roca. Los hombres continuaban apareciendo desde detrás de los árboles. La pelea duró media hora y luego ellos estaban de pie, con media docena de hombres caídos a su alrededor. Los demás habían huido.

—Creí que estabas cubriendo mis espaldas, muchacha —Tadeo la miró con ojos fulminantes—, recuerda que esa es tu función.

—Pensé que tú podrías defenderte solo. Mayra y Gaspar…

—Claro que puedo defenderme solo —cruzó los brazos Tadeo—, pero debemos actuar en equipo, así es más fácil y seguro para todos. Y yo no tengo que preocuparme por ti. Hablo de disciplina, muchacha.

—Lo siento —dijo Ema.

—Ella lo hizo bien —Gaspar tenía un corte sobre la ceja—, ya son varias las veces que nos defiende.

Tadeo lo fulminó con la mirada.

—Recoge las cosas, debemos continuar camino inmediatamente.

Comieron lo que pudieron, mientras cabalgaban. Tadeo no los dejó descansar hasta el atardecer y fue él quien eligió el camino. Fueron al trote donde los pasajes lo permitían y llegaron a un pequeño claro en el bosque. Había señales de que alguien había estado ahí, pero los restos de la fogata estaban congelados.

—Preparen el campamento —dijo Tadeo y tomó del brazo a Ema—, nosotros protegeremos el perímetro.

—A ese hombre le gusta mucho dar órdenes —gruñó Gaspar.

—Sí, pero lamentablemente es el que más sabe. —Mayra se encogió de hombros—. Además, debemos salir pronto de este bosque e ir a un pueblo o a una ciudad. ¿Cómo, si no, conseguiremos dinero?

Gaspar sacudió la cabeza.

—Están todos locos.

—Tú también por venir con nosotros. —Rio Mayra.

Ema regresó pálida al campamento y se desplomó cerca del fuego. Mayra le alcanzó los últimos panecillos que sacó de su bolso.

—Come esto mientras termino de preparar la comida.

—Gracias.

Tadeo se sentó sobre un tronco caído y observó a su alrededor. Las tiendas estaban armadas y la cena en marcha. Asintió en silencio, sacó sus papiros y comenzó a escribir. Gaspar terminó de atender los caballos y volvió junto con el grupo. Mayra estaba sirviendo la cena cuando escucharon ruidos a su alrededor. Todos se pusieron de pie al unísono.

Un solo hombre se les acercaba. Llevaba la ropa desgastada y sucia, pero aún se notaba que había sido un uniforme. Su caminar era pausado y confiado. Tenía un cuerpo macizo, de brazos fuertes, y llevaba una espada a la cintura. Los miró de uno en uno y luego alzó los brazos lentamente.

—Solo soy un viajero —dijo con voz clara—, este es mi campamento.

—Lo encontramos abandonado —explicó Tadeo, quien lo miraba con ojos entornados.

—Solo estaba durmiendo. —El hombre se encogió de hombros, sin dejar de mirar alrededor, como si midiera la distancia hacia todos lados.

El mago enarcó las cejas.

—En los árboles —aclaró el hombre—, hay muchos forajidos por aquí.

El grupo se relajó un poco, aunque todos seguían inmóviles y en silencio, contemplando la conversación del mago y el extraño. Tadeo miró al recién llegado de arriba abajo.

—Eres un soldado, un desertor.

El hombre apretó las mandíbulas, su pose se volvió tiesa y la mano se acercó a la empuñadura de la espada, sin tocarla.

—Hay más honor en reconocer un sistema sucio y salir de él que en cumplir las promesas ciegamente.

Tadeo sonrió y volvió a sentarse, los demás siguieron su ejemplo.

—¿Y ahora qué haces?, ¿vendes tus servicios al mejor postor?

—No soy un mercenario. —El hombre posó la mano en el pomo de la espada, pero el mago no se inmutó—. Busco un trabajo honrado en alguna guardia, por eso viajo.

—Nosotros también estamos viajando —dijo de repente Ema.

Tadeo la miró, pero ella lo ignoró.

—Tal vez podamos ir juntos mientras atravesamos el bosque, es mejor que seamos más, ¿no?

Ema se volvió hacia su tutor, quien le había tirado levemente de la manga de su túnica.

—¿Qué haces? —le susurró este.

—Sigo mi instinto.

Tadeo la estudió un poco más antes de menear la cabeza levemente. Echó una mirada a Gaspar y Mayra, que seguían la conversación, expectantes.

—No veo por qué no —dijo finalmente y señaló un lugar frente al fuego—. Estábamos a punto de comer.

El hombre se acercó con cautela. Cuando el fuego iluminó su rostro, mostró facciones amigables, con pequeñas arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios.

—Sí —dijo después de inspeccionar el campamento—, creo que podremos viajar juntos.

Se sentó lejos de Tadeo y le agradeció a Mayra el bol de comida que le dio.

—Me llamo Yago.

Sin dar un bocado, miró a Mayra mientras esta servía a los demás. Ella le dirigió varias sonrisas y se sentó a su lado cuando tuvo su propia ración.

—Sí —murmuró Yago—, claro que iré con ustedes.

Tadeo había vuelto a prestar atención a sus pergaminos, mientras comía su parte sin siquiera mirar lo que se llevaba a la boca. Los demás miraban fugazmente a Yago, mientras el silencio se extendía.

—Entonces, estuviste en el ejército. —Gaspar rompió el hielo con una afirmación.

Yago se tensó y respiró profundamente antes de contestar.

—Sí, seis años.

Todos le miraron expectantes y Yago, luego de una fugaz mirada al grupo, se explayó un poco más.

—Había ascendido a sargento hacía poco, creía que por fin iba a poder hacer algo con todas las injusticias que había visto a lo largo de esos años.

Tadeo rio a carcajadas, aún sin mirar nada más que los pergaminos, que no dejaba de escribir. Ya había terminado su comida.

—Pero descubriste que, a más poder, menos libertad, ¿no?

Yago lo miró, sorprendido. Dio vuelta en sus manos el bol vacío.

—Veo que conoces esas aguas. —Frunció el ceño—. Sí, lo supe poco después. Las presiones comenzaron a ser… Al final, hubo que tomar una decisión por un tema en el que no estaba de acuerdo. —Torció el gesto—. Todo aquello estaba mal, fue ahí cuando supe que ese cuerpo ya no tenía remedio.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Mayra.

—Poco más de un año. —Yago le ofreció el plato con expresión esperanzada.

Mayra se lo llenó otra vez y agregó otro pedazo de pan, que Yago agradeció con una enorme sonrisa.

—¿Por dónde anduviste este tiempo? —El mago alzó la mirada por primera vez desde que se sentaran a comer.

—En general, por las afueras de mi reino y de visita en los otros. —Yago se rascó la cabeza—. No es fácil para gente como yo, aun cuando ocultes el uniforme…

—¿Cómo están los caminos? —insistió Tadeo.

—¿Hacia dónde van? —preguntó Yago.

Ema y Tadeo se miraron entre sí, ella retorció los dedos y desvió la mirada.

—Todavía no estamos seguros —dijo el mago—, estamos buscando algo.

—Los caminos no están tan mal. Hay varios pueblos a lo largo de los principales, solo que hay bastantes forajidos.

—¿Qué tan cerca hay otro pueblo? —preguntó Mayra.

—Hay uno a dos días de viaje hacia el este —informó Yago—, estuve allí hace unos meses.

Todos miraron a Ema. Ella se mordió el labio y miró hacia la dirección que había indicado Yago. Aunque no se viera nada en la oscuridad, mantuvo la vista un tiempo hasta que sonrió.

—Vayamos.

Yago miraba de uno a otro del grupo y atinó a abrir la boca cuando todos aceptaron sin más la decisión de Ema.

—Mmm, ¿entonces irán a ese pueblo? —preguntó tentativamente.

—Todos iremos —corrigió Ema y dio un gran bostezo—, ¿no habíamos dicho que era mejor viajar juntos?

—No tengo problemas en volver a ese pueblo —se encogió de hombros Yago—, aunque no hay mucho trabajo para mí allí.

—Entonces, serás nuestro guía.

—Lo cual saldrá de tu paga —gruñó Tadeo y se puso de pie, aunque antes de entrar en su tienda, se volvió hacia Yago—. Supongo que harás la primera guardia, ¿no? Ya que recién te levantas.

—No hay problema. —Sonrió el exsoldado.

—Compartirás la tienda con el muchacho —ordenó Tadeo y se retiró a dormir.

Ema y Mayra también se levantaron y comenzaron a recoger los platos de la cena.

—Déjame ayudarte —dijo Yago dirigiéndose a Mayra.

—Mmm… —frunció los labios Gaspar—, si tú haces la guardia, quiere decir que yo…

—Sí, muchacho —confirmó Yago—, ve a dormir…

—El muchacho hará la guardia contigo —gritó Tadeo desde la tienda—. Sería muy tonto dejarte solo cuando recién te conocemos.

Gaspar gruñó por lo bajo y meneó la cabeza. Yago le palmeó la

espalda, aún con una sonrisa en los labios.

—No será tan malo, no te preocupes. Ayudemos a las chicas y después iré a buscar mis cosas, podremos jugar una partida de cartas.

El muchacho asintió con un largo suspiro.

Partieron temprano en la mañana. Tadeo se mostraba pensativo, había estado levantado desde temprano por haber hecho la última guardia y no cruzó más que unas palabras. Más que nada para ordenar cómo quería que se hicieran las cosas. Ema estaba comenzando a mostrar los mismos rasgos que él y pasaba largos ratos en silencio, ensimismada en sus propios pensamientos.

Gaspar apreció la ayuda de Yago con las tiendas y las mulas. Luego de un desayuno que Yago no se cansó de alabar a Mayra, se pusieron en marcha. El viaje resultó tranquilo durante todo el día siguiente. Yago conversaba ya con uno ya con otro, sobre todo con Mayra y Gaspar. Se detuvieron brevemente para almorzar y luego retomaron el camino. El soldado, que antes viajaba a pie, ahora utilizaba el caballo de Gaspar y este iba en una de las mulas. Aunque no se quejó, tal vez porque Yago estaba siempre pendiente de él y de lo que necesitara cualquiera de las jóvenes.

Hacia la noche, ya habían relatado todo su viaje hasta entonces y un poco de su vida antes en el reino, sobre todo el trabajo de Gaspar en la panadería. Aunque los jóvenes evitaban bastante las preguntas de Yago. El único que no compartía nada era Tadeo, pero nadie le hacía preguntas. El mago hablaba casi exclusivamente con Ema, a los demás solo les daba órdenes. Esa noche, Yago hizo la primera guardia solo y Tadeo apenas si murmuró algo por lo bajo.

Otra vez partieron temprano en la mañana. El bosque ya no era tan espeso en esa zona y dejaba que los tímidos rayos del sol asomaran entre las ramas. Aunque todavía el viento corría entre los árboles. Ema cabalgó al lado de Tadeo y cada tanto conversaba con él. Durante el mediodía, como las demás veces, se alejaron para una lección privada. La noche los encontró en un pequeño claro, agradable y bordeado de flores.

—Creo que llegaremos al pueblo en la mañana —anunció Yago con una sonrisa.

Mayra suspiró.

—Será un alivio darme un baño, creo que llevo acumulada la mugre de meses.

—Creo que te ves bien —dijo Yago.

Mayra sonrió.

—Yo necesito más pergaminos —comentó Ema y estiró los dedos.

—Estás exigiéndote demasiado —se quejó Gaspar.

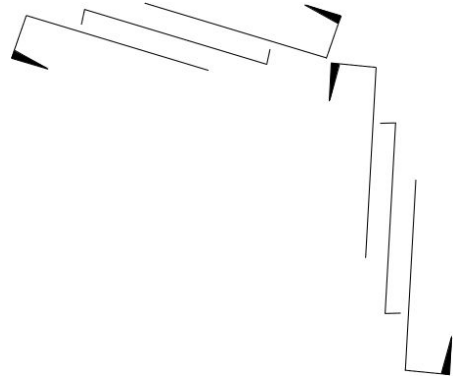
—Todavía es una aprendiz —intervino Tadeo mientras se ponía

de pie para ir a su tienda—, tiene que estudiar con ahínco si quiere estar mínimamente preparada para cuando… sea necesario.

—Pronto va a tener también un poco de práctica. —Se iluminaron los ojos de Mayra y su amiga la miró con una sonrisa.

Gaspar frunció el ceño.

—Anímate, muchacho —dijo Yago—, en el pueblo también conseguiremos otro caballo.



Capítulo IX

EL PUEBLO AL QUE LLEGARON era más grande que el anterior y contaba con una posada. Mayra se entusiasmó al instante y, luego de instalarse, salió a promocionar los servicios de Ema. Yago la acompañó, aunque nadie se lo pidiera. La chica iba prácticamente a los saltos y paraba a cualquier persona que se le cruzaba en la calle.

—Debes ser más prudente —le advirtió Yago.

—No hay problema —sonrió Mayra—, sé juzgar muy bien a la gente.

Yago esbozó una tenue sonrisa, pero se cuidó de ponerse siempre entre ella y la gente a la que detenía para hablar.

—¿Y para qué tanta promoción? ¿Es a eso a lo que se dedican, van por allí vendiendo servicios de mago?

—En realidad, no. Ema está en la búsqueda de su destino. Aunque no me preguntes cuál es —apretó los labios—, porque no me lo cuentan. Pero es una buena oportunidad para hacer dinero. Soy su representante, ella no es muy comercial, sabes. ¿Y tú? —Lo miró con interés—. No necesitas que alguien te ayude a venderte.

—Yo no me vendo.

—Me refiero a tus servicios —bufó Maya.

—Yo prefiero elegir a las personas para las cuales trabajo, tienen que tener honor y dignidad.

—Así no conseguirás mucho dinero.

—No lo necesito, no es tan importante.

—¿Acaso no lo necesitas para comer? —Lo miró de arriba abajo —. Ya vemos que no para vestirte.

—Solo necesito lo justo —sonrió—, ¿para qué más?

—Pues a mí se me ocurren muchas razones. ¿Por qué conformarse con sobrevivir? —Se le cruzó un grupo de hombres en el camino—. Oigan, ustedes, ¿qué les parecería un hechizo de protección? Vendría bien cuando anden por las afueras, con todos esos forajidos.

Los hombres se rieron y la rodearon. Mayra sonrió.

—¿No es cierto que resulta de lo más tentador? —insistió la joven.

—Ya lo creo que sí. —Uno de los hombres la miró con una sonrisa asquerosa.

—¿Qué clase de magia practicas? —dijo otro al que le faltaban un par de dientes y un buen baño.

—Yo no, mi amiga; es una maga defensiva.

—¿En serio? —El tercero de los hombres se acercó más a ella.

—Creo que es momento de irnos —intervino Yago con voz firme.

Los hombres lo miraron en silencio, momentáneamente distraídos de la atención que le prodigaban a Mayra.

—Desertor —murmuró uno, los demás rieron.

Yago tomó a Mayra del brazo y la alejó de ellos.

—Será mejor que nos vayamos.

—Espera, Yago, estoy hablando con ellos.

—Sí, deja a la muchacha con nosotros —gritó uno, y todos volvieron a reír.

Yago puso a Mayra detrás de él y desenvainó la espada.

—¿Tienes ganas de jugar? —dijo el de los pocos dientes, blandía un cuchillo en la mano.

—Déjalo —intervino otro, quien parecía estar al mando—, no podemos causar problemas aquí. Recuérdalo.

El hombre del cuchillo se pasó la lengua por los labios.

—Vamos —indicó el tercero—, debemos reunirnos con los demás.

Yago no guardó la espada hasta que se hubieron alejado. La gente del pueblo se había detenido a su alrededor, pero miraban a la distancia, sin intervenir. Cuando Yago terminó de envainar la espada y se relajó un poco, los demás siguieron con sus ocupaciones.

—¿Qué fue eso? —Mayra encaró al exsoldado, con los brazos en jarra.

—Esos hombres no eran de fiar.

—Iban a comprar.

—Iban a comprar algo distinto de lo que crees.

Mayra se infló.

—Sé muy bien cómo tratar con hombres como ellos. Solo les das un poco de coqueteo y listo, nada más, una vez que compran…

—Esto hubiera sido distinto…, los conozco.

—¿De dónde? —Mayra entornó los ojos.

—Ya te dije que llevo un tiempo viajando por estas tierras. Por favor, confía en mí.

Mayra suspiró.

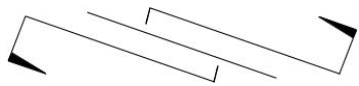
—Te acompañaré hasta que encontremos un comprador —se ofreció Yago.

—Está bien —dijo Mayra.

—Uno honorable.

—Así no hallaremos ninguno.

—Hay más de los que crees. —Sonrió él.



EMA ESTABA SENTADA AL ESCRITORIO que había en su habitación, escribiendo. Los pergaminos se apilaban en un rincón y había unos cuantos hechos un bollo en el piso. Gaspar golpeó en la puerta abierta.

—¿Puedo?

—Claro. —Sonrió ella.

Gaspar se sentó a un lado de la mesa.

—No tuvimos mucho tiempo para hablar estos días.

—No —los ojos de Ema refulgieron—, fueron unos días muy emocionantes y muy ocupados.

—Y tú siempre salvándonos a todos. —Sonrió él.

Ema se irguió en su asiento.

—Creo que cada vez te veo mucho más feliz —añadió el muchacho, con algo de tristeza en la voz.

—Lo estoy —dijo Ema con una gran sonrisa—. No puedo creer que ahora tengo habitación, dinero…, y la gente cree que soy importante. ¿Recuerdas cómo me trataron los de la feria? ¿Cómo me miraron?

—Bueno, yo, en realidad, llegué un poco más tarde.

Ema se desinfló un poco.

—Ah.

—Pero siempre fuiste importante para mí —agregó Gaspar.

Ema se mordió el labio.

—Nunca entendí por qué, yo no era nadie.

Gaspar rio.

—Eso creías tú, pero yo siempre te vi.

Ema se sonrojó y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Es por eso que estás aquí? Yo no sé si… todavía… —inspiró —, quiero poder terminar con esto.

—Y no digo que no lo hagas —Gaspar se acercó a ella—, estoy aquí, contigo.

Ema se encogió en la silla.

—Ema, Ema. —Mayra corría por el pasillo, dando pasos que retumbaban por todo el piso.

Cuando entró en la habitación, Ema y Gaspar se distanciaron.

—Ups. —Sonrió Mayra—. Lamento interrumpir, pero te tengo un trabajo.

Ema se puso de pie con cuidado.

—Claro, aunque hace rato que no veo a Tadeo.

—No lo necesitamos.

—Todavía sí, Mayra, además él se queda con una parte solo por ser mi tutor, mejor que ayude.

—Iré a buscarlo —ofreció Gaspar.

—Gracias.

—No lo entiendo —dijo Mayra apenas se fue.

—Yo tampoco.

—Lo que yo no entiendo es a ti —se volvió hacia Ema—, él siempre estuvo pendiente de ti, aun cuando los demás no. ¿No es eso lo que querías? Siempre te quejas de que la gente no te ve, él lo hace.

—Sí, pero Gaspar es distinto.

—¿Por qué?

Ema se retorció los dedos.

—Porque con él es como si me atravesara —miró hacia abajo—, quiero que me vean, pero no quiero que se me acerquen tanto.

—Quieres que te admiren desde lejos —bufó Mayra—, como si fueras una gran señora.

Ema se mordió el labio.

—No sé…, tal vez.

Mayra meneó la cabeza, pero antes de que pudiera agregar algo, se oyeron las quejas de Tadeo, que subía por las escaleras.

—Proteger una manada de vacas y ovejas —murmuró Tadeo mientras caminaban de regreso a la posada horas después.

Ya había atardecido y comenzaba a oscurecer. Había pocas personas caminando por la calle y Yago no dejaba de mirar de un lado a otro.

—Es dinero fácil —dijo Mayra.

—¿Y la dignidad? —preguntó el mago.

—No hay nada más digno que ganarse el pan con un trabajo honorable —opinó Yago—, proteger a los trabajadores es muy meritorio.

—Pues yo estoy feliz de que no estoy tan cansada. —Sonrió Ema.

El mago la miró y asintió.

—Vas mejorando, no debes dejar de practicar ni un solo día.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos en el pueblo? —preguntó Mayra.

—Mañana a la mañana partiremos —informó Tadeo.

La muchacha frunció el ceño.

—Así no hay muchas posibilidades de conseguir trabajos.

—Esa no es mi preocupación, sino la tuya.

Mayra bufó.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó Yago.

—Es lo que todos nos preguntamos —murmuró Gaspar.

Tadeo sonrió.

—¿Qué hay del otro lado de esas montañas? —Ema se había detenido y escrutaba el horizonte con el ceño fruncido.

—Está el reino vecino —informó Tadeo y esperó pacientemente.

—Creo que debemos ir hacia allí —dijo ella sin quitar la vista de las cumbres.

—Bien, entonces tal vez debamos canjear los caballos por más mulas.

—No es necesario —acotó Yago—, conozco un paso accesible a los caballos.

—Tú no tienes uno. —Tadeo entornó los ojos.

—En general, me gusta ir a pie —se encogió de hombros Yago —, pero compraré uno para acompañarlos.

Gaspar lo miró, con una pregunta en los ojos.

—¿Y por qué crees que irás con nosotros? —dijo Tadeo—. Solo habíamos acordado que nos acompañaras en el bosque.

Ema había vuelto a prestar atención al grupo y esa vez se quedó mirando pensativamente a Yago.

—Si llegas a decir lo que creo —la previno Tadeo—, el caballo se lo comprarás tú, que ya estás bastante en rojo; o puede seguir yendo en el caballo del muchacho, si a él tanto le gusta la mula.

Gaspar abrió la boca, pero Ema habló primero.

—Sí, creo que debe ir con nosotros.

Tadeo bufó y retomó su andar ofuscado. Yago le sonrió a Ema.

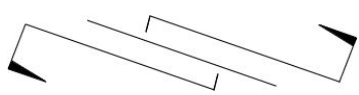
—No te preocupes por el caballo, yo me encargaré.

—¿Tienes dinero como para un caballo? —Mayra se acercó a él, desde el otro lado.

—Claro —sonrió—, pero el dinero solo es para utilizarlo cuando es necesario.

Mayra puso los ojos en blanco.

—Pues comprarse ropa cada tanto es necesario.



PARTIERON OTRA VEZ DE MAÑANA, aunque ninguno se quejó, acostumbrados como estaban a comenzar su día con el alba. Además de las provisiones, Tadeo había comprado gruesos abrigos para todos, incluso para Yago. El grupo le había agradecido entre miradas confusas y alguna que otra sonrisilla intercambiada entre Ema y Mayra. El mago hizo caso omiso.

El camino estaba despejado e hicieron buen paso hasta la senda que les había indicado Yago. Se encontraron al pie de las montañas más rápido de lo que creyeron, a solo medio día de camino desde el pueblo, ya contemplaban las paredes rocosas.

—Es un poco en subida, pero no tanto —dijo el soldado—; no llega a hacer mucho frío.

—Pues yo ya estoy temblando —se quejó Mayra, que tenía solo un vestido primaveral.

Yago se apresuró a sacarse la chaqueta y ofrecérsela. Mayra arrugó la nariz y tomó la prenda con la punta de los dedos.

—Gracias —le dijo a un sonriente Yago y se la puso tratando de tocarla lo menos posible.

Ema y Gaspar compartieron una mirada y contuvieron la risa.

—También podrían haber usado uno de los abrigos que compré —murmuró por lo bajo Tadeo, aunque nadie le prestó atención. Entonces espoleó su caballo—. Vamos, no quiero que nos quedemos mucho tiempo al descubierto.

Ema lo siguió al trote.

—¿Crees que todavía nos sigan?

—Por supuesto que sí —gruñó Tadeo—, esa mujer no es de las que se rinden fácil. ¿Cómo crees que hizo su fortuna?

Ema se encogió de hombros. Mayra, que los había alcanzado, miró al mago con interés.

—Se comenta que la heredó de su marido.

Tadeo rio.

—Maridos, mató a unos cuantos para acumular el dinero y poder que tiene ahora.

—¿Los mató? —dijeron Ema y Mayra a la vez, con los ojos agrandados.

—No hay pruebas de que haya sido ella, pero nadie lo duda. Todos eran hombres sanos antes de conocerla, antes de convertirse en piltrafas que eran arrastrados de un lado a otro por las órdenes de ella.

Ema y Mayra compartieron una mirada, pero Tadeo no brindó más información.

—¿Qué hay del clérigo? —preguntó Gaspar luego de un rato.

El camino era bastante agradable, con una suave inclinación hacia arriba que no era nada trabajosa para los caballos. Aunque el

viento comenzaba a arreciar.

—¿Qué hay con él? —arrugó la nariz Tadeo.

—No entiendo por qué va con ella en esta… persecución. Creí que la Orden se dedicaba a ayudar a los necesitados.

Tadeo se rio tanto que casi se cayó de su enorme caballo. Se limpió algunas lágrimas que corrían por las comisuras de sus ojos.

—Ay, la ingenuidad de la juventud de clase baja.

Gaspar se removió en su montura, aunque el mago no le dedicara ni una mirada.

—Tal vez así fuera como iniciara, a lo mejor algunos clérigos aún lo creen o lo llevan a la acción; pero, como cualquier institución que concentre algo de poder, luego todo es poder y dinero, nada más que eso.

—¿También la Academia? —preguntó Mayra.

—La Academia —asintió Tadeo e hizo un gesto a Yago—, el ejército, el reino, todo es más o menos lo mismo.

—También existe gente honrada, con honor —dijo Yago.

—Unos pocos —admitió Tadeo—, pero más les vale a estos niños que estén preparados para el mundo real, el que difiere bastante de los sueños ilusos que uno se hace de joven.

Volvió a espolear su caballo y se alejó algo del grupo. Los demás permanecieron en silencio, solo roto por una oración de Yago.

—Cualquiera, aunque sea joven y de origen humilde, puede marcar una diferencia para mejor. —Sonrió.

Esa noche se refugiaron en unas salientes rocosas que ofrecían resguardo del incesante viento. La temperatura había bajado bastante y todos se apretaban frente al fuego, con varias capas de ropa encima y el abrigo que les había dado Tadeo. El mago todavía seguía taciturno y la mayor parte de la cena fue llenada por la conversación despreocupada de Mayra. Ni siquiera intentó darle una lección a Ema.

—¿Cuál es su destino? —preguntó Yago cuando hubieron terminado de comer.

Gaspar y Mayra miraron a Tadeo, Ema se hizo la distraída. El mago frunció el ceño. Mayra recogió los utensilios que lavaría por la mañana, con la ayuda de Gaspar; ambos permanecían atentos a la conversación.

—¿No se puede saber? —insistió Yago.

—No es mi potestad hablar de ello —dijo el mago al fin—, solo la persona afectada puede hacerlo.

—¿Ema? —probó Mayra.

—¿Tadeo? —replicó esta.

—Haz lo que quieras, muchacha, pero ten en cuenta que, mientras más personas lo sepan, más obstáculos tendremos en nuestro camino.

—Nosotros somos sus amigos —manifestó Gaspar.

—Tal vez —dijo Tadeo y miró a Yago.

—Yo no compartiría con nadie algo que se me confió en secreto. —Irguió la espalda el exsoldado.

—Ella haría cualquier cosa por dinero —acusó señalando a Mayra—, ¿realmente confiarás en ella? ¿En que no venda esa información?

—¡No haría cualquier cosa! —Mayra elevó la voz, que rugió por sobre la del viento—, no soy capaz de vender a un amigo por dinero, tengo mis límites.

Ema la miraba mordiéndose el labio.

—Ema, por favor, no irás a creer que…

—Te gusta mucho el dinero. —Se encogió de hombros.

—Pero no exploto a las personas, no soy como ella.

Se puso de pie, aunque no había ningún lugar a donde ir.

—Espera —dijo Gaspar y le hizo señas a Ema, quien dudó unos segundos antes de ir con él.

Los tres jóvenes no se alejaron mucho, pero por el insistente viento, era imposible escuchar qué se decían unos a otros. Volvieron poco después, con los ojos rojos y una Mayra más calmada.

El mago observó el rostro decidido de Ema y suspiró.

—Esto se me fue de las manos muy rápido —murmuró—. No sé cómo permití que todos ustedes vinieran con nosotros.

—Porque estamos siguiendo mi instinto —la voz de Ema sonaba firme—, ¿no dijiste que hiciera eso?

—Sí, y tu instinto hizo que me eligieras por sobre Raquel.

—Y también hizo que trajera a Mayra y Gaspar.

—Como dije —repitió Tadeo, con algo de tensión en los hombros—, es tu decisión.

Ema asintió y miró de uno a otro.

—Deben prometerme que no comentarán esto con nadie. —Mantuvo la vista fija en Gaspar.

—Por supuesto que no —dijeron ambos, Mayra con apenas un hilo de voz, pero sus ojos ya brillaban con interés.

—¿Quieres que me retire? —preguntó Yago, medio levantándose.

Ema frunció el ceño.

—No, quédate.

Todas las miradas se centraron en ella. La expectación creció en el silencio que Ema dejó crecer antes de comenzar a hablar.

—Como saben, obtuve mi destino poco antes de partir. Bien, allí me enteré de que se supone que voy a encontrar el reino entre las nieblas.

Yago inspiró. Gaspar y Mayra se quedaron expectantes.

—¿Y? —dijo esta última.

Tadeo bufó.

—Estas revelaciones pierden efecto con la gente ignorante.

Mayra lo fulminó con la mirada.

—El reino perdido es real —dijo Yago— o, al menos, lo fue. Siempre hay una expedición en su búsqueda. Se cree que antes cubría todo nuestro reino más los dos vecinos. Se dice que contaba con magia muy avanzada y armas que valían por dos ejércitos, que es la razón por la que se lo busca. No se sabe por qué desapareció. Sencillamente, un día estaba ahí y al otro no.

—Entonces es un lugar buscado por los magos —resumió Mayra.

—Principalmente —gruñó Tadeo—, pero los reyes también lo desean por sus armas y por sus riquezas.

La mirada de Mayra se iluminó.

—¿Riquezas?

—Se decía que sus murallas eran de oro macizo. —Sonrió Yago —. No lo creo, pero debe de haber sido un reino rico.

—¿Y cómo se supone que vas a encontrarlo? —preguntó Gaspar.

—No lo sé. —Ema se desinfló—. Básicamente, me dirijo hacia donde siento una corazonada.

—¿No decía cuándo lo encontrarías? —preguntó Mayra.

Ema negó con la cabeza.

—Pero entonces pueden pasar años —dijo Gaspar y se movió incómodo.

Tadeo sonrió oblicuamente.

—Te puedes ir cuando quieras.

—También puede ser rápido —dijo Mayra con una palmada en el brazo del muchacho—, no perdamos las esperanzas.

—Hace mucho que mucha gente lo busca. —Yago meneó la cabeza.

Ema y Tadeo compartieron una mirada, que no pasó desapercibida a todos los demás.

—¿Qué sucede? —Gaspar miró de uno a otro.

—Eso también me lo mencionaron —dijo Ema—. Yo soy una de las tres que encontrarán el reino.

—¿Quiénes son las otras? —preguntó Mayra.

—No lo sabemos.

—Por eso es importante no hablar con nadie —insistió Tadeo—, es mejor si no saben de nosotros.

Yago miró a Ema.

—Me parece un destino muy pesado para alguien tan joven.

—Yo puedo hacerlo. —Se irguió Ema.

—No digo que no, pero…

—Ema es capaz —dijo Tadeo— y, si es su destino, no hay duda

de que puede.

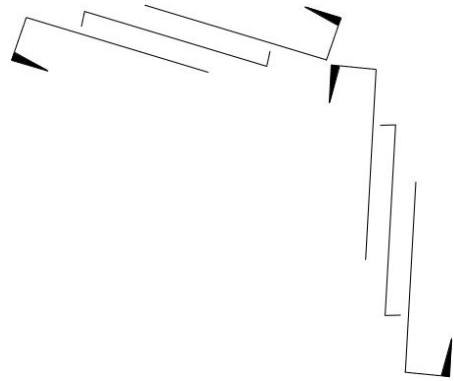
—La señora… —Mayra se detuvo un segundo antes de continuar— Raquel lo sabe, ¿no? Por eso nos seguía.

—Desconocemos lo que esa mujer sabe o no —Tadeo chasqueó la lengua mientras preparaba su pipa—, en todo caso, siempre es mejor mantenerla alejada. Tiene un olfato excelente para todo aquello que la ayude a acumular más poder.

—¿Entonces todavía nos sigue? —preguntó Mayra.

—Estoy seguro de ello —confirmó el mago con una breve mirada a su pupila.

Se hizo el silencio, solo roto por el leve zumbido del viento, que se negaba a amainar. Yago se ofreció a hacer la primera guardia.



Capítulo X

—¡CUIDADO! —gritó Gaspar cuando unas rocas se desmoronaron sobre ellos.

Ema lanzó una hoja al aire, que se deshizo con el viento, y las rocas chocaron con una barrera invisible. Tadeo lanzó su pergamino y las siguientes piedras estallaron en pedazos más pequeños.

—Eso estuvo bien —dijo Tadeo con la primera mirada de real aprobación hacia Ema.

Su pupila se enderezó en la montura, que casi le hace perder el equilibro. Arrancó una sonrisa de Yago y Mayra, pero Ema volvió el rostro sonrojado y no les dirigió la palabra durante el resto de la mañana. Cuando se detuvieron a almorzar, ella se conducía con más elegancia, le dejó el caballo a Gaspar y se sentó cerca de Mayra.

—¿Qué hay de comer? —preguntó con las manos sobre su regazo.

Tadeo se sentó a su lado. Mayra los miró.

—Pues que ahora no se te suban los aires, ¿o tengo que empezar a llamarte «señora»?

Ema enrojeció.

—Yo te ayudo con la comida —ofreció Yago.

—Parece un perrito faldero, ¿no? —comentó Tadeo cuando ambos se alejaron a buscar algo con qué hacer un fuego.

Ema se movió incómoda.

—No le des más vueltas a lo que te dijo, era hora que reconocieras que tu lugar es otro, algunos quedan abajo.

—Pero ella es mi amiga.

—No hay nada malo con un trato amistoso, siempre y cuando se

respeten las escalas.

Gaspar los miró de reojo mientras atendía los caballos. Ema no había contestado. Aunque la próxima vez que pararon, se ofreció a ayudar a Mayra, cuidándose de que Tadeo no la oyera.

Terminaron de cruzar el paso dos días después. Del otro lado, se abría un claro amplio que los puso a todos nerviosos. Esperaron hasta el atardecer antes de internarse en él. A medio camino, escucharon ruidos de cascos a su alrededor. Ema sacó sus papiros y quemó uno. Tadeo y Yago tomaron posición, este último desenvainó la espada. Los rodearon unos ocho jinetes.

—Dos a uno —murmuró Tadeo—, no tan mal.

—No podemos dejar que las mujeres peleen —dijo Yago.

—¿Por qué no? Sus vidas también corren peligro. Ema es mujer y se encargará de la defensa.

Yago apretó las mandíbulas, pero no llegó a contestar porque uno de los jinetes se adelantó y se dirigió a Tadeo. Era un hombre alto, de constitución enclenque, algo enfermiza, pelo castaño claro y ojos marrones.

—Tadeo —dijo y el mago se tensó sobre la silla—, ¡qué bueno encontrarte aquí!

—No creo que nos conozcamos.

El muchacho, pues aparentaba poco más de veinte años, se movió incómodo en su asiento y su mirada se endureció.

—Ah, sí —agregó Tadeo—, estabas entre los hombres de Raquel.

—Soy su hijo, Osvaldo.

Ema y Mayra se miraron sorprendidas. Tadeo rio.

—Claro, el bastardo, no solemos recordarte mucho.

Osvaldo apretó las mandíbulas.

—Ese es un error que muchos cometen, pero hoy tienes la oportunidad de evadirlo.

—¿Es eso así? —Tadeo se inclinó hacia delante sobre su silla.

Su postura demostraba cierta relajación, pero su mano aferraba un pergamino.

—Sí, yo podría olvidar que los vi por aquí si llegamos a un… —se relamió los labios— acuerdo.

—¿Y dónde está tu madre?

—Tomamos caminos diferentes.

—¿Qué le dirás?

—Eso es problema mío, ¿tenemos trato?

Tadeo rio a carcajadas.

—Tu madre es mucho mejor negociando. ¿Qué es lo que pides a cambio? —sonrió entornando los ojos— y lo que es más importante: ¿qué es lo que ofreces?

—Creí que eso estaba claro, te prometo no contarle a mi madre

que los vi por aquí, enviarla en la dirección incorrecta.

—Yo podría evadirla si quiero.

—Ahora estás rodeado, mago. —Osvaldo mostró los dientes.

—Por el momento. —Se encogió de hombros Tadeo—. Todavía no dices qué es lo que quieres por tus, eh…, molestias.

—La mitad de lo que encuentres.

—¿Cómo sabes que busco algo?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Ah, sí? —Frunció los labios hacia delante—. ¿Qué es lo que sabe todo el mundo?

—Que buscan un tesoro, uno importante.

—¿Y tu madre está tan interesada en el dinero como para salir de viaje? Pensé que le sobraba.

—A las personas ricas siempre les falta más —sonrió—, es algo que entiendo. Aunque no es la única razón —señaló a Ema—, también está ella.

—¿Qué hay con ella? —preguntó Gaspar y movió levemente su caballo para quedar entre ella y los demás.

Osvaldo lo miró de arriba abajo.

—La desafió, a mi madre no le gustan esas cosas.

—Es un largo y tedioso viaje por ese motivo —dijo Tadeo.

Osvaldo se rascó la mejilla.

—Es un capricho, se le pasará, como siempre. Entonces, ¿tenemos un trato?

—¿Por qué habría de hacerlo? —Sonrió Tadeo—. Tal vez a tu madre ya se le pasó el capricho.

—Le llevará un tiempo —dijo Osvaldo perdiendo la paciencia— y ahora eres nuestro prisionero.

—En eso tampoco estoy de acuerdo —repuso Tadeo y lanzó el primer hechizo.

La pelea duró menos de lo pensado. Yago blandía la espada a diestra y siniestra, siempre protegiendo a Mayra. Gaspar se quedó al lado de Ema. Cualquiera que se acercara a ellos o a Tadeo chocaba contra un muro. Apenas todos habían quedado inconscientes, Tadeo los arengó para seguir camino. No se detuvieron hasta que ya era noche cerrada y los caballos necesitaban descansar.

—Esta vez no acamparemos —informó Tadeo mientras continuaba con el caballo al paso.

Todos gruñeron mientras Mayra repartió unos panecillos, aunque las quejas estaban apagadas por el cansancio. La única que todavía mostraba ganas de charlar era Mayra.

—No sabía que la señora tuviera un hijo.

—Uno de los tantos secretos de esa mujer —dijo Tadeo sin mirar atrás.

Yago miró de uno a otro.

—¿Quién es esta mujer que los sigue?

Ema miró a Mayra.

—Solíamos trabajar para ella.

Yago entornó los ojos.

—Como criadas —agregó Mayra con los ojos en blanco ante el gesto de desagradado de Yago. Se volvió a su amiga—. Siempre hubo rumores.

—Sí —asintió Ema—, pero pensé que eran sobre la misteriosa muerte de su marido.

—Sí, sobre eso también hay —Mayra sonrió con dureza y echó una mirada a Tadeo—, aunque no sabía que había más de uno. Esa mujer no se priva de nada.

Ema frunció el ceño.

—¿Crees que fue de un matrimonio anterior?

Mayra miró a Tadeo una vez más, quien a esa distancia podía oír su conversación, pero de momento la ignoraba.

—Pues él le llamó bastardo, ¿eso fue un insulto cualquiera o hay algo de verdad?

Tadeo rio quedamente.

—Como en cualquier buen insulto, hay mucho de verdad. No se sabe quién es su padre, y tampoco es que Raquel lo reconozca abiertamente.

—Es un poco mayor, ¿no creen? —preguntó Ema.

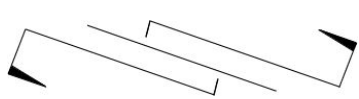
—Sí —asintió Mayra—, ella debe de haber sido muy joven cuando lo tuvo.

—Esperen —dijo Yago de repente y todos se volvieron hacia él —. Si no me equivoco, por aquí hay una cueva que nos puede servir de refugio —miró al mago—, no muchos la conocen y es fácilmente protegible.

—¿Y cómo saldremos de allí si nos rodean?

—Hay una manera, un tanto incómoda, pero funciona. —Yago sonrió—. Aunque no puede ser más incómodo que pasar toda la noche montando a caballo.

—Está bien —gruñó Tadeo.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, partieron con fuerzas renovadas. La cueva había sido estrecha, húmeda y fría, y Tadeo había estado gruñendo durante toda la noche por la cercanía de los demás. Aun así, lograron descansar bastante. Al despertar, luego de un rápido desayuno, Yago los guio por caminos en desuso, algunos llenos de

maleza.

—¿Qué haremos una vez que lleguemos? —preguntó Gaspar a Ema.

—Todavía no lo sé, cuando estemos allí, ya se me ocurrirá algo.

Gaspar se rascó la mano.

—¿Cuánto crees que tardarás en saberlo?

—No lo sé, Gaspar, ¿qué te pasa?

El muchacho se encogió de hombros.

—En el reino vecino tendrán correo —dijo Mayra—, seguro que puedes enviar un mensaje a tu hermano.

Ema pegó un salto.

—Lo siento —murmuró—, si quieres volver…

—No, estoy bien —contestó Gaspar.

Cuando el silencio comenzó a ser embarazoso, Yago lo rompió.

—Así que tienes un hermano, ¿cuántos años tiene?

—Diez.

—Es una linda edad —sonrió con la mirada perdida—, todavía la recuerdo.

Gaspar sonrió a su vez, los hoyuelos profundos en su mejilla.

—Estaba pensando —continuó el soldado—, tal vez podría enseñarte algunos movimientos, para ayudarte en los enfrentamientos.

Gaspar se detuvo un poco, su expresión mostraba sorpresa. Tadeo también se había vuelto a mirarlos, con las cejas enarcadas.

—Bueno…, yo nunca me había interesado en el arte de la guerra…

—Y no digo que lo hagas, solo para ayudarte en esta travesía —echó una mirada a las chicas—, para proteger a las muchachas.

—Si es así —asintió Gaspar—, te lo agradecería.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir con nosotros? —preguntó Tadeo.

—Creo que esta empresa necesita de alguien como yo —dijo con seriedad Yago—, más todavía cuando hay damas involucradas. —Se le escapó una mirada a Mayra.

Tadeo miró a Ema.

—Por mí está bien. —Se encogió de hombros esta.

El mago gruñó por lo bajo, aunque las palabras fueron ininteligibles.

Llegaron al reino vecino al mediodía. Las calles estaban tan atestadas de gente que era difícil transitar a caballo y hubiera sido imposible hacerlo en carreta. Encontraron una posada y aprovecharon para descansar un poco, comer y bañarse. Por la tarde, Mayra insistió en salir y Ema se decidió a acompañarla.

—Yo iré con ellas —dijo Yago.

—Yo también. —Gaspar se apresuró.

Tadeo fijó sus fríos ojos celestes, más claros que los de Ema, en su pupila. Esta se retorció los dedos, pero mantuvo la mirada.

—No te metas en problemas.

—Lo intentaré. —Sonrió ella y se relajó un poco.

Primero se dirigieron al correo. Yago insistió en pagar él por los mensajes. Gaspar le dictó al empleado una pequeña nota para su hermano.

—Yo no tengo a nadie —dijo Ema cuando Yago la miró inquisitivamente, y se volvió hacia Mayra—. ¿Vamos?

Esta se mordió el labio, miró de uno a otro y luego se dirigió al mostrador.

—Solo será un momento.

—¿A quién le enviaste correo? —preguntó Gaspar cuando salían.

—A mi hermana.

—¿Tienes una hermana? —Ema agrandó los ojos.

—¿Dónde está? —preguntó Gaspar.

—En una casa —Mayra apretó el paso—, no importa, la sacaré de allí cuando junte dinero.

—Mayra. —Ema se acercó a ella, seguida por Gaspar.

—No perdamos el tiempo —la muchacha salió disparada hacia adelante—, aquí se pueden hacer muchos negocios.

Yago detuvo a Ema y Gaspar antes de que la alcanzaran.

—Son todos huérfanos, ¿no?

Ema se removió incómoda, Gaspar lo miró de frente.

—Sí —contestó.

Yago asintió en silencio y juntos corrieron tras Mayra.

Para el anochecer, habían acordado tres trabajos que verían junto con Tadeo la mañana siguiente y se dirigían de vuelta a la posada. Las calles todavía seguían en movimiento y los ruidos no cesaban.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó Mayra.

—Creo que son varios cientos de miles —dijo Yago.

—Eh, gente —llamó Gaspar.

Ellos se volvieron. Ema se había detenido hacía unos cuantos metros. Estudiaba el escaparate de un comercio con el ceño fruncido. Entró de repente y todos corrieron tras ella. Era una tienda de libros antiguos. Una mujer anciana los recibió.

—Bienvenidos, pueden mirar todo lo que quieran y preguntarme las veces que sea necesario. Aunque me temo, querida —se dirigió a Ema—, que no tenemos libros sobre magia.

—No importa, estamos de visita en el reino.

—Entonces espero que disfruten su estadía. —Sonrió.

Ema comenzó a revolotear por los estantes, ya se sentía atraída por uno, ya por otro. Los demás no estaban muy seguros de qué hacer

y miraban con descuido de uno a otro lado. Ema se demoró frente a un anaquel y extrajo un libro pequeño y muy antiguo. Lo hojeó con cuidado y se detuvo en unas páginas. Sonrió.

—Me llevo este —dijo a la mujer—. ¿Cuánto es?

—Oh, es un libro de historia, pero está en un idioma que nadie habla, ¿no quieres otro más nuevo?

—No, me gusta este y creo que conozco alguien que sí puede hablarlo o, al menos, leerlo.

—Muy bien —sonrió la mujer—, veo que estás convencida, son diez monedas.

—¡¿Diez?! —exclamó Mayra.

—El conocimiento es caro, muchacha.

Ema sacó la bolsa que había logrado que Tadeo le confiara, aunque no contenía toda su paga. Y, con dedos temblorosos, comenzó a contar y luego contó otra vez.

—Permíteme ayudarte —ofreció Yago y completó la cantidad necesaria.

—Gracias. —Ema enrojeció.

—¿Cuánto faltaba? —dijo Gaspar cogiendo su propia bolsa.

—No te preocupes, muchacho. —Sonrió Yago.

—No sé cómo todavía tienes dinero. —Negó con la cabeza Mayra.

—Solo para lo importante, querida, solo lo importante.

—Tu intuición es bastante costosa —dijo Mayra cuando salieron de la tienda.

—Por suerte mañana tengo trabajo. —Sonrió Ema y le dio un suave codazo a su amiga.

—Si sigues así, no voy a dar abasto —dijo Mayra, pero ella también sonreía.

Cuando llegaron a la posada, Tadeo ya estaba cenando en su cuarto. Se unieron a él, para disgusto del mago. Le contaron las novedades, que escuchó con hastío hasta que Ema sacó el libro.

—Tiene magia —dijo él apenas lo tocó.

—Sí —sonrió Ema—, yo también lo sentí —Tadeo solo la miró y enarcó las cejas ante esa revelación—, aunque muy leve. ¿Puedes leerlo?

Tadeo torció el gesto.

—Solo unas palabras, es un idioma muy antiguo y cayó en desuso hace tiempo, tanto que casi ni se estudia.

Hojeó las páginas, a veces se detenía en ellas unos momentos, y luego avanzaba.

—¿En este reino no hay también una Academia?

Tadeo sonrió.

—Sí, pero es pequeña, no hay muchos magos por aquí y no son

muy buenos. Por eso, muchos suelen ir a nuestro reino.

—Pero eso no le conviene a este reino, ¿no? —Frunció el ceño Mayra.

Tadeo rio.

—Claro que no.

—Por eso la seño…, digo, Raquel cree que nos atacarán —dijo Ema.

Todos se volvieron hacia ella.

—De eso hablaban durante el almuerzo ese —se encogió de hombros ella—, tú estabas ahí, Tadeo.

—No es prudente que hables de esos temas en lugares públicos —entornó los ojos el mago—, nunca se sabe quién escucha.

—¿Cuándo dijo eso? —preguntó Mayra.

—Luego —dijo el mago volviendo su atención al libro.

Ema le hizo señas a su amiga de que después le contaría. Después de unos minutos, Tadeo levantó la vista y sonrió lentamente a su pupila.

—¿Qué sucede?

—Si no me equivoco, muchacha, creo que encontraste un mapa.

Ema sonrió y se hinchó en su silla.

—¿En serio?

El mago asintió. Ella pegó saltitos. Todos se inclinaron sobre el libro.

—Yo no veo nada —comentó Gaspar.

—No —dijo Tadeo—, todavía no es visible, pero está ahí. —Cerró el libro—. Creo que tendremos que visitar la Academia después de todo.

Acudieron allí a la mañana siguiente, solo Ema y Tadeo. Mayra juró que conseguiría más trabajo y Yago nuevamente se ofreció a acompañarla. Gaspar era el único que no parecía seguro de qué hacer.

—No digas nada y quédate a mi lado todo el tiempo —ordenó Tadeo mientras caminaban hacia la Academia.

—Casi no entiendo para qué vine —dijo Ema.

Tadeo sonrió.

—Para aprender cómo es el trato con otros magos, muy sutil.

El edificio no se veía muy diferente del suyo, tal vez un poco más chico, aunque estaba más ricamente decorado. Ingresaron por la puerta principal, los recibió un mago de ataque mayor, calvo y algo encorvado.

—Buenos días, ¿en qué puede ayudar esta Academia a un primo lejano?

Ema frunció el ceño, los clérigos solían llamarse hermanos entre sí, aunque fueran de otros reinos, pero no sabía que los magos tuvieran ese tipo de trato entre ellos.

—Necesitamos ayuda con un hechizo de ocultamiento.

—¿Para crearlo o revelarlo?

—Revelarlo.

El calvo asintió.

—Tenemos un experto, ¿pagan en dinero o en hechizos?

—¿Cuánto es en dinero?

—Cien monedas.

Tadeo frunció el ceño.

—¿Y el acceso a la biblioteca?

El hombre permaneció inmutable ante el cambio de tema.

—Es gratis por dos horas, pero no se pueden retirar los libros.

Tadeo asintió con lentitud y la mirada calculadora.

—Está bien, entonces pagaremos en dinero, luego de pasar por la biblioteca.

El calvo asintió.

—Prepararé la cita para dentro de dos horas.

Tadeo asintió a su vez y llevó a Ema a través de los pasillos.

—¿Sabes dónde está la biblioteca?

—No, es la primera vez que vengo.

—¿Entonces por qué no le pedimos a…?

—No quiero a nadie husmeando tras de mí.

Ema trató de seguir el paso agitado de su tutor.

—¿Y qué vamos a hacer en la biblioteca, por qué vamos ahí primero?

—Porque mientras más tiempo nos quedemos después de la revelación, más preguntas nos harán.

—¿Y no sucederá lo mismo con lo que busquemos en la biblioteca?

—No —susurró—, porque buscaremos demasiadas cosas.

Ema se mantuvo en silencio hasta que llegaron. El salón era enorme, aunque no tan grande como el de su Academia. Los magos pululaban por todos lados. Tadeo chasqueó la lengua.

—Busquemos una sala privada.

Después de media hora, estaban en una pequeña sala, con libros de variada temática repartidos por todos lados.

—¿Y por qué pagar en dinero?

Tadeo levantó la vista y frunció el ceño ante la tardía pregunta.

—Porque los hechizos podían demorar demasiado y no quiero quedarme aquí por más tiempo del necesario.

—No sabía que tuvieras cien monedas.

Tadeo enarcó las cejas.

—Hay muchas cosas que no sabes, por eso debes aprovechar este tiempo para leer.

Ema suspiró y volvió a su lectura, aunque unos minutos después

volvió a levantar la cabeza.

—¿Y ahora qué? —gruñó Tadeo.

—Es que Mayra había conseguido unos trabajos para esta mañana.

—Tendrán que esperar.

—¿No quieres recuperar el dinero?

—Quiero que te calles y me dejes investigar, no tenemos mucho tiempo.

—Pero…

—Ya habrá tiempo.

Ema apretó los labios y retomó la lectura.

Dos horas después, estaban en otra sala privada, previo pago al mago que los guio hasta allí. La puerta se abrió y un mago obeso llenó la mitad de la habitación. Se desplomó sobre una de las sillas y se dirigió a Tadeo.

—¿Dónde está?

Tadeo sonrió hacia el tono aburrido del otro mago. Sacó el libro de su bolso y lo dejó sobre la mesa. El mago rollizo lo estudió durante unos momentos y después echó un vistazo a Tadeo y a Ema, se quedó mirándola a ella. Sacó hojas y una pluma.

—Mira, niña, estas runas te serán útiles.

—No sabía que los magos de este reino fueran tan generosos —dijo Tadeo.

El obeso lo miró con ojos pequeños y brillantes.

—No lo son, al menos no más que cualquier mago, pero yo tengo un destino —suspiró— que quiero que acabe pronto.

Tadeo rio.

—¿Se trata de enseñar a los jóvenes?

El otro mago entornó los ojos.

—Se trata de compartir conocimiento que llevará a un bien mayor, a un descubrimiento importante.

Tadeo frunció los labios y miró a Ema.

—¿Y por qué crees que servirá de algo decirle a ella? Es solo una pupila.

El obeso se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no tengo ganas de buscar así que sencillamente le explico algo a cualquier mago de defensa que encuentro.

Los hombres se miraron fijamente durante unos minutos.

—Bueno —dijo Tadeo—, supongo que no perdemos nada. Ema, presta atención.

Una vez terminado el hechizo de relevamiento, el obeso se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Cuándo hará efecto?

—El mapa aparecerá en unas horas. —Sonrió.

Tadeo se quedó quieto un segundo antes de guardar el libro.

—Todavía no sabemos lo que es.

El obeso miró a Ema.

—Pues yo creo que ya cumplí mi destino. —Se volvió a Tadeo—. No te preocupes, no diré nada, ya me cansé de las intrigas.

Dejaron al mago en la sala, este no sacaba la vista de Ema y sonreía para sí con entusiasmo.

—Apresúrate —la llamó Tadeo.

Al llegar a la posada, Mayra los esperaba en la puerta.

—Es tarde. —Se acercó a ellos apenas los vio.

Tadeo suspiró.

—¿A qué hora les dijiste? —preguntó Ema.

—A la mañana, y es casi mediodía.

—Esa gente con la que te cruzas no sabe de horarios. —Tadeo hizo un gesto.

Mayra frunció el ceño.

—¿Vamos? —Miró impaciente a Ema.

Tadeo acarició el bolso y miró la puerta de la posada.

—Sí, vayamos ahora, más tarde tal vez tengamos que partir.

—¿Tan rápido? —Mayra se veía decepcionada.

Ema se encogió de hombros ante su amiga.

—Muchacho —Tadeo llamó a Gaspar—, tienes que estar listo para cuando volvamos.

Yago los acompañó de ida y vuelta. Al regreso, Tadeo se encerró en su habitación. Ema fue a la que compartía con Mayra y se tiró en la cama.

—Nada mal —dijo Mayra mientras contaba las monedas.

—No sabía que tuvieras una hermana —comentó Ema de repente.

Mayra se detuvo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No era importante.

Ema se incorporó en la cama.

—¿Dónde está?

—En una casa…, no importa, la sacaré de allí cuando pueda.

—¿Es para eso el dinero?

—El dinero es para todo —replicó fríamente.

Ema abrió la boca, pero golpearon a la puerta antes de que pudiera formular la siguiente pregunta. Era Gaspar.

—¿Y? ¿Cómo fue?

—Mira —dijo Mayra mostrando el pilón de monedas.

—Parece que va bien. —Sonrió el muchacho—. ¿Y en la Academia?

—Bien —frunció el ceño Ema—, creo que pronto podremos ver

el mapa.

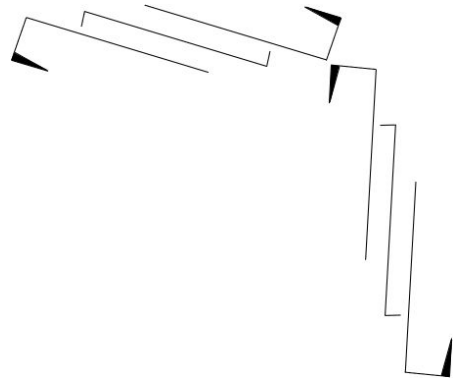
—No pareces convencida —opinó Gaspar.

—Es que el mago que hizo el revelamiento dijo… que su misión era enseñar algo importante y cree que era a mí.

—Bueno, pero lo tuyo *es* importante.

—Sí, pero me pregunto cuánta gente lo sabe, cuántos hay involucrados.

Los amigos se quedaron en silencio, y entonces se oyeron ruidos en el pasillo.



Capítulo XI

LOS RUIDOS PRONTO SE CONVIRTIERON EN VOCES, ambas les resultaron familiares. Al abrir la puerta que daba al pasillo, se encontraron al clérigo hablando con Tadeo. El mago bloqueaba la puerta de su habitación, mientras el otro intentaba ver dentro.

—La señora solo quiere conversar.

—Ya lo creo —dijo el mago—, pero a mí no me apetece.

—Solo estás haciendo las cosas más difíciles —el clérigo bajó la voz—, sabemos lo que buscas.

Ema se apresuró al lado de su tutor, seguida por Gaspar y Mayra. Se enfrentó al clérigo con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Dile a Raquel que ella ya no es nuestra señora, que no le debemos nada.

El clérigo se volvió hacia ella con el rostro impasible.

—Muchacha, no es bueno perder la humildad.

—Si ella no me hubiera ignorado entonces. —Se cruzó de brazos Ema.

El clérigo paseó la mirada por los tres jóvenes y luego se volvió hacia Tadeo.

—Sabemos que tienen un mapa, solo debemos seguirlos.

—¿Cómo…? —gritó Ema.

—Cállate —gruñó Tadeo y le dio un codazo nada disimulado—. Ese obeso…

—En realidad, era calvo. —Sonrió el clérigo—. Gracias —se inclinó hacia Ema—, te recomendaría que lo reconsideres —dijo a Tadeo antes de partir.

El mago lo siguió con los ojos entornados; cuando desapareció, encaró a Ema.

—¿Qué crees que haces? ¿Es que no tienes cabeza? —Su enojo lo hacía verse más alto—. ¿Cómo vas a confirmarles nuestra ventaja?

—Yo no hice nada.

—Lo hiciste con tu reacción. —Tadeo inspiró y cerró los ojos un momento—. Partiremos de inmediato.

Cerró la puerta de su habitación de un portazo. Ema se puso las manos a la cintura y meneó la cabeza.

—Me temo que lo hiciste, muchacha —dijo Yago, que se había acercado durante la última parte de la conversación—, el clérigo estaba tanteando un rumor y se lo confirmaste.

—Tal vez él ya lo sabía —dijo Gaspar.

—Tal vez, pero de todas formas lo confirmó. —Yago sonrió como si intentara infundirle ánimos—. No te culpes, muchacha, eres joven y no tuviste entrenamiento. Deberás aprender a controlar lo que dices y tus gestos frente a otras personas.

—Pues tal vez si él compartiera un poco más —Ema echó una mirada a la puerta cerrada—, pero no me dice nada más de lo necesario. ¡Todo a cuentagotas!

Yago se encogió de hombros.

—Así son las personas con poder, no son francas, aunque lo entiendo, hasta cierto punto. —Estiró el brazo y palmeó el hombro de Gaspar—. Vamos, muchacho, preparemos los caballos para las damas.

Mayra se llevó a su amiga a la habitación y comenzó a empacar.

—Ni siquiera comimos —gruñó Ema.

Mayra le lanzó un pedazo de pan y dejó que se calmara por su cuenta. Cuando estuvieron listos, Ema golpeó a la puerta de Tadeo. El mago abrió de un tirón.

—Ah, eres tú.

Volvió dentro de la pieza y dejó la puerta abierta. Ema dudó unos segundos antes de entrar y cerrar tras de sí. Se acercó a él retorciéndose los dedos con violencia.

—Lo siento, no quise…

Tadeo suspiró.

—Déjalo, me doy cuenta de que eres joven y no…, eh…, disfrutaste de una educación adecuada, pero deberás aprender rápido, y no solo magia. Esta búsqueda es peligrosa, en todos los sentidos.

—Lo sé —asintió Ema—, lo haré.

Tadeo terminó de armar su bolso. Ema trasladó el peso de un pie a otro. El pequeño libro estaba sobre la cama, al lado del equipaje.

—¿Y?

El mago sonrió. Le hizo un gesto para que se acercara y abrió el libro. Ema contuvo la respiración. Era un mapa, como Tadeo lo había

anticipado. Ema estiró el brazo y lo rozó con los dedos.

—¿Es real?

—Estoy bastante seguro de que sí —frunció el ceño—, algunas de las referencias ya no existen, pero creo que vamos por buen camino.

Ema sonrió. Tadeo la contempló con la cabeza ladeada hacia un costado.

—¿Qué te llevó a entrar en esa librería?

—No lo sé, sentí como si algo me llamara.

—Hay algunas cosas que ni siquiera la magia puede explicar. —Tadeo acarició la tapa del libro, pensativo.

—Como el oráculo.

—Entre otras cosas —guardó el libro—, pero no nos podemos demorar aquí.

Cuando salieron de la posada, era casi media tarde. Ema y Tadeo miraron para todos lados apenas salieron. Se subieron a los caballos, Ema y Mayra iban en el centro del grupo. Las calles estaban llenas de gente y avanzaban con lentitud. Mayra suspiraba cada vez que pasaban por una concentración de personas.

—Ya habrá otras oportunidades —dijo Yago.

—No tan buenas como este reino, es enorme.

Tadeo, que iba al frente, se detuvo.

—¿Qué sucede? —Ema estiró el cuello en un intento por ver más adelante.

—Hay demasiada gente allí.

El mago dio vuelta su montura y regresó hacia el grupo; detrás de ellos, más personas se habían congregado.

—Tendremos que bajar de los caballos y guiarlos a pie —gruñó.

Avanzaron en fila, abriéndose paso entre la multitud. Los empujaban de todos lados y Ema comenzó a sentir manos que la tocaban y tiraban de su ropa y bolso. Divisó a Tadeo al frente, bastante lejos de los demás. Sacó un papiro, lo activó y le dio las riendas a Gaspar.

—Sostén esto.

—¿A dónde vas?

Pero Ema ya corría entre la gente, a la que empujaba sin contemplaciones. Lanzó el papiro, que se esfumó sobre la silla del caballo de Tadeo. La gente la seguía vapuleando y pronto se vio separada de los demás. Unos fuertes brazos la tomaron por los hombros, ella dio una patada hacia atrás.

—Soy yo —dijo Yago.

—Oh, lo siento.

—Al contrario —rio—, buena reacción.

El exsoldado la llevó con Gaspar y Mayra y luego guio a los tres

para alcanzar al mago. Tadeo se había detenido y observaba a su alrededor. Unos chicos corrieron cerca y lo empujaron, sintió que tiraban de su bolso, se dio vuelta para ver a uno de los magos de Raquel volar hacia atrás y caer de espaldas al piso. Otro mago tiró un papiro que rebotó contra el escudo que lo rodeaba. Tadeo miró a Ema, que se acercaba con los demás, sonrió y asintió a la joven. En un rápido movimiento, lanzó un papiro que explotó en varias direcciones. Con el camino más despejado, lograron alejarse del tumulto. En una de las esquinas en que doblaron, para salir de las calles más transitadas, se encontraron con la señora Raquel, solo acompañada por su hijo y el clérigo.

—Señora —sonrió Tadeo—, lástima que nunca tenga tiempo para dedicarle.

Raquel bufó y miró sobre sus hombros.

—Me temo que sus magos están incapacitados por el momento.

—No te dejaremos pasar —se adelantó Osvaldo—, danos el mapa y a la chica.

Tadeo rio.

—Creo que no notaron que somos más que ustedes.

—Teníamos un acuerdo —Raquel se dirigió a Tadeo con una mirada fulminante.

—Uno que no tenía nada que ver con esto; me parece que ya habíamos discutido ese detalle.

Raquel entornó los ojos.

—Osvaldo —dijo con voz fría.

El hombre desenvainó la espada, Yago hizo lo mismo. Tadeo entonces volcó su atención en Osvaldo.

—¿Volviste con mami? Tus días de negocios por tu cuenta terminaron rápido.

El mago metió la mano en su bolsillo, en un gesto despreocupado. Raquel frunció el ceño y miró a su hijo.

—¿De qué habla?

—De nada, todos los magos son embusteros.

—Pues hicimos bien en no aceptar tu propuesta —dijo Ema, quien se adelantó unos pasos— allá en las montañas, se ve que no tenías planeado protegernos de Raquel.

Esta encaró a su hijo, del cual era unos centímetros más alta.

—¿Ibas a traicionarme?

—Claro que no —se encogió visiblemente Osvaldo—, era solo una estrategia para convencerlos de venir conmigo.

—Pues yo me la creí. —Sonrió Mayra.

Raquel entornó los ojos. Osvaldo bajó la espada, se volvió hacia su madre y se irguió en toda su altura. Madre e hijo se miraron fijamente.

—Por favor… —comenzó el clérigo, pero no pudo continuar porque Tadeo lanzó un hechizo que los arrojó contra las paredes.

—Ahora —dijo el mago y cada uno subió a su caballo y salió al galope.

Raquel y Osvaldo se levantaron aturdidos, unos momentos después, cuando los magos llegaron junto a ellos.

—Eres un imbécil —Raquel apretó los dientes—, como todos los hombres. Un inútil.

—Si no sirvo para nada —gruñó él—, ¿por qué no me dejas en paz?

—Porque eres mi hijo —dijo con asco.

—Como si eso fuera algo bueno.

—No lo es.

Osvaldo se irguió y puso la mano en el pomo de la espada.

—Por favor —intercedió el clérigo—, son madre e hijo.

—Por desgracia. —Raquel se sacudió el vestido.

—Me hubieras dejado.

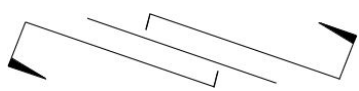
—Por favor —repitió el clérigo.

Raquel bufó y se volvió hacia los magos.

—¿Y a ustedes qué les pasó? ¿Es que acaso estoy rodeada de inútiles?

Los magos se miraron entre sí y bajaron la cabeza. Osvaldo se alejó y se apoyó contra la pared.

—¡Pues no se queden parados —gritó Raquel—, la carreta!



CABALGARON SIN CESAR hasta que estuvieron completamente fuera del reino y dentro del bosque que lo rodeaba. No se habían cruzado con nadie desde que dejaran atrás la última casa en la parte exterior de las murallas. Se detuvieron entrada la noche, cuando los caballos estaban exhaustos y ellos, rígidos en sus monturas. El bosque era oscuro y algo fresco, aun en esa época del año. Se bajaron de los caballos y estiraron piernas y brazos, con muecas en los rostros.

—Estoy hambriento —expresó Gaspar mientras se apeaba.

—Bien —dijo Tadeo con voz áspera—, estimo que eso hará que la comida esté lista pronto. —Se dirigió a Ema—. Ven, hagamos el perímetro.

Ema lo acompañó de buena gana, con un pequeño salto al ponerse en marcha. Mayra la miró con el ceño fruncido, pero no hizo ningún comentario. Sencillamente, comenzó a rebuscar entre los bolsos para preparar algo de comer.

—El fuego estará listo en un santiamén. —Sonrió Yago.

—No entiendo cómo puedes estar animado después de todas esas horas ininterrumpidas a caballo —se quejó Gaspar.

—Como soldado, hice muchas horas más y en peores condiciones —le echó otra sonrisa a Mayra— y no siempre teníamos como premio una buena comida.

—Pues si se quedan charlando en vez de hacer el fuego, no habrá mucho para comer —intervino la muchacha, quien sin embargo sonreía.

Yago guio a Gaspar entre los gruesos troncos de los árboles que los rodeaban. Fueron en dirección contraria a Ema y Tadeo. El mago los observó por el rabillo del ojo y luego se dirigió a su pupila.

—Estuviste muy bien esta tarde, no sentí cuando lanzaste el hechizo.

Ema sonrió y se irguió un poco más.

—Es que nos estábamos separando y la gente empujaba mucho.

—Fue prudente —asintió Tadeo.

Esa vez, las instrucciones del mago fueron menos bruscas mientras aseguraban el perímetro del campamento. Ema se esforzó por trazar cada runa a la perfección y todavía tenía bastante energía cuando terminaron.

La comida estuvo lista en un tiempo rapidísimo y nadie dejó de agradecerle a Mayra, incluso Tadeo, quien hizo algo más que gruñir con aprobación al sentir el aroma que despedía la olla sobre el fuego.

El bosque estaba calmo y solo se oía el rumor del viento a través de las hojas. Casi no se filtraba ningún reflejo de la luna y toda la luz provenía de la fogata. Las tiendas se erguían a su alrededor, Yago había comprado una para compartir con Gaspar, por lo que en ese momento eran tres.

—Creí que los bosques eran más ruidosos —dijo Gaspar mientras cenaban.

—En general, lo son —Yago miró a su alrededor—, sobre todo en esta época del año, cuando los animales comienzan a despertar. Es raro que se mantenga tan silencioso.

—¿Nunca viajaste por este lugar? —preguntó Mayra.

—Eso es lo extraño, visité los tres reinos varias veces, pero no recuerdo nunca tanto silencio —se encogió de hombros—, tal vez nunca le presté tanta atención.

Sin embargo, intercambió una mirada con Tadeo y no dejó de estar alerta en todo momento. Cuando terminaron de comer, el grupo se volvió hacia el mago y se quedaron mirándolo, a la expectativa. Después de la comida, parecía que todos habían olvidado el cansancio.

—¿Qué sucede? —gruñó, sin poder ocultar una leve sonrisa.

—El mapa —dijo Mayra.

—¿Qué decía? —inquirió Gaspar.

—¿Ya sabes hacia dónde debemos dirigirnos? —agregó Ema.

El mago sonrió ampliamente. Se tomó su tiempo para limpiarse las manos y devolver su plato vacío. Rebuscó en su bolso, sacó el libro y se inclinó más cerca de la fogata. La página de libro mostraba claramente un mapa, les señaló la ruta con el dedo. También puso a su lado un pergamino con sus propias notas.

—La primera parte es fácil, hay un camino por este bosque que lleva hasta un río. Tendremos que cruzarlo y luego atravesar el tercer reino. —Miró brevemente a Mayra—. El resto del viaje —suspiró—, tendremos que confiar en la intuición de Ema. Aunque la dirección, hacia el suroeste, es bastante clara.

Ema se irguió y paseó una mirada por todo el grupo, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Es un camino largo —dijo Yago, que miraba alternativamente el mapa y el pergamino con las notas de Tadeo—, pero fácil la mayor parte.

Los siguientes días pudieron tomarse un descanso. El avance por el bosque era tranquilo, aunque no muy rápido debido a la espesura que mostraba la vegetación. Además, era tan sombrío que a veces era difícil saber en qué momento del día se encontraban. Yago se detenía cada tanto para comprobarlo. Y un par de veces había tenido que subir a un árbol para poder ver un poco de cielo y encontrar la posición del sol.

Ema continuó sus estudios con Tadeo, los cuales se daban antes de cada comida, y Gaspar comenzó a entrenar con Yago. La única que parecía aburrirse era Mayra, pero se consolaba contando sus monedas e inventando nuevas comidas, las cuales Yago saboreaba animadamente, sin dejar de llenarla de cumplidos.

—¿Pudiste hablar con tu hermano? —le preguntó Ema a Gaspar en uno de los descansos que compartían.

—No —negó con la cabeza—, no lo pudieron localizar.

El muchacho se secaba el sudor que le entraba en los ojos, estaba rojo en el rostro y casi se había quitado toda la ropa. Ema lo miraba de reojo, mientras él descansaba echado boca arriba en el suelo.

—Tal vez en el próximo pueblo también haya correo. —Ema, que estaba sentada a su lado, le apretó el brazo a Gaspar.

Él se sobresaltó y abrió los ojos, pero pronto sonrió.

—Supongo. —El silencio se alargó antes de que continuara hablando—. ¿Qué hay con la hermana de Mayra?

—No lo sé, no quiere contarme nada. —Suspiró Ema—. Intenté sacar el tema un par de veces, pero siempre desvía la conversación o encuentra algo para que la ayude, como reacomodar y contar las provisiones un millón de veces.

—A mí tampoco, ¿no te parece raro que nunca lo haya comentado? Es decir, yo hablo de mi hermano.

—Además, siempre se ve tan alegre, como si no tuviera ningún problema. —Ema observó a su amiga, que caminaba por el límite del campamento y cada tanto se agachaba a recoger algo—. Aunque ahora, a veces, parece melancólica.

—Supongo que nunca se sabe realmente cómo se siente la gente. —Echó un vistazo a Ema, pero esta seguía absorta, con la mirada perdida.

Gaspar siguió la dirección de su mirada y vio que Mayra se internaba un poco más en el bosque, no lejos de donde Yago estaba enredado en una conversación con el mago, que lo escuchaba atentamente.

—Parece que cada vez te llevas mejor con tu tutor —dijo casi para sí mismo.

Ema se despertó de su ensimismamiento.

—Tadeo cada vez confía más en mí —le brillaron los ojos—, es cada vez más emocionante.

—No sabía que te importara tanto lo que él piense de ti.

—No mucho, pero significa que soy más importante.

Gaspar rio e hizo una mueca antes de frotarse el hombro derecho.

—Siempre con lo mismo.

—No me gusta que me ignoren —refunfuñó Ema y frunció la nariz— o me llamen «la chica».

—No te preocupes por ella —Gaspar se incorporó para poder mirarla de frente—, no le importa nadie, ni siquiera habla de su hijo.

—Eso es raro, ¿no?

—Conociéndola, no tanto, pero olvidémonos de ella. —Se incorporó del todo y se sentó a su lado, después de volver a comprobar que estaban solos—. ¿Qué harás una vez que cumplas tu destino?

—No lo sé todavía —miró los pergaminos que tenía sobre el regazo—, supongo que seré una maga establecida.

—¿Tendrás… una familia? —Se aclaró la voz—. Me refiero a dentro de unos años.

—Tal vez —sonrió Ema—, si a alguien le interesa.

Gaspar se atragantó con la saliva y tosió hasta que el rostro se le quedó morado. Ema había vuelto a prestar atención a los pergaminos, pero sonreía levemente. Gaspar se rascó con furia la cicatriz de la mano.

—Yo…

—Suficiente recreo. —Apareció Tadeo.

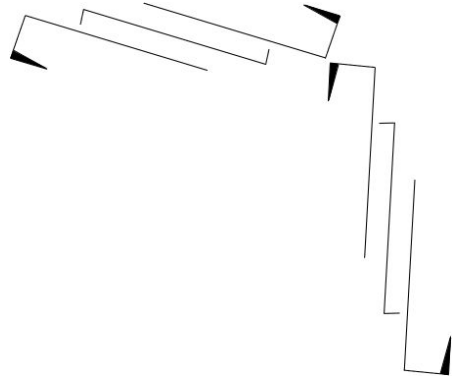
—Pero… no —dijo Gaspar—, solo un momento más.

—Vamos, muchacho —dijo Yago, quien venía detrás del mago —, hay que aprovechar estos momentos de descanso, cuando nadie nos está persiguiendo.

El muchacho se levantó de mala gana y Yago casi lo volvió a tirar al piso de una palmada en la espalda. El exsoldado soltó una fuerte carcajada y lo sostuvo, a la vez que le daba un palo que hacía las veces de espada de práctica.

Ema se puso de pie de un salto y se acercó a Tadeo. El mago asintió y la guio a un lugar más apartado.

Mayra había regresado de su caminata, con los brazos llenos de hierbas para cocinar, aunque todavía faltaba para la hora de la comida. Dirigió la vista a los demás, que ya estaban enfrascados en sus propias actividades, y emitió un largo suspiro. Se sentó frente a su tienda y sacó su bolsa; con lentitud, comenzó a contar nuevamente sus monedas.



Capítulo XII

AL CUARTO DÍA, llegaron a un pequeño pueblo, casi una aldea. No estaba en ninguno de los mapas que tenían, aunque en el libro antiguo había una marca en su lugar, que podría haber significado cualquier cosa. Tadeo frunció la nariz cuando vio las casas humildes y pequeñas, pero Ema y Mayra insistieron en cualquier opción que les proporcionara un baño. Además, necesitaban lavar casi toda la ropa que llevaban consigo.

A pesar del pequeño tamaño de la población, encontraron alojamiento con facilidad. Los aldeanos se veían nerviosos, pero los recibieron con calidez y les brindaron comida sin cobrarles. Los alojaron dos en cada casa diferente y la comida la proporcionaba la única posada del pueblo, que era el punto de reunión para cualquier evento. Estaban cenando allí cuando llegó la noche y, de repente, cerraron todas las puertas. Por las ventanas, se veía que no quedaba nadie en las calles, todos se encerraron en las casas.

—¿Qué sucede? —preguntó Yago y se acercó a una de las ventanas.

—Es por precaución —explicó uno de los aldeanos—, por los ataques.

—¿Qué ataques?

—De los lobos —susurró una joven.

Guardaron silencio y se miraron unos a otros, aunque la mayoría rehuía la mirada de Yago y su grupo. El exsoldado volvió a su asiento.

—¿Habrá hablado en serio? —preguntó Gaspar.

—La gente inculta es supersticiosa —gruñó Tadeo y tomó otro trago de vino—, aunque su comida es bastante buena.

—Pero tienen miedo —dijo Ema, que miraba alrededor sin ninguna sutileza.

Estaba sentada al lado de Mayra y frente a Gaspar. Tadeo presidía la pequeña mesa y no había prestado atención a nada de lo que sucedía a su alrededor.

—Tal vez podamos ayudarlos —propuso Yago y se puso de pie otra vez.

En ese momento, se oyeron los aullidos. Eran largos y acuciantes, se sobreponían unos a otros generando un enorme aullido que no terminaba nunca. El resto del grupo se levantó y todos fueron hacia la puerta.

—Los caballos —recordó Gaspar y trató de abrir.

—No pueden salir —dijo un aldeano y se puso en su camino—, los lobos.

—No atacan pueblos —lo tranquilizó Gaspar.

—Estos sí.

Ema se volvió, la gente a su alrededor se veía aterrada. Permanecían apiñados al fondo de la posada y miraban la puerta con recelo.

—Mi amiga es una maga de defensa —dijo Mayra—, ella podría proteger al pueblo.

Ema se volvió a ella con los ojos agrandados y gesticuló: «¿Al pueblo?».

Tadeo carraspeó.

—Eso conllevaría bastante trabajo y más de un día de tejer hechizos, que habría que renovar cada tanto —explicó por lo bajo.

Los aldeanos se habían quedado mirando a Ema mientras susurraban.

—¿En verdad puede hacerlo?

—Se ve muy joven.

—Nosotros no tenemos dinero para pagar ese tipo de magia.

Tanto Mayra como Tadeo levantaron la cabeza ante este último comentario. Ella se desinfló un poco, él negó con la cabeza y volvió a su lugar a la mesa.

—Entonces no hay nada de qué hablar.

Los aullidos se oyeron más cercanos. No se habían interrumpido ningún segundo desde que empezaran y cada vez elevaban más su ululato.

—¿Desde cuándo sucede esto? —preguntó Yago a la masa de aldeanos que seguía junta en una esquina de la posada.

—Hace unos meses —dijo un hombre—, no sabemos por qué, todos los animales de la zona están más salvajes.

—Los caballos —repitió Gaspar y se mordió el labio.

—Los establos se mantienen cerrados de noche, muchacho —

informó una mujer—, no hay mucho más que hacer.

—Tal vez hay otra forma en la que puedan pagar. —Sonrió Yago —. Estamos viajando y cualquier ayuda nos vendría bien.

Tadeo se irguió y miró con fijeza al soldado. Mayra murmuró por lo bajo algo inentendible y dejó de prestar atención, aunque se había alejado de la puerta. Ema se sentó al lado de Tadeo.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó el hombre.

Yago ensanchó su sonrisa.

—Lo que sea, provisiones, información, mapas, atajos, estoy seguro de que algo deben de tener.

Algunos aldeanos se miraron entre sí. Los susurros se elevaron otra vez, como contrapunto de los aullidos que no cesaban en el exterior.

—¿A dónde quieren ir?

Yago miró a Tadeo y se hablaron con la mirada. El exsoldado sonreía mientras que el mago entornaba los ojos. Hasta que al final Tadeo suspiró y sacó el libro, a la vez que murmuraba por lo bajo:

—De todas formas, no creo que nadie aquí sepa leer.

Abrió el libro y se los mostró a cierta distancia, sin dejar que lo tocaran. Se cuidó de mostrar solo el mapa.

—Este es nuestro destino, hay algunas referencias que no entendemos.

Algunos de los aldeanos se acercaron y echaron una ojeada.

—Entonces podemos ayudarlos, conocemos la zona...

—Y un atajo —añadió otro.

Los aullidos se callaron de repente, y luego comenzó un ruido bajo y monótono. Estaban rascando la puerta delantera, como si quisieran atravesarla con sus zarpas. Gaspar se alejó de un salto. En ese momento, comenzaron los golpes sobre la puerta trasera, como si algo se estuviera lanzando contra ella, una y otra vez.

Los aldeanos se habían agrupado en el centro de la posada y volvieron su atención alternativamente a Yago y a Ema.

—El atajo es real —aseguró el hombre.

—Por favor —sollozó una de las mujeres.

Yago se acercó a Tadeo, pero este le hizo un ademán de hastío y llamó a Ema.

—Ven —suspiró—, es mejor que empieces a practicar.

Esa noche fue imposible dormir, todos se tuvieron que quedar allí hasta que salió el sol y pudieron volver a abrir las puertas. La primera tarea fue revisar las demás casas, verificar que todos estuvieran bien, y luego visitar los establos y las granjas.

Después de dos días agotadores, por fin el escudo estaba listo para probarse esa noche. Ema había perdido algo de peso, pero se veía animada. Las mujeres del pueblo no dejaban de revolotear a su

alrededor, dándole comida u ofreciéndole alguna comodidad. La muchacha absorbió toda esa atención con agrado, sin embargo, Mayra no dejaba de hacer comentarios desagradables cada vez que se le subían demasiado los humos.

Cuando cayó la noche, estaban todos reunidos en la casa que hacía de posada, así como la mayoría del pequeño pueblo. Los aullidos comenzaron a oírse apenas la luna iluminó las calles. Ema no dejaba de pasearse por el lugar, retorciéndose los dedos. Mayra miraba por la ventana con el ceño fruncido, a una distancia prudente. Los aullidos seguían aumentando de volumen y desesperación, pero no se sentían más cercanos.

Después de un rato, por fin decidieron salir a ver. El primero en abrir la puerta y poner un pie afuera fue Yago, quien llevaba la espada desenvainada. Algunos aldeanos, armados con azadas y palos, fueron detrás de él.

Los lobos estaban en el perímetro del pueblo. Merodeaban de un lado a otro, pero no ingresaban. Eran enormes y de pelaje erizado. Sus miradas amarillas reflejaban desesperación y furia.

—Es muy extraño —dijo Yago, que se había acercado con cautela—, conozco a los lobos y no se comportan así.

Tadeo se había acercado también, con unos pergaminos en la mano, y se puso a su lado. Observó a los animales con el ceño fruncido.

—A veces son afectados por la magia, algún mago aburrido tal vez.

Yago apretó los labios. Uno a uno, los demás aldeanos fueron saliendo. Todos señalaban a los lobos detenidos en el perímetro. Cuando uno trataba de avanzar, era repelido hacia atrás. Algunos muchachos se acercaron temerariamente al borde del pueblo.

—¡Alto! —llamó Tadeo y todos se volvieron hacia el mago—. El escudo no permite que entren, pero, por obvias razones, sí deja que las personas lo crucen, en cualquiera de las direcciones. No sería prudente cruzarlo ahora.

Los padres de los muchachos se apresuraron a alejarlos del borde y no los soltaron. Algunos, incluso, mandaron a sus hijos de vuelta a la posada. El mago le hizo una seña a Ema, que se mantenía a la distancia, y ambos se acercaron al escudo. Él le hizo algunas observaciones en voz baja y luego regresaron con el grupo.

—Bien —dijo Tadeo, con rostro satisfecho, y se volvió hacia uno de los aldeanos—. Hemos cumplido nuestra parte.

El hombre se miró con otros y todos asintieron a la vez. Regresaron en grupo hasta la posada. Los aullidos seguían creciendo con violencia y alguno que otro tembló, cerraron la puerta de todas maneras.

Además de provisiones y caballos y mulas descansadas, les dieron unos mapas, donde constaban varios atajos a los caminos conocidos, algunos de ellos asombrosos.

—¿En realidad es tan fácil llegar de un reino a otro?

Tadeo enarcó las cejas y miró al soldado.

—No debería —murmuró Yago—, no creo que muchos conozcan estos caminos.

—No lo hacen —dijo un aldeano— y sería mejor que no lo hicieran, solo son para *su* uso.

—Los protegeremos —anunció Yago.

Tadeo miró de costado a los aldeanos, con una sutil sonrisa en los labios.

—Les puedo asegurar que no tenemos intención de compartirlos.

Partieron a la mañana siguiente, después de una verdadera noche de descanso. Ema se había desplomado en la cama antes siquiera de que alguien pudiera ofrecerle algo de comer. Ninguno se levantó realmente temprano, excepto por Yago, que parecía no necesitar más de un par de horas de descanso. Desayunaron en la posada, donde aún se aglutinaba la mayor parte del pueblo.

Los despidieron y acompañaron hasta las afueras del pueblo, sobre todo los niños, que corrían como si hiciera una vida que no pudieran hacerlo. Yago miró hacia atrás y asintió con una expresión de complacencia. Ema, sin embargo, estaba más atenta a su amiga. Luego de haberse despabilado y comer un desayuno que valía por tres, se acercó al caballo de Mayra. Durante los días que pasaron en el pueblo, se había mantenido alejada de ellos y Ema, de tan ocupada que estaba, no lo había notado hasta que extrañó su charla.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Estás muy callada hace unos días.

Mayra suspiró, se encogió de hombros y suspiró otra vez.

—Era una excelente oportunidad para hacer dinero, igual que en el reino, pero no lo conseguimos y ahora vamos por un atajo, que cruza un lugar deshabitado… —Negó con la cabeza.

—Nos queda el orgullo de haber salvado a un pueblo —dijo Yago.

—En unos meses, estarán igual —resopló Mayra y su flequillo bailó sobre la frente.

—Lo que importa es actuar con honor y ayudar a los necesitados. Si no otra cosa, les dimos tiempo para encontrar otra solución.

Mayra volvió a suspirar. Ema se mordió el labio.

—Ya habrá otras oportunidades —dijo en tono conciliatorio—, además, si encontramos ese reino lleno de nieblas, también encontraremos sus riquezas. Y, en ese caso, ni siquiera tendrás que

trabajar por el dinero.

Mayra sonrió levemente, durante un segundo.

—No sabemos cuándo lo encontraremos.

Ema frunció los labios. Se estaban quedando atrás, Tadeo y Gaspar se alejaban en un trote constante, solo Yago permanecía cerca de ellas.

—No nos demoraremos mucho —sonrió Ema—, Tadeo no lo permitiría.

—Supongo que no.

Yago acercó su caballo al de Mayra.

—No te descorazones, aun cuando no encontremos ese reino, siempre hay tiempo de hallar otras soluciones.

Ella le dirigió una mirada extraña.

—¡Oigan, ustedes! —los llamó Tadeo—, ¿pueden apresurarse?

Los tres hincaron los flancos de sus caballos y salieron disparados hacia donde estaba el mago, que no había dejado de avanzar.

—No estamos paseando, tenemos un objetivo.

—Eso pensé —murmuró Mayra—, pero creo que no te interesa tanto el dinero como supuse en un momento.

Tadeo la miró, con expresión levemente sorprendida.

—Te sorprendería saber todos los magos que no codician el metal —se irguió sobre su montura—, al menos no solo eso. De todas formas, la información que obtuvimos es mejor que el dinero. Y cuando lleguemos… también hay riquezas allí, recuerda.

—Sí, es lo que dice Ema —Mayra jugueteó con las riendas de su caballo—, pero no sabemos cuándo vamos a llegar, ¿y si nos demoramos años?

Tadeo bufó.

—¡Jamás dejaría que pase tanto tiempo! No soy ningún incompetente.

—Pero es el destino de Ema, no el tuyo —dijo Gaspar.

Tadeo lo miró con sus fríos ojos celestes y las cejas enarcadas.

—Ella es mi pupila, y por las runas que la haré encontrar su destino.

Ema sonrió a Mayra por detrás del mago y esta recuperó algo de la esperanza.

Cuando se detuvieron a almorzar, Mayra se parecía un poco más a sí misma y Ema y Gaspar se felicitaron mutuamente. Antes de que Ema, sonrojada, se alejara un poco del muchacho para ir con su tutor.

—Deja de perder el tiempo —dijo Tadeo sin levantar la mirada —, se supone que durante estos tiempos de descanso debes estar practicando.

—Solo estaba descansando un poco de la magia del pueblo —se

excusó Ema y se sentó a su lado, sacó los papiros de su mochila—. ¿Crees que el escudo funcionará?

—Durante un tiempo —se encogió de hombros—, eso se los advertimos.

—¿En verdad piensas que esos lobos estaban afectados por la magia?

Tadeo levantó la vista y la dejó fija en un punto en el horizonte.

—De eso no tengo duda, aunque no sabría decir qué clase de magia es esa.

Hacia la tarde, se desviaron hacia un camino no marcado en ningún mapa utilizado y, por ende, poco transitado. Era uno de los que indicaba el mapa que les habían dado en el pueblo. El camino era algo rocoso y los caballos trastabillaban cada tanto. Tadeo los guiaba con el ceño fruncido. Se detenía cada tanto para verificar la ruta que seguían. Hasta que se detuvo un largo rato. Yago se adelantó y conversaron por lo bajo, cada tanto señalaban una parte del mapa o hacían gestos a su alrededor. Al final, se pusieron de acuerdo para seguir avanzando. Al girar alrededor de una gran roca, se escuchó el ruido del agua corriendo.

—Es por aquí —sonrió Yago—, sabía que esa marca en el mapa simbolizaba un río.

Tadeo asintió con un pequeño gruñido. El grupo se detuvo apenas llegaron a la corriente de agua. Yago se bajó del caballo y fue a inspeccionarla. El río no tenía mucha profundidad y era posible cruzarlo a caballo. Primero aprovecharon a recargar sus cantimploras, tomar algo de agua y hacer beber a los animales.

Se había levantado una leve brisa, que no alteraba el clima templado, y todavía brillaba un suave sol cuando se pusieron en camino nuevamente. Cuando estaban a la mitad del río, escucharon un ruido sordo, y luego otro.

—¿Qué sucede? —preguntó Mayra mirando alrededor.

Los ruidos continuaron, uno detrás de otro y cada vez más rápidos. Entonces, se escuchó un grito y el ruido de algo grande que golpeaba el agua.

—¡Gaspar! —dijo Ema y se dio la vuelta para llegar hasta el lugar donde el muchacho había caído.

Las flechas seguían cayendo, como si provinieran de todas partes a la vez. Tadeo comenzó a tirar papiros y se acercó a Ema, envuelto en pequeñas explosiones.

—¡Deja eso! Debes crear un escudo.

—Pero Gaspar…

—Yo me ocupo —dijo Yago, que a la vez trataba de proteger a Mayra.

A Ema le temblaban las manos mientras trataba de activar los

hechizos. El primero de los papiros que sacó se cayó al agua.

—¡Concéntrate! —rugió Tadeo, sin dejar de activar hechizos y lanzarlos lo más lejos posible, lo cual estaba resultando difícil debido a la brisa persistente.

Ema consiguió activar algunos hechizos y la lluvia de flechas comenzó a rebotar a su alrededor. Tuvieron que calmar a los caballos, algunos con leves heridas en los costados. De a poco, fueron capaces de salir del río. Había tanto humo remanente alrededor que era imposible ver quiénes los habían atacado. Tadeo siguió tirando papiros cada tanto y los hizo avanzar entre la humareda.

Yago llevaba a Gaspar atravesado en su caballo, además de guiar el caballo del muchacho y las mulas atadas a él, una de las cuales cojeaba de una pata. Mayra iba pegada a Ema y cada tanto la animaba a seguir avanzando.

Los ataques siguieron alrededor de un kilómetro más, nunca pudieron ver a sus atacantes, eran sombras furtivas entre los arbustos, susurros de pasos a su alrededor. Cuando se alejaron lo suficiente de lo que fuera que hubieran interrumpido, el ataque cesó.

Tadeo los empujó a cabalgar un poco más, hasta que ya ninguno podía seguir avanzando. Entonces, se detuvieron. Estaban en una colina.

—Debemos de haber salido de su territorio —conjeturó Yago mientras echaba una mirada hacia atrás a la vez que se apeaba de su caballo.

—Malditos —gruñó Tadeo—, no nos avisaron de ellos.

Se bajó de su montura y se alisó la ropa. Luego miró dentro de la mochila, donde llevaba sus papiros escritos, y maldijo otra vez al pueblo.

—Tal vez se olvidaron. —Yago estaba revisando a Gaspar, sin bajarlo del caballo.

El mago fulminó al exsoldado con la mirada, quien no le estaba prestando atención.

—Pero era cierto lo del atajo —dijo Mayra que, después de comprobar el estado de Gaspar, se había acercado al borde de la colina y miraba el valle abajo.

Yago y Tadeo se unieron a ella. Desde donde estaban, se divisaba un pueblo importante debajo, que se extendía hasta donde eran capaces de ver.

—¿Cómo está Gaspar? —preguntó Ema, que no se había movido de donde dejaran los caballos.

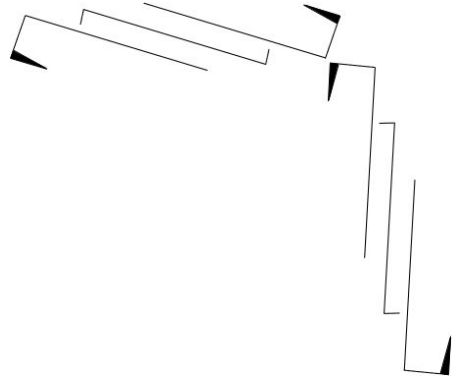
Yago se volvió y miró otra vez al muchacho que llevaba en su caballo, una flecha le atravesaba el hombro.

—Creo que no atravesó nada importante, en el pueblo conseguiremos una sanadora.

Ema se acercó a Gaspar y estiró un brazo tembloroso, sin llegar a tocar la frente del muchacho.

—Vamos —chasqueó la lengua Tadeo y volvió a subirse a su caballo—, si no me equivoco, podremos llegar antes del anochecer.

Cabalgaron en bajada, por una ladera casi lisa y a un paso más leve que el trote. Una de las mulas rengueaba de forma pronunciada y Yago cada tanto le echaba un ojo. Ema, por su lado, no dejaba de mirar el cuerpo laxo de Gaspar, mientras se retorcía los dedos hasta dejarlos blancos.



Capítulo XIII

La cabalgata fue más lenta de lo que pensaban, con una de las mulas cojas y dos caballos con heridas leves en los flancos. Sin embargo, estaban decididos a llegar al pueblo antes del anochecer. El aire estaba limpio y el sol aún brillaba, los días se alargaban cada vez más, lo que hacía los viajes un poco más tolerables, al menos hasta que no hiciera mucho calor.

El pueblo era realmente importante, con sus cientos de casas y tiendas y la gente que se arremolinaba en casi cada calle. Era un lugar bastante limpio para la cantidad de personas que parecía albergar. Mayra miraba de un lado a otro y asentía, cada vez con una sonrisa más ancha. Además, era un lugar pacífico y amable; desde el mismo momento en que entraron en él, los habitantes se apresuraron a prestar su ayuda. Los guiaron hasta una posada accesible y cómoda en menos de una hora y el dueño hizo llamar a una sanadora.

—Eso va a costar dinero —Mayra le murmuró a Tadeo.

El mago hizo un ruido con la nariz, sin dejar de observar cómo tendían al muchacho en una de las habitaciones que habían conseguido.

—Yo pagaré —dijo Yago con una mirada de reprobación a Mayra.

Habían tomado dos habitaciones más, una para Tadeo, que siempre iba solo, y otra para Ema y Mayra. Sin embargo, Ema no se movía del lado de Gaspar. Yago también se había quedado en la habitación, aunque no se veía muy preocupado. Mayra había aceptado completamente el diagnóstico del exsoldado y esperaba fuera, en el pasillo, junto con Tadeo, quien había dejado la puerta de su

habitación abierta.

La sanadora llegó al poco tiempo e hizo salir a todos para quedar a solas con Gaspar. La consulta fue rápida y las noticias, buenas. Nada grave dañado, solo un breve reposo y estaría como nuevo.

Ema se apresuró a volver a la habitación y a sentarse al lado de Gaspar, quien por fin había recuperado la consciencia.

—¿Cómo estás? —susurró mientras humedecía la frente del muchacho con un paño que la sanadora había hecho llevar.

Gaspar entreabrió los ojos, guiñándolos un poco frente a la luz que había sobre la mesa contigua.

—¿Qué pasó?

—Nos atacaron, no sé quiénes eran —Ema sorbió por la nariz—, te dio una flecha, creí… —se le llenaron los ojos de lágrimas—, lo siento, esto es culpa mía.

Gaspar levantó la mano débilmente y la dejó caer antes de llegar a rozar el rostro de Ema. Insinuó una sonrisa.

—¿Estabas preocupada por mí?

Ella asintió. Gaspar tragó con algo de esfuerzo e intentó incorporarse, lo que tuvo que detener con una mueca de dolor. Ema volvió a refrescar su frente. El muchacho cerró los ojos y tragó saliva.

—No debes —dijo al fin—, tengo la cabeza más dura de lo que crees. Y no es tu culpa.

—Estás aquí por mí.

—Estoy aquí porque quiero.

Ema se mordió el labio.

—¿Por qué? —Estrujó el paño húmedo entre sus dedos.

—¿En realidad todavía no lo sabes? —Gaspar abrió los ojos y sonrió—. Porque te quiero.

—No entiendo por qué —susurró.

—Porque eres tú, solo por eso.

Ema calló y se quedaron mirándose uno al otro.

—Debe descansar, muchacha. —Sonrió con complicidad la sanadora, a la que nadie había escuchado entrar en el cuarto otra vez —. Creo que en tus manos lo hará bien.

La mujer sonrió y abandonó la habitación. Fuera esperaban los otros tres, aunque la única que mostraba cierta ansiedad en su postura era Mayra. La sanadora terminó de dar las instrucciones para el cuidado de Gaspar y se retiró, luego de que Yago le hubiera dado unas monedas con discreción.

—Bueno, entonces no hay nada de qué preocuparse —dijo Mayra cuando quedaron solos y se puso de pie—. Iré a ver si encuentro algo, ya que estaremos unos días aquí.

—Creo que haríamos bien en descansar un poco. —Yago apretó

los labios.

—No vine aquí para descansar —entornó los ojos ella—, tengo un objetivo.

—El dinero.

—Sí.

Yago negó con la cabeza.

—Es un objetivo aceptable —dijo Tadeo, que ojeaba el libro, recostado contra la pared del pasillo.

—Hay otras formas —Yago ignoró al mago y se acercó a Mayra —, podemos encontrar la manera de ayudar a tu hermana.

Tadeo cerró el libro y los observó, interesado.

—No sabes nada sobre ella. —Mayra se cruzó de brazos y sostuvo la mirada de Yago.

—¿Sobre qué? —preguntó Ema a la vez que cerraba la puerta del cuarto de Gaspar tras de sí.

—Olvídalo.

—Mayra —dijo Yago.

La joven se volvió, una expresión sorprendida había cruzado su rostro, como si fuera la primera vez que escuchaba que la llamaban por su nombre. Tadeo seguía la conversación con interés, al igual que Ema.

—Sé que el destino de los huérfanos es difícil —dijo el soldado con seriedad—, pero estoy seguro de que hay algo que entre todos podemos hacer por ayudar.

—Mi hermana entró al servicio de una casa de placer. —Apretó las mandíbulas Mayra—. ¿Hay algo que puedas hacer para que una niña de ocho años no aprenda esas artes? Solo puedo comprar su libertad y eso es lo que haré.

Mayra se alejó, sus pasos retumbaron en el pasillo de madera.

—¡Espera! —dijo Ema.

Pero su amiga salió corriendo y bajó las escaleras como un torbellino. Yago salió disparado detrás de ella. Ema quedó en el pasillo, incapaz de decidir qué hacer.

—Esto no está saliendo como pensé —murmuró.

Se recostó contra la pared, al lado de Tadeo, y dejó salir un largo suspiro. El mago se quedó en silencio y, en un principio, no parecía que fuera a romperlo. Amagó una mirada a la puerta abierta de su cuarto y después dijo, lacónicamente:

—Está saliendo bastante bien, encontramos una pista pronto, estamos todos sanos y enteros...

—Gaspar está herido.

—Lesión menor, se recuperará.

—Mayra…

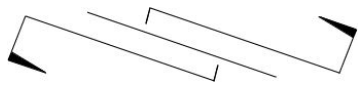
—Ese problema ya lo tenía antes —se incorporó—, que tú no lo

supieras es otra cosa.

Ema se retorció los dedos.

—De todas formas —agregó Tadeo antes de entrar a su propia habitación—, ¿por qué creíste que tu destino, uno tan glorioso, iba a ser fácil?

Ema lo vio cerrar la puerta. Sus ojos se nublaron y los limpió con torpeza. Se había quedado sola en el pasillo. Con un temblor que le recorrió el cuerpo, se abrazó a sí misma y se quedó mirando la puerta cerrada del cuarto de Gaspar.



—¡MAYRA, ESPERA! —Yago corría tras la joven, que esquivaba la gente que cubría las calles—. ¡Mayra!

Algunos de los transeúntes se volvieron preocupados y unos, incluso, trataron de detener a Mayra. Pero ella empujó a todos los que se ponían delante, con un chillido tal que pronto todos se apartaban de su camino. La noche por fin había comenzado a caer en el pueblo y las calles eran cada vez más oscuras.

Yago ignoró las miradas de los pobladores y redobló su paso. La alcanzó en una de las callejuelas perpendiculares, vacía y llenándose de oscuridad. La tomó por los brazos y la forzó a darse la vuelta. Aunque el rostro estaba bañado por lágrimas, mostraba una férrea determinación.

—No necesito tu compasión.

—No es eso lo que te ofrezco —dijo el exsoldado con calma—, sino mi ayuda.

Mayra intentó liberarse de su agarre, pero Yago se mantuvo firme. Se removió con fuerza y trató de arañarle las manos, sus ojos habían vuelto a llenarse de humedad. Bajó los parpados y gruñó.

—Puedo hacerlo sola.

Él sonrió y relajó un poco su agarre.

—Claro que sí, pero no tienes que hacerlo.

Ella se removió un poco más, pero Yago no se había descuidado tanto. Entonces Mayra suspiró y dejó caer los hombros. Escudriñó la cara de Yago.

—¿Por qué lo harías? —Mayra frunció el ceño—. Espera, ya lo sé, por el honor.

—No hay nada de malo en ello. —Yago la estudió un momento —. ¿No lo aceptarías aun cuando fuera en tu beneficio?

Mayra se limpió la cara y se sorbió la nariz sin ningún disimulo. Yago la había soltado y ahora solo la miraba, bajo la tenue luz del único farol que iluminaba la calle a lo lejos. Mayra había bajado la

cabeza.

—¿Vas a darme dinero? —preguntó mirándolo de costado.

—Si eso es lo que necesitas —su rostro mostraba determinación —, pero primero me gustaría conocer mejor la situación. Hay muchas personas a las que les gustaría aprovecharse de una jovencita.

—Yo no soy tonta. —Hizo un mohín, se adivinaba una sonrisa leve en su rostro.

Yago se relajó.

—Eso ya lo noté —sonrió—, pero dos cabezas son mejor que una.

Mayra asintió lentamente, aunque aún miraba hacia otro lado que no fueran los ojos del exsoldado.

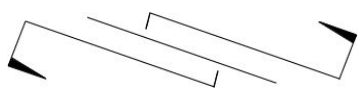
—Lo pensaré.

—No pido más. —Yago le ofreció el brazo.

Mayra inspiró sonoramente y lo tomó. Él esperó a que ella estuviera lista para avanzar, inmóvil a su lado.

—Antes de volver, me gustaría pasar por la oficina de telegramas —dijo Mayra—, tal vez haya algo para Gaspar.

—Está bien —asintió Yago mientras la guiaba a través de la gente.



RAQUEL ENTRÓ EN LA HABITACIÓN como un tornado.

—¿Cuánto tiempo más tomará? —preguntó a uno de los magos —. Nos llevan varios días de ventaja.

Se alojaban en la posada más cara del reino y tenían cuatro habitaciones. Dos de ellas, exclusivamente para el uso de Raquel, junto con su asistente. La muchacha era la sombra de la señora y la seguía a todos lados, con la cabeza gacha y en completo silencio. En ese momento, se había quedado en el umbral de la puerta que Raquel había dejado abierta. Los magos respiraron profundamente y uno, el que le daba la espalda a la señora, puso los ojos en blanco. Sin embargo, fue el clérigo el que contestó, con su hablar siempre tan pausado.

—Lleva unas cuantas horas hacerlo bien, pero el resultado valdrá la pena y al final nos ahorrará tiempo.

Raquel se puso las manos en la cintura y oteó la habitación desde su considerable altura. Frunció el ceño cuando vio a su hijo. Osvaldo estaba sentado al lado de la ventana, balanceándose sobre las patas traseras de la silla y fumando.

—¿Por qué no vas a hacer algo útil? Como conseguir suficientes caballos de recambio y la comida que necesitaremos para el viaje.

—Estoy seguro de que eso lo puede hacer alguno de tus siervos —replicó sin mirarla.

Ana, la doncella de Raquel, retrocedió unos pasos y trató de ocultarse en las sombras del pasillo. Su señora se inclinó hacia su hijo.

—Pues quiero que te encargues tú —insistió acentuando cada palabra.

Osvaldo dejó de jugar con la silla y las patas delanteras cayeron estrepitosamente. Uno de los magos dio un respingo, pero ninguno se dio la vuelta. El clérigo siguió la conversación con interés. Osvaldo apagó el cigarrillo en la cornisa de la ventana y clavó la mirada en su madre.

—¿Es que necesitas humillarme más?

—¿Humillarte? —Raquel avanzó unos pasos hacia él—. Yo fui la humillada, no solo los perdiste delante de mis narices, sino que me entero de tu traición.

Osvaldo se rio con desgana.

—Hasta a tus enemigos les crees más que a mí.

—Te conozco.

—Deberías —Osvaldo sacó otro cigarrillo del bolsillo y jugueteó con él entre los dedos—, tú me hiciste, a tu imagen. —Ladeó la cabeza —. ¿Y cómo eres tú?

Raquel entornó los ojos.

—No te pases conmigo.

Osvaldo se puso de pie y cruzó la habitación. Se detuvo unos segundos a su lado, antes de salir, rozándola ligeramente.

—No se me ocurriría.

—Ese muchacho… —Raquel suspiró cuando los pasos de Osvaldo se perdieron en el pasillo.

Ana seguía allí, encogiéndose entre las sombras y con la cabeza gacha. Raquel la miró durante un breve instante, pero el sonido de alguien aclarándose la garganta la hizo volver a prestar atención a lo que sucedía en la habitación.

—Creo que la señora es muy dura con su hijo —opinó el clérigo.

—No te metas en esto.

—Es que un hijo concebido con amor…

—¿Amor? —La voz de Raquel se volvió casi un chillido—. A veces creo que realmente eres muy ingenuo. —Se volvió hacia el mayor de los magos—. Avísenme cuando haya novedades.

Salió de la habitación con un portazo. La puerta tembló durante unos segundos, hasta que el silencio volvió a apoderase del cuarto. Los pasos de Raquel se escucharon hasta llegar a su habitación y luego se oyeron las órdenes que le daba a Ana.

—Es una mujer severa —dijo un mago sin levantar la vista de lo que hacía.

—No entiendo quién se acercaría lo suficiente como para darle un hijo. —Sonrió otro de los magos.

—Es una mujer herida —repuso el clérigo, que aún observaba la puerta cerrada—. ¿Por qué más, si no, habría tanto odio?

—Como sea —dijo el primer mago—; si no fuera porque el dinero que nos paga es muy bueno, no la soportaríamos durante tanto tiempo.

El clérigo apretó los labios.

—Esta empresa es más importante que el simple dinero.

—Tal vez para ti, para nosotros no reviste ningún interés. Sobre todo, con el destino misterioso que perseguimos. —Meneó la cabeza sobre el papiro que estaba escribiendo junto con los otros dos magos —. El destino de ningún mago es tan importante, eso es algo que a las Academias les gusta publicitar.

El clérigo lo observó en silencio y así se quedó durante las tres horas siguientes que tardaron en terminar de escribir y ejecutar el hechizo. Osvaldo regresó más o menos una hora después de que su madre se fuera y volvió a ocupar su lugar al lado de la ventana. No hizo comentarios sobre lo que hubiera estado haciendo. Encendió el cigarrillo que seguía entre sus dedos y, como el clérigo, se dedicó a esperar.

Por la ventana se notaba la actividad del reino, ya que estaban situados casi en el centro mismo. La zona estaba rodeada de los comercios más exclusivos, que parecían tener abundante clientela durante todo el día. Sin dudas, ese era el reino más comercial de los tres. El movimiento del dinero era importante, así como el valor que le asignaba la sociedad. Casi no había nada que no se pudiera conseguir con dinero, los servicios de los magos, sobre todo, y a veces los de algún clérigo.

Se acercaba el horario de almuerzo y la actividad en la calle no se detenía, ni siquiera ralentizaba su ritmo. Dentro de la posada, la comida se sirvió en cada una de las habitaciones. Sin embargo, los magos le prestaron poca atención, consumidos como estaban en la creación de su hechizo. El clérigo hizo varios intentos de conversación con Osvaldo, quien los declinó cada vez con menor sutileza.

Al fin, a la tarde, los magos se levantaron satisfechos y estiraron los músculos. Se volvieron hacia Osvaldo, quien bufó, pero de todas formas se puso de pie y se dirigió hacia la habitación de su madre.

Luego de observar la madera unos minutos, golpeó a la puerta. Ana lo dejó pasar y se hizo a un lado, intentando esconderse en uno de los rincones del cuarto.

—Dime —dijo Raquel sin apartar la mirada del espejo e hizo una seña a su doncella.

Ana se acercó a ella presurosa y comenzó a arreglar el peinado

de su señora, que lucía impecable.

—El mago ya tiene la ubicación —informó con voz tensa, aún se encontraba parado cerca de la puerta, que había quedado abierta.

—¿Y los caballos? —Raquel movió la cabeza de un lado a otro para inspeccionarse.

Osvaldo hizo puños con ambas manos.

—Está todo listo para partir a primera hora de la mañana.

—Bien.

Él se quedó mirándola y hasta atinó a abrir la boca.

—¿Algo más? —Raquel enarcó las cejas.

Osvaldo titubeó.

—No.

—Entonces no te quedes haraganeando aquí, ve a hacer algo útil.

—Sí, madre —masculló y cerró la puerta con cuidado.

Raquel sacudió la cabeza y Ana retrocedió un paso.

—Vete, estoy cansada.

—Sí, señora.

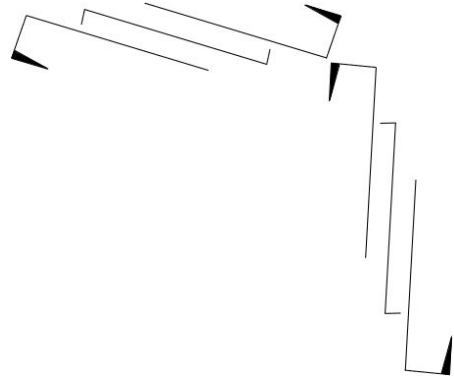
La doncella se alejó presurosa hacia la puerta.

—Espera, tráeme algo de comer.

—Sí, señora. —Alcanzó a contener el suspiro antes de salir de la habitación.

Raquel se levantó del tocador y fue a sentarse en la cama. Era un lecho de dos plazas y con un dosel enorme, desproporcionado. Uno de los lados daba a la gran ventana que había en la habitación. Ella se sentó sobre el elevado colchón, sus pies de todas formas alcanzaban el suelo. Levantó el mentón y miró cómo caía el sol del otro lado de los cristales.

—Un día, todos me respetarán como debe ser.



Capítulo XIV

LUEGO DE UN DÍA DE COMPLETO REPOSO, Gaspar ya pudo incorporarse lo suficiente para permanecer sentado en la cama. Ema se mantuvo todo el tiempo a su lado, excepto cuando salió a hacer un par de trabajos que había conseguido Mayra.

En ese momento, regresaban del segundo, habían ido solas porque en esencia era lo mismo que habían hecho con el primero, durante el cual asistió Tadeo. El mago declinó ir al segundo y Mayra estuvo feliz de no tenerlo a su lado, aun cuando tuviera que darle el porcentaje que le correspondía.

Las jóvenes caminaban con tranquilidad por un pueblo al que Yago había considerado «muy seguro».

—¿Por qué nunca me lo contaste? —dijo de repente Ema.

Mayra se volvió hacia ella y frunció el ceño.

—Que tenías una hermana.

—Ah —Mayra se encogió de hombros—, nunca me preguntaste nada sobre mí. Supongo que nunca fuimos tan unidas.

Ema se detuvo, con su rostro algo pálido y compungido. Parpadeó con fuerza y luego asintió, como si hubiera aceptado algo internamente.

—Lo siento —murmuró y luego tomó a Mayra por los hombros —. Eso era antes, tal vez, pero ya no más.

Mayra rio.

—Está bien, tranquilízate. —Su mirada se desvió hacia unos edificios más allá de donde se encontraba paradas—. Oye, ¿por qué no vemos si llegó algo?

—¿Cómo puede llegar la respuesta aquí —frunció el ceño Ema

—, si el telegrama lo enviaron desde el otro reino?

—Porque todos los pueblos dentro del reino reciben una copia —Mayra se encogió de hombros—, las destruyen después de un tiempo.

Ema asintió y se dirigieron a la oficina postal. No había nadie esperando allí, ni a buscar mensajes ni a enviarlos. Se acercaron al mostrador sin demora y le dieron las señas del mensaje que buscaban. Esperaron mientras el viejo revisaba entre los recibidos.

—Aquí —dijo mientras agitaba un pedazo de papel.

Ema y Mayra sonrieron a la vez, pagaron el recargo por retirar el mensaje desde otra ubicación y salieron del edificio.

—Se pondrá muy contento —comentó Ema mientras regresaban a la posada.

—Ya está contento —dijo Mayra empujándola con el hombro—. Parece que por fin están avanzando.

Ema rio.

El resto del viaje duró un santiamén. Cuando llegaron a la posada, encontraron a Yago en el cuarto con Gaspar.

—¿Dónde está Tadeo? —preguntó Ema.

—En su habitación —dijo Yago.

—Siempre alejado de la clase baja. —Sonrió Mayra.

—Tenemos buenas noticias. —Ema se sentó en la cama, junto a Gaspar.

—¿Hicieron mucho dinero? —Sonrió el muchacho y estiró el brazo para rozar con sus dedos los de Ema.

—Eso también. —A Mayra se le iluminó la mirada.

—Mira —Ema le tendió el sobre—, te llegó una respuesta.

Los ojos de Gaspar se encendieron y abrió el sobre de un tirón, sin apenas mirar lo que decía en el exterior. Su rostro se volvió pálido a medida que leía.

—¿Qué sucede? —preguntó Ema.

Gaspar miró a todos y volvió al telegrama.

—¿Qué? —insistió Ema.

—No está —susurró Gaspar—, desapareció.

—¿Qué? ¿Quién?

—¿Tu hermano? —preguntó Mayra.

Gaspar asintió en silencio.

—¿Me permites? —preguntó Yago señalando el telegrama y Gaspar le dejó tomarlo.

—Dice que el muchacho desapareció hace unos días —murmuró Yago.

—¿Cómo? —preguntó Mayra.

—Sencillamente no lo encontraron en su habitación una mañana, los días anteriores había estado distraído y la noche previa

no había hablado para nada.

Ema puso su mano sobre la de Gaspar.

—Lo siento.

Gaspar retiró la suya, apartó a Ema y se puso de pie con torpeza.

—Debo volver.

Se mareó al instante y Ema lo sostuvo.

—Todavía estás débil.

—¡Es mi hermano, Ema!

—Lo sé, no digo que no vayas, pero recién te estás recuperando.

—Ella tiene razón. —Yago lo ayudó a volver a la cama—. Debes estar fuerte antes de emprender la búsqueda, ya hay personas allí que se preocupan por él y están tratando de encontrarlo.

Gaspar suspiró y se aferró a los cobertores.

—No entiendo por qué haría algo así —negaba lentamente con la cabeza—, es un buen chico y está con una buena familia.

—Tal vez solo se perdió —dijo una dudosa Ema, que se había quedado de pie.

Gaspar fijó su vista, todavía algo nublada, en ella.

—Vamos a volver, ¿no?

Ema se mordió el labio y miró de reojo a Mayra.

—¿Ema? —Gaspar luchó por incorporarse otra vez—. Es mi hermano.

—Lo sé, pero…

—Pero ¿qué? ¿Acaso no te importa lo que pueda pasarle? ¿No te importo yo?

Ema se refregó los muslos con las manos y bajó la vista.

—Gaspar… —susurró—, yo…

—Es que tienes que entender —Mayra se sentó al lado del muchacho—, ahora que tenemos una pista y a la señora Raquel tan cerca…

—Tú solo quieres el dinero —escupió Gaspar.

—Al menos yo sé lo que quiero. —Mayra entornó los ojos—. Al igual que Ema, y estamos dispuestas a sacrificarnos por ello. ¿Tú sabes qué es lo que quieres? Porque a veces parece que intentas estar en dos lados a la vez.

—Es mi hermano, Mayra —apretó las mandíbulas Gaspar—, pero qué sabes tú de preocuparte de alguien más, de la familia… —Se detuvo de repente.

—Sé más de lo que crees.

Gaspar se removió incómodo, sin perder el gesto de obstinación.

—Muchachos —alzó la voz Yago—, no discutan ahora, los ánimos están exaltados, es mejor esperar a calmarse.

Gaspar y Mayra se sostenían la mirada, mientras Ema los evitaba a los dos.

—Muchacho —continuó Yago—, a todos nos importa lo que sucede con tu hermano, pero lo más sabio en este momento, al estar tan lejos, es esperar por más noticias. Tal vez aparezca pronto, hay gente que se preocupa por él, que está buscándolo. ¿Qué harías al llegar allí? ¿No hay indicaciones que puedas enviar ahora?

Gaspar se removió otra vez en la cama.

—Hay algunos lugares donde le gusta esconderse —murmuró.

—Entonces debemos enviar esa información —buscó papel y pluma—, escríbelos, yo iré a enviar el telegrama. —Miró a las chicas —. ¿Por qué no esperan afuera?

Ema y Mayra salieron de la habitación. Mayra bufó y se alejó por el pasillo. Ema la miró, titubeó, y al final se volvió hacia la habitación del mago y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Tadeo.

Ella entró, cerró la puerta con cuidado y se sentó frente al mago, que estaba al lado de la ventana.

—Creo que me debes algo —comentó Tadeo sin levantar la vista del libro.

Ema frunció el ceño.

—Ah, sí —murmuró y rebuscó en la bolsa que llevaba al cinto.

Contó unas monedas y las dejó sobre la mesa, al lado del libro. Tadeo continuó leyendo unos minutos más, antes de levantar la vista ante el silencio de Ema.

—¿Qué sucede? —Suspiró.

—Es Gaspar.

—Creí que se estaba recuperando, nos estamos demorando. Y cada día que pase, más oportunidad hay de que nos alcancen.

—Lo sé, es que el hermano…

—¿Qué hermano?

—El de Gaspar.

—¿Tiene uno?

—Tadeo. —Ema sonó exasperada.

El mago enarcó las cejas.

—No tengo por qué conocer esa información, tampoco puedo decir que me interese.

—Pues sí, tiene un hermano. —Ema se cruzó de brazos.

—¿Y qué sucede con él?

—Desapareció.

Tadeo se quedó en silencio. Después de unos momentos, Ema continuó.

—Gaspar recibió un telegrama, que dice que su hermano desapareció hace unos días.

El mago tamborileó los dedos sobre la mesa.

—¿Es que no entiendes lo que te digo? —Ema se puso de pie y

comenzó a caminar por la habitación.

—Lo que no entiendo es la relevancia.

Ema lo fulminó con la mirada.

—Gaspar quiere regresar, para buscarlo.

—Que haga lo que quiera.

—¿Cómo…? —Se meció los cabellos—. ¿Cómo puedes ser tan frío?

Tadeo cerró el libro.

—¿Por qué te importa a ti? No creí que fueras de ese estilo. ¿Lo conocías al chico?

—Lo vi.

—¿Cuántas veces?

—Una —murmuró.

Tadeo se rio.

—Entonces lo que no se entiende es *tu* preocupación. Los chicos van y vienen todo el tiempo, ya aparecerá. —Se puso serio de repente y se irguió en la silla—. A menos que me digas que tú también quieres volver.

—¡No! —saltó Ema.

Tadeo entrecerró los ojos.

—Ah, ahora entiendo. —Sonrió con lentitud—. Quieres usarme como excusa, si yo doy la orden de que no regreses, no tienes que explicarle a él por qué no quieres hacerlo.

—¿Qué…? —Frunció el ceño Ema—. ¿Qué dices?

—Que el muchacho quiere volver y tú no. —La sonrisa de Tadeo se ensanchó—. Creo que eso no le gustó mucho a tu enamorado.

—Él no es… —se sonrojó—, nosotros no somos…, más bien somos… —Suspiró y dejó caer los hombros—. No importa, lo que venía a decirte es cómo están las cosas y…

—¿Y qué?

—Bueno —Ema se mordió el labio y su vista se fijó en el libro cerrado bajo la mano de Tadeo—…, leí que hay hechizos de localización.

Tadeo rio otra vez.

—Veo que vas aprendiendo a pensar con rapidez. Sí, los hay.

Se quedaron en silencio, mirándose.

—¿Y entonces? —dijo Ema impaciente.

—Son complicados.

—¿Qué tan complicados?

—Para empezar, se necesitan tres magos, uno de cada especialidad, y llevan tiempo.

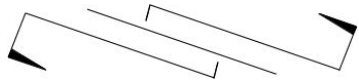
Ema suspiró.

—Es mejor dejarlo así —Tadeo volvió a abrir el libro—, el muchacho aparecerá. Deja ir al joven, ya volverás a verlo a tu regreso,

o tal vez encuentres a otro. —Sonrió.

Ema bufó y dejó la habitación.

—Eres imposible.



EN ESE MOMENTO, otro grupo cabalgaba en la dirección que habían logrado sonsacar a unos pobres pueblerinos. Aunque Raquel había insistido en mantener su carreta y había estallado en un sinfín de insultos cuando había tenido que claudicar, no se tardó en notar que era una amazona de respeto e iba a la par de los mejores jinetes.

Cruzaron al galope el río y, a mitad de camino, los alcanzaron las flechas. Los hombres rodearon de inmediato a Raquel, pero una de las doncellas cayó al agua con una flecha en el muslo.

—Déjenla —dijo Raquel—, nos retrasará.

Los hechizos de ataque comenzaron a dispararse. Las explosiones solo causaban confusión y las flechas seguían cayendo. Osvaldo sacó la espada, pero la blandía a su alrededor sin sentido, mientras trataba de controlar a su caballo.

Volvieron a moverse cuando los escudos estuvieron a su alrededor. Avanzaban con lentitud y perdieron a dos de las mulas que llevaban con provisiones. Al llegar a la orilla, los hombres quisieron seguir su camino.

—Esperen —dijo Raquel—, ellos pueden saber si los otros pasaron por aquí y hace cuánto. —Apretó las mandíbulas—. Lo que ustedes no pudieron averiguar en ese apestoso pueblo.

Los magos se movieron incómodos, pero los guardias la ignoraron.

—No creo que quieran hablar, madre. —Osvaldo todavía trataba de contener a su caballo.

—Pues los haremos hablar. —Entornó los ojos Raquel—. Yo no dejo que alguien me ataque y se salga con la suya, ¿tú sí?

Osvaldo apretó las mandíbulas e inspiró.

—No debería —murmuró.

Gritó una orden a los otros hombres y salieron a la carga. Otra lluvia de flechas los recibió apenas se acercaron al agua. Raquel se alejó un poco, junto con la otra doncella, el clérigo y el mago de defensa.

Dos horas después, la pelea había terminado.

Raquel, sin bajar del caballo, rodeó a seis lugareños que estaban maniatados en el suelo. Parecían simples muchachos, pero eran aguerridos y la miraban con desafío.

—¿Vieron a otro grupo? —repitió Raquel—, ¿hace cuánto

pasaron?

Los muchachos no contestaron.

—Señora —dijo el clérigo—, creo que ya es momento de continuar.

Ella lo ignoró y se dirigió hacia el jinete que se acercaba.

—¿Y?

—No hay señales de él —negó con la cabeza—, ni de uno de mis hombres.

Raquel bufó y miró a los guerreros y luego al atardecer.

—Vayámonos —dijo y arengó al caballo—. No dejen a ninguno vivo.

Los hombres se miraron entre sí y evitaron las miradas de los muchachos. Uno de los magos sacó un papiro y comenzó a escribir. El clérigo negó con la cabeza.

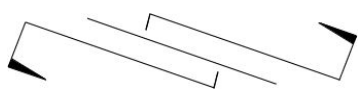
—Señora…

—Si lo intentas, tú te quedas con ellos.

El clérigo miró a los guerreros.

—Rezaré por sus almas —dijo antes de cabalgar tras Raquel.

A pocos pasos de allí, Osvaldo se quitó un cuerpo de encima y se arrastró hacia donde sonaban los cascos. Vio a su madre alejarse al galope. Abrió la boca para llamarla, pero solo pudo escupir sangre mientras se le empañaba la vista.



—YA NO PODEMOS ESPERAR MÁS —decidió Tadeo esa mañana, después de desayunar.

Ema se volvió hacia Gaspar. Todo el grupo compartía una mesa en la habitación de Tadeo, que era la más grande.

—Decide, muchacho —dijo el mago—, el resto prepárense para partir.

Mayra se puso de pie, tiesa, sin una mirada a su amigo. Fue a su habitación, seguida de Yago. Tadeo terminó de guardar sus libros y salió con la alforja al hombro.

Cuando quedaron solos, Ema apoyó una mano en la mesa, cerca de la de Gaspar.

—Sabes que no puedo… —murmuró.

—No —la cortó Gaspar—, no necesito que expliques nada. —Suspiró y se frotó las sienes—. Podría volver, pero sin recursos ¿qué haría? Ellos ya están buscándolo, confío en ellos. En cambio, tú no tienes a nadie más y yo…

Ema suprimió una sonrisa.

—Además, con nosotros puedes conseguir dinero —trató de no

sonar demasiado alegre— y enviarlo para ayudar a esa familia.

Gaspar asintió lentamente, mientras acomodaba el plato y cubiertos delante de él.

—Seguiré con ustedes, un poco más —alzó la vista—, por ti.

Ema tembló y contuvo la respiración. Puso una mano sobre la de él.

—Gracias —dijo sin poder evitar una sonrisa.

De repente, se levantó, le dio un rápido beso en los labios y fue en busca del mago.

Gaspar se demoró un poco más antes de volver a su habitación. Se encontró con Yago, que ya había hecho su bolso y el de él.

—¿Cómo lo sabías? —susurró.

—Llevo más años que tú. —Sonrió el soldado y le dio una palmada en el hombro—. Si te sirve de consuelo, creo que haces lo correcto.

Gaspar asintió y estiró el brazo para recoger su bolso.

—Ya lo llevo yo —dijo Yago.

—¿Quieres que te ayude con los caballos? —ofreció de repente Mayra, a la vez que entraba a la habitación sin llamar.

Se detuvo de golpe al ver a Gaspar allí.

—Creo que ya tengo la ayuda necesaria —dijo Yago con un guiño a Gaspar—, te espero en los establos.

Pasó junto a Mayra con una leve inclinación de la cabeza. Ella amagó con irse tras él.

—Espera —dijo Gaspar—, quería…, quería disculparme.

Mayra se dio la vuelta lentamente. Se miraron el uno al otro durante largos segundos.

—Nunca debí decir… —comenzó Gaspar.

—No importa —suspiró Mayra—, olvidémoslo.

—Pero…

—En serio, no importa. —Suspiró otra vez y sus hombros perdieron algo de la tensión—. Realmente, espero que tu hermano aparezca pronto.

—Gracias —dijo Gaspar con voz pequeña—. ¿Por qué nunca me hablaste de tu hermana?

—Nunca preguntaste. —Se encogió de hombros Mayra.

—Es cierto —dijo Gaspar cabizbajo—, debí hacerlo, es que siempre te veías tan feliz y despreocupada que pensé…

—¿Qué cosa? —Frunció el ceño Mayra.

—Que no tenías problemas —añadió Gaspar con una sonrisa tímida—. ¡Qué tonto fui!

—Claro que sí, pero como dije antes, no importa, yo tampoco quería hablar del tema.

—¿Y ahora?

—Sigo pensando lo mismo.

Gaspar asintió y se acercó a ella, la tomó de las manos.

—Encontraremos el destino de Ema, junto a todos sus tesoros, e iremos en busca de nuestros hermanos. —Sonrió—. Ya verás, todo saldrá bien.

Mayra sonrió. Gaspar se rascó la nuca y, después de una leve inclinación de cabeza, la dejó ahí, para ir en busca de Yago y preparar los caballos.

Ema entró en la habitación un segundo después.

—No te preocupes —dijo Mayra—, no te lo voy a sacar.

—No creo que pudieras.

Mayra enarcó las cejas.

—Nos sentimos muy seguras hoy.

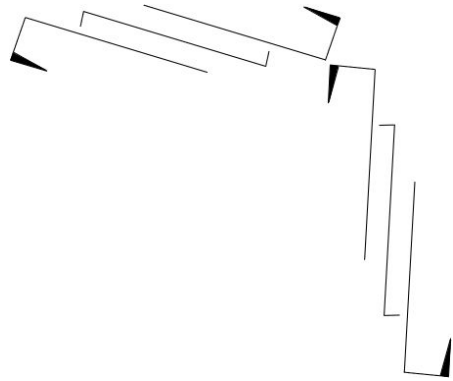
Ema sonrió.

—¿Estás lista? Tadeo se está poniendo impaciente.

—Ese hombre ya es así. —Tomó del brazo a su amiga y salieron de la habitación—. Impaciente un momento y molestamente calmado al siguiente.

Escucharon rezongar al mago apenas se acercaron a los establos. Intercambiaron una mirada y sonrieron.

—Allí están —dijo Tadeo apenas las vio—. Dejen de pasear y suban a sus caballos.



Capítulo XV

SALIR DE LA CIUDAD FUE BASTANTE FÁCIL, era tan temprano que la actividad aún era poca. Solo se veía a los dueños de distintos locales corriendo de un lado a otro y arengando a sus discípulos. Pasaron por el frente de lo que debía de ser una enorme panadería. Gaspar desvió la mirada hacia allí cuando los inundó el aroma de pan horneado.

—No se distraigan —dijo Tadeo y Ema volvió a mirar al frente, aunque no dejó de echar miradas a Gaspar hasta que dejaron de sentir ese familiar aroma.

Mayra había comenzado a hablar animadamente y no se calló, sin importar cuánto gruñera Tadeo.

Hacia el mediodía, ya habían dejado la ciudad atrás.

—¿Hacia dónde? —preguntó Yago cuando hicieron una pausa para repartir algo de comer y descansar un poco.

Tadeo miró el mapa y frunció los labios.

—Hay dos opciones: hacia el este o el noreste.

Se volvió a mirar a Ema. Ella adelantó su montura y cerró los ojos. Calmó su respiración con largas inspiraciones y volvió a abrirlos. Miró hacia ambas direcciones, demorándose unos minutos en cada una de ellas.

—Noreste —dijo al fin.

El grupo miró en aquella dirección. Un bosque espeso y de apagados colores verdes se alzaba a un kilómetro de allí.

—Bien —dijo Mayra arreando su montura—, hacia el bosque feo.

—Según el mapa, se llama el bosque tenebroso. —Sonrió Tadeo.

Mayra lo miró de costado.

—Ahora tengo más ganas.

—Son solo nombres pintorescos que le pone la gente —dijo Yago —. Debe de ser poco luminoso, se ve bastante frondoso desde aquí.

Y lo era, había espacios por los cuales no podían pasar a caballo y en otros ni siquiera a pie. Llegó la noche y no habían avanzado más que unos cuantos cientos de metros. Acamparon en un pequeño claro, sentados codo a codo, alrededor de un diminuto fuego. Encenderlo había causado una discusión que los mantuvo en silencio durante toda la cena.

—Haré la primera guardia —propuso Yago cuando terminó de comer.

—Despiértame —dijo Tadeo y se acomodó contra un árbol.

No había lugar para armar ninguna tienda, ni siquiera para tenderse cómodamente. Como siempre, el mago se había quedado con el lugar más amplio. Sin embargo, no había dormido ni una hora cuando Yago lo despertó.

—No estamos solos —susurró el soldado.

Tadeo se incorporó sin hacer ruido y preparó sus papiros mientras Yago despertaba a los demás. El bosque a su alrededor era de una oscuridad intensa y demasiado silenciosa.

El ruido de una flecha atravesó el aire e impactó contra el árbol cerca de Ema. Tadeo lanzó el primer papiro y pronto las explosiones se multiplicaron a su alrededor. Ema trató de activar un escudo, pero alguien le golpeó la cabeza y luego intentó estrangularla. Ella arañó las manos de aquel hombre, aunque no las pudo mover ni un milímetro.

—¡A esa la quiero viva! —Se oyó el grito de Raquel a lo lejos.

Ema trató de patear a su oponente, su pie solo encontró el aire. Y de pronto fue liberada.

—¿Estás bien? —Era la voz de Gaspar.

—Sí —carraspeó.

—Ve con…

Pero otro hombre se le había tirado encima.

Cayeron a un lado de Ema. Entre los *flashes* de luz de las explosiones de Tadeo, ella trató de activar otro hechizo.

—Por aquí. —Los dedos de Mayra se le clavaron en la muñeca y se le cayeron los papiros.

—No, espera. —Se resistió a los tirones de Mayra y se agachó a buscarlos.

—Debemos irnos —dijo Mayra.

—Corran. —Se oyó el grito de Yago.

Ema se puso de pie y se tropezó con una rama. Cuatro brazos la ayudaron a levantarse. Gaspar se había desembarazado de su atacante.

Ema miró desconcertada a su alrededor.

—Vamos —apremiaron Gaspar y Mayra a la vez.

Ema no se movió. En cambio, rebuscó entre sus ropas, en busca de otro papiro.

—Esperen, aún puedo…

—No hay tiempo, debemos irnos mientras podamos.

Los ruidos continuaban: gritos, golpes, insultos y la risa de Raquel que se escuchaba de fondo.

—Vamos —repitió Mayra.

—No, yo puedo… —Ema sacó el papiro y lo activó—, esperen aquí.

—Ema, no podemos.

—Espérenme solo un momento.

Los dejó antes de que pudieran contestar y se acercó a la batalla. Cuando estaba a punto de lanzarlo, hizo una mueca y, después de soltar el papiro a sus pies, se llevó el brazo al cuerpo. El hombre que la había golpeado saltó sobre ella, pero fue repelido con rapidez.

—¡Corre! —gritó Yago mientras retenía a su atacante.

Ema dio la vuelta y volvió hacia donde estaban sus amigos.

—¿Gaspar? ¿Mayra?

Las explosiones eran cada vez más espaciadas y la voz de Raquel se elevó por los aires para disparar órdenes hacia todos lados.

—¿Gaspar? ¿Mayra? —Ema susurró, tratando de ver algo en esa oscuridad—. ¿Se fueron? ¿Me dejaron?

Giró sobre sí misma. Yago ya no estaba donde lo había dejado. A lo lejos, Tadeo estaba arrodillado frente a Raquel, la mitad de la cara del mago estaba manchada de sangre. Ema escudriñó a su alrededor otra vez, no se veía nada, se abrazó a sí misma.

—Me dejaron sola —musitó, convencida de que sus amigos se habían ido.

Solo quedaba Tadeo y corrió hacia él. El mago abrió los ojos, la sorpresa llenó su rostro.

—¡Pequeña idiota! —rugió poniéndose de pie a medias, empujó a Raquel al piso y cogió una espada que revoleó a su alrededor—. ¡Huye! Te encontraré después.

Ema se detuvo en descreimiento.

—¡Huye! Te encontraré.

Varios hombres se tiraron sobre Tadeo. Ema reaccionó antes de que uno de los magos cercanos lograra alcanzarla. El escudo que había caído a sus pies funcionó parcialmente y le permitió huir. Corrió con todas sus fuerzas, llevándose por delante las ramas más bajas. Tropezó y cayó al piso, suprimiendo un grito se agarró el tobillo con ambas manos. Oyó el ruido de pasos cercanos y se puso de pie entre lágrimas para seguir corriendo.

Corrió, y saltó y se metió entre cientos de ramas y hojas, hasta que ya no pudo respirar y cayó al suelo, jadeando como un pez fuera del agua. Cuando pudo calmar su respiración, se quedó quieta y prestó atención a los ruidos a su alrededor. Nada. Ni un sonido. Estaba sola, completamente sola en un bosque desconocido.

Todavía estaba oscuro, pero no se podía asegurar que fuera de noche, en ese bosque siempre estaba oscuro. Se abrazó a sí misma y pegó un salto cuando tocó su brazo. Entonces también se palpó el tobillo y el estómago. Apoyó la mano y lo sintió húmedo. No se decidió a mirar hacia allí, simplemente se limpió la mano con la ropa y se puso de pie, tambaleante.

—Gaspar, Mayra —susurró—, ¿por qué me dejaron?

Le dio la espalda al lugar de la batalla y empezó a caminar, cojeando, con lágrimas resbalando por sus mejillas. Simplemente, ponía un paso tembloroso delante de otro. Con el pasar del tiempo, se levantó un viento frío, entonces Ema se acurrucó contra un árbol y dormitó un poco.

Se levantó todavía más dolorida y aterida, casi perdió la respiración cuando trató de estirar el cuerpo. Sin embargo, siguió caminando. Llevaba el brazo pegado al cuerpo y el otro atravesado sobre su estómago. La cojera se había acrecentado y a cada paso se mordía los labios resecos, que no tardaron en comenzar a sangrar, pero no dejaba de caminar.

—¿Por qué me abandonaron? —susurraba—. Tengo que encontrar a alguien, no quiero estar sola. —Tragó saliva con esfuerzo —. Tadeo. Él dijo que me encontraría.

Tropezó con una de las raíces que sobresalían del suelo y cayó contra el árbol. Se quedó allí unos minutos.

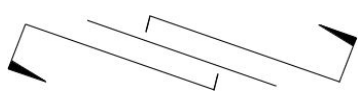
—Pero ¿cómo? —murmuró—, ¿cómo lo hará? Tal vez debería volver a buscarlo.

Se puso de pie sosteniéndose por el árbol. Después de unos momentos, siguió caminando. Algunas hebras de sol se filtraron entre las ramas, era de día, pero Ema permanecía ajena a todo ello.

—Todos me dejaron sola, siempre sola. —Se sorbió las lágrimas —. Yo corrí hacia ellos, lo intenté.

No prestó atención a nada hasta que el bosque se abrió a un claro, no muy grande, pero lo suficiente para que cupiera una pequeña cabaña en él. Ema la miró con el ceño fruncido, un hilo de agua pasaba tras la desvencijada construcción.

Con una explosión de súbita energía, corrió hacia ella arrastrando uno de sus pies y cayó a pocos metros del agua.



EMA SE DESPERTÓ DE UN SALTO y miró para todos lados. Después se tranquilizó, estaba en el claro de la cabaña, a unos metros del agua. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero el día no parecía haber avanzado mucho.

Luego de varios esfuerzos, logró ponerse de pie. Cojeó lo más rápido que pudo y se tiró al suelo para tomar directamente con la boca. Hizo una mueca cuando el brazo rozó el piso, pero por lo demás ignoró todo mientras sorbía el agua fría y dulce. Cuando se sintió con fuerzas, se levantó y miró la cabaña. Estaba lo suficientemente descuidada para saber que nadie vivía allí. Además, nadie había salido mientras bebía o antes, cuando había permanecido tirada allí un buen rato.

Cojeó hacia la cabaña, la puerta se abrió con un crujido y casi se desprendió del marco. No había muchos muebles dentro y los pocos existentes estaban en pésimas condiciones. Se dejó caer sobre la pequeña cama. El colchón estaba duro, pero cualquier cosa era mejor que dormir en la intemperie de ese bosque gris y asfixiante. Se quedó dormida casi al instante.

Sin embargo, se despertó poco después de un sueño pesado. Se llevó una mano a la cara y se palpó la frente y las mejillas.

—Tengo fiebre —murmuró y se pasó la lengua por los labios resecos.

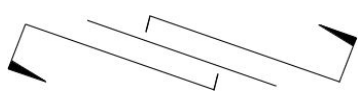
Cuanto intentó levantarse, se cayó contra el piso. El golpe la dejó sin aire y le llevó varios minutos recuperarse. Su tobillo la sostuvo hasta que salió de la cabaña, después tuvo que arrastrarse para llegar al agua.

Hebras de sol se filtraban a través de un cielo, no calentaban mucho ni tampoco permitían saber qué hora era. Ema lo observó un rato, pero cuando los ojos se le empezaron a cerrar, volvió a juntar fuerzas para arrastrarse de vuelta a la cabaña. El regreso le llevó una eternidad. Sin embargo, cuando cayó sobre la cama y cerró los ojos, el sueño no acudía.

—¿Por qué me abandonaron? —susurró—. Eran mi familia. Eso era todo lo que quería, que me quisieran, ser importante para ellos —dejó escapar unas lágrimas—, pero no lo soy, no lo soy.

La cabaña era oscura y silenciosa, fría como el bosque en el cual estaba insertada. Solo se oían los susurros de Ema, cada vez más bajos a medida que el sueño llegaba.

—Él dijo que me encontraría. —Fue lo último que susurró antes de quedarse dormida.



—¿QUÉ HACEMOS? —preguntó Mayra por décima vez.

Gaspar suspiró.

—La respuesta no va a aparecer de repente porque sigas preguntando.

—Tenemos que hacer algo.

—Lo estamos haciendo.

Mayra miró al muchacho sentado frente a ella y cruzó los brazos sobre el pecho. Gaspar bajó la vista.

—Estamos esperando —murmuró.

Mayra meneó la cabeza e inspiró con fuerza.

—Pero ¿cuánto tiempo vamos a esperar?

Gaspar se encogió de hombros. Se quedaron en silencio, un ruido les llamó a ambos la atención. Se pusieron de pie con sendos palos en las manos. El bosque se abrió paso para escupir a un extenuado Yago. Mayra soltó el palo para correr hacia él. Gaspar escudriñó alrededor, pero nada más salió de la espesura.

—¿Estás bien? —preguntó Mayra arrodillada al lado del soldado —. Ten, toma un poco de agua.

—Gracias. —Sonrió Yago y bebió un largo trago.

—No sabíamos dónde estabas, tratamos de buscarte, pero…

—Está bien —Yago levantó la mano un segundo—, hicieron lo correcto.

Mayra apretó los labios, el soldado estaba visiblemente magullado, aunque ninguna herida parecía ser de gravedad.

—¿Dónde está Ema? —preguntó Gaspar, que se había acercado sin soltar el palo.

—No lo sé —respondió Yago negando con la cabeza.

—¿Y Tadeo? —inquirió Mayra.

—Prisionero. —Yago tomó otro trago.

Le devolvió la cantimplora a Mayra y se puso de pie. Volvieron a sentarse donde habían estado Gaspar y Mayra. Era un pequeño claro en el bosque, el único lugar despejado que habían encontrado. Ninguno de ellos estaba cómodo, ya que no dejaban de mirar hacia todos lados. Yago les dijo que sería mejor abandonarlo.

—Tenemos que buscar a Ema —dijo Gaspar.

El soldado se quedó pensativo.

—Pensé que había huido con ustedes.

—No sé qué pasó —dijo Mayra exasperada—, se alejó de nosotros porque pensaba que podía hacer algo.

—Tratamos de retenerla —intervino Gaspar.

—Tuvimos que alejarnos porque unos hombres se acercaban —continuó Mayra.

—Cuando pudimos, regresamos y la esperamos, pero ella no

volvió. —Gaspar se frotó las sienes con fuerza—. No pudimos quedarnos allí, aunque volvimos varias veces.

—Nunca apareció —se encogió de hombros Mayra—, no quisimos acercarnos más a ellos, por si nos encontraban. Todos de rehenes no hubiéramos podido hacer mucho.

—Pero tendríamos que haber hecho algo —insistió Gaspar.

—No —negó con la cabeza Yago—, Mayra tiene razón, dejar que los capturaran no hubiera logrado nada. Además, ellos no la tienen, también la están buscando.

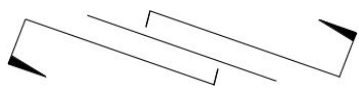
—Entonces, ¿dónde está? —preguntó Mayra.

—Tenemos que ir a buscarla. —Gaspar se puso de pie.

—Sí —dijo el soldado—, y tenemos que encontrarla antes que ellos.

Gaspar y Mayra se quedaron mirándolo. Yago asintió y se puso de pie.

—Bien, será mejor que nos pongamos en marcha.



UN PAÑO FRESCO Y HÚMEDO recorrió la frente y la nuca de Ema. Ella volvió la cabeza, pero no llegó a abrir los ojos. Unos dedos ligeros iban y venían por su brazo herido, su abdomen y su tobillo. Entonces se durmió, en un sueño tranquilo, que duró una eternidad. Cuando se despertó, vio a una joven de ojos marrones, dulce sonrisa y rizos revueltos inclinada sobre ella.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

Ema tragó saliva, le llevó varios intentos encontrar su voz.

—¿Quién eres?

—Me llamo Inés, ¿cómo te sientes? Creo que la magia actuó bien.

—Tú me curaste —susurró Ema—, sentí… una sensación tibia por todo el cuerpo y después… me quedé dormida.

—Sí —asintió Inés y acomodó una manta sobre ella—. Soy una maga de curación, y tú también tienes magia.

Ema frunció el ceño, cerró los ojos un momento.

—Claro, Tadeo me dijo que los magos de curación pueden sentir… —Abrió los ojos y trató de incorporarse—. Tadeo..., debo ir...

—Todavía no —dijo Inés empujándola suavemente de vuelta en la cama—, debes descansar un poco más.

Ema se recostó con un suspiro y se llevó una mano a la cabeza. Inés la miró con gesto serio.

—Me late un poco —susurró—. ¿Dónde estoy?

—En una cabaña —dijo Inés.

—Bah —acotó una joven alta y de pelo negro que apareció detrás de ella—, le falta mucho para llamarla así.

—Ella es Jimena —sonrió Inés—, mi amiga, estábamos en un viaje de curación y tuvimos que —hizo una mueca— refugiarnos aquí. Te encontramos inconsciente en la cama y muy herida.

—Gracias —dijo Ema—, gracias por curarme, no sé si todavía tengo mi bolsa conmigo…

—No te preocupes —sonrió Inés—, esto corre por cuenta de la casa.

—Además, me asombraría que la tuvieras —dijo Jimena, que estaba ordenando algo sobre una pequeña mesa— luego de que te atacaran.

Ema se incorporó un poco y esperó a que se le calmara la respiración.

—Tengo que ir en busca de Tadeo.

—Cuando te recuperes —indicó Inés y le alcanzó un bol con un poco de sopa.

—¿Quién es Tadeo? —dijo Jimena—, ¿tu novio?

—Mi tutor —explicó Ema luego de tomar un trago.

—¿Los atacaron bandidos? —preguntó Jimena.

Ema la miró y observó su ropa, llevaba una espada a la espalda y al menos un cuchillo en el cinto, iba vestida como un guerrero.

—¿Eres un soldado? —preguntó con el ceño fruncido.

Jimena sonrió y se irguió aún más en su ya considerable altura.

—Una de las mejores con la espada.

—Nunca había conocido a una mujer que luchara.

—Ahora sí.

Ema se terminó su sopa y aceptó un poco de pan y carne seca. No dejaba de mirar a las jóvenes, ofrecían dos perfiles muy distintos.

—No eran bandidos —dijo al fin en un susurro—, pero buscaban algo que tenemos, o teníamos. —Su mirada buscó la mirada de Inés y bajó aún más la voz—. Estoy en viaje, en busca de mi destino.

La sonrisa de Inés se tensó un momento y luego recuperó su dulzura.

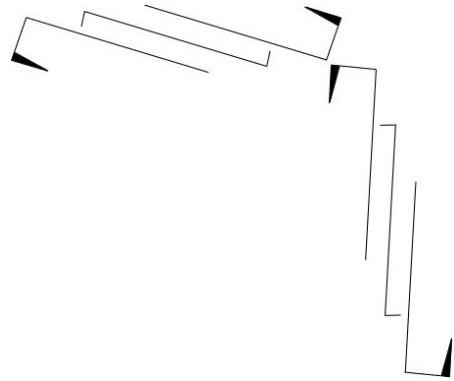
—Claro —asintió—, no debes decir nada más.

—Iré a dar una vuelta —anunció de repente Jimena y salió de la cabaña sin esperar respuesta.

—Ella conoce muy bien nuestras costumbres. —Sonrió Inés y desvió levemente la mirada—. Por supuesto, yo no te preguntaré.

Ema titubeó. Observó la lúgubre cabaña, que ahora tenía bolsos tirados por todos lados. Todavía flotaba el olor de la comida caliente. Se arrellanó en la tibia manta que la cubría. Inés estaba revisando sus heridas.

—Soy una maga de defensa —dijo Ema de repente.



Capítulo XVI

Inés se demoró en contestar.

—Eso es poco común, tu tutor debe de haber estado muy feliz de tenerte. Es un mago de ataque, ¿no?

—¿Cómo lo supiste?

Inés sonrió otra vez, parecía incapaz de no hacerlo durante mucho rato.

—A los magos de ataque les encanta tener uno de defensa a su lado, son los primeros que eligen. ¿No lo habías notado?

—Bueno, no sé si le encanta tenerme a su lado —sonrió Ema—, pero hacemos buen equipo. No sé lo que suelen elegir, no hace mucho que soy maga, solo un par de meses.

—¿Y ya estás en la búsqueda de tu destino? —Enarcó las cejas Inés.

—Es que es importante. —Se ruborizó Ema.

—Oh, no, no quise decir… Es que me sorprende que alguien tan joven y con tan poca experiencia —se sonrojó y comenzó a mirar hacia cualquier otro lado— haya decidido emprender el camino. Muchos esperan un tiempo.

—Bueno, no vi la razón para esperar. —Ema esquivó a su vez la mirada de Inés.

—Eres muy valiente —dijo ella y le dio más pan, esa vez con un poco de queso.

—Gracias —susurró Ema.

Comieron en silencio un rato más.

—Antes era sirvienta, cuando se descubrió mi magia —continuó Ema, que no parecía capaz de callarse—. Y ahora tengo la

oportunidad de hacer algo importante, algo bueno con mi vida, ¿no está bien que lo intente?

—¡Por supuesto que sí! Creo que todos deberían tener esa chance.

Se quedó pensativa. De pronto, se escucharon voces fuera de la cabaña y después otra vez el silencio. Ema se tensó.

—No te preocupes, debe de ser Jimena con Rocío.

—¿Quién es Rocío?

—Ella es… —Inés se sonrojó y titubeó—, es otra amiga.

Ema la miró con una leve desconfianza.

—¿Cuántas son?

—Solo nosotras tres.

Ema suspiró.

—Debe de ser agradable tener tantas amigas —susurró.

—Estoy segura de que tú también tienes unos cuantos. —Sonrió Inés, pero Ema no contestó.

El silencio se alargó otra vez. Ambas se dirigían rápidas miradas sin atreverse a comenzar a hablar de nuevo, hasta que lo hizo Inés.

—No tienes que decírmelo, pero… ¿iban ustedes dos solos?

Ema dudó, miró hacia la puerta y de vuelta a Inés. Se mordió el labio.

—No, iban unos amigos con nosotros, o al menos creí que eran mis amigos.

—¿Qué sucedió? —preguntó Inés con dulzura.

Ema contó la historia rápidamente, sin apenas tomar aire. Parecía haberla estado reprimiéndola mucho tiempo y todo su cuerpo se relajó cuando terminó de contarla. Inés frunció los labios.

—Ema, perdóname que lo diga, pero si estaban siendo atacados, ¿cómo puedes estar segura de lo que pasó?

—Huyeron sin mí —apretó las mandíbulas—, me abandonaron.

—Tal vez fueron atacados y tuvieron que moverse de lugar.

Ema dudó y desvió la mirada.

—Pero no me buscaron, y yo seguía ahí.

—¿No pudieron haberse perdido? Me dijiste que no son magos ni guerreros.

Ema se removió entre las mantas.

—Yo…, eh…

—Tal vez estén heridos —insistió Inés.

Ema se mordió los labios. Luego tiró las mantas lejos de sí y se puso de pie un salto. Se mareó levemente, pero se recompuso.

—Tengo que ir a buscarlos.

—Debes descansar.

Ema se debatió entre sollozos, pero cuatro manos la retuvieron en la cama. Jimena había vuelto en algún momento mientras ella se

debatía por salir.

—Son mi familia —susurró antes de dormirse.

—Los encontraremos —dijo Jimena mientras la sostenía con firmeza—, todas volveremos sanas y salvas a casa.

Ema se despertó poco después, Inés seguía sentada a su lado.

—¿Cuánto tiempo pasó? —preguntó Ema.

—Solo un par de horas. —Inés le alcanzó un poco de agua.

—Lo siento.

—No hace falta que te disculpes. Pasaste por muchas cosas en muy poco tiempo. —Sonrió Inés—. Estoy segura de que encontrarás a tus amigos. Según dicen, una persona en busca de su destino siempre es capaz de orientarse —soltó una risa corta— mágicamente.

Ema sonrió.

—¿Sabes? —dijo Ema—, es fácil hablar contigo. Es como si solo tu presencia ya fuera curativa.

—Eso me han dicho. —Se sonrojó Inés—. La gente siempre me cuenta cosas, pero no importa porque nunca las comparto con nadie más. No estaría bien.

Ema se mordió el labio.

—Siempre creí que lo que quería era ser importante, para no sentirme sola e ignorada. Ya sabes, así es como tratan a los criados, como si en verdad no estuviéramos ahí. Pero ahora me doy cuenta de que son mis amigos lo que extraño. No creo que me gustara mi destino sin ellos.

Inés puso su mano sobre la de Ema.

—Te reunirás con ellos, debes creerlo.

Ema sonrió tímidamente.

—Sí.

Se calló un rato y miró alrededor. Otra vez estaban solas en la cabaña.

—¿Y Jimena? ¿Rocío?

—Jime aparecerá en cualquier momento, siempre anda revisando el perímetro. Rocío —hizo una mueca— está preparando las provisiones para cuando reanudemos la marcha.

—No tengo mi bolsa —recordó Ema de repente.

—Te dije que no importaba.

—Pero quiero darte algo a cambio: si tienes unos papiros en blanco, podría dejarte unos hechizos de defensa preactivados.

—Eso no nos vendría mal —reconoció Jimena, que parecía estar siempre detrás de la puerta esperando el momento adecuado para entrar.

—Bueno —sonrió Inés—, supongo que puedo aceptar eso.

Se levantó para buscar los utensilios. Apenas se los entregó a Ema, esta se puso a trabajar con esmero y no se detuvo hasta que la

cena estuvo lista. Esa fue la primera vez que las cuatro muchachas comían juntas.

Rocío se había impresionado mucho cuando supo del pasado de Ema y ya no pronunció palabra durante el resto de la noche. Luego de la cena, se apresuró a salir de la cabaña para lavar los platos y la olla. Inés se acercó a Ema.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro —dijo Ema.

—¿Realmente crees que es tan importante ir en la búsqueda?

Ema frunció el ceño.

—Al principio, lo hice por un solo motivo, pero mientras más lo pienso, más razones tengo para hacerlo y no todas son personales. No sé cómo serán todos los destinos, pero este es importante —sonrió de repente—; tal vez todos lo sean, para cada uno.

—Sí. —Sonrió Inés a su vez.

Ema miró hacia la puerta colgante, apenas se sostenía lo suficiente para tapar el hueco.

—No vi a Jimena irse, debe de estar…

—Recorriendo el perímetro —dijeron ambas a la vez y rieron.

Ema se inclinó hacia ella.

—¿Puedo contarte un secreto? —susurró.

—Nunca saldrá por mis labios.

—Mi destino es encontrar el reino entre las nieblas.

Inés elevó las cejas y dejó la boca abierta.

—Sí —suspiró Ema—, me dijeron que es muy importante. Al menos eso creen Tadeo y la gente que me persigue. Yo solo conocía las historias de niños, pero si tanta gente está dispuesta a…

Se encogió de hombros. Inés respiró hondo y logró recuperarse. Tomó a Ema de las manos.

—Es muy peligroso —susurró Inés.

Ema asintió.

—Lo sé, pero por eso es importante que lo encuentre buena gente. ¿Te imaginas lo que sucedería si cayera en las manos incorrectas?

Inés tembló.

—Tienes razón —murmuró—, nunca lo había pensado de esa manera.

Ema frunció el ceño, miró a Inés con atención y estuvo a punto de decir algo, cuando la joven continuó hablando, inmersa en sus pensamientos.

—Pensé —Inés dudó— que algo así quizás era mejor que quedara perdido.

Ema titubeó, pero al fin asintió.

—Sí, entiendo lo que piensas, aunque —se encogió de hombros

— creo que las cosas ya se pusieron en movimiento.

Se quedaron mirándose un largo rato. Al fin Inés sonrió y le apretó los dedos.

—Prométeme que tendrás cuidado.

Ema sonrió.

—Lo tendré, y gracias por todo, sobre todo por escuchar.

Inés ensanchó su sonrisa.

—Para eso están los amigos —se puso de pie— y creo que mañana ya podríamos comenzar a buscar los tuyos. Así que ahora a dormir.

Ema asintió y se acomodó entre las mantas. No escuchó el regreso de Jimena ni de Rocío. Ni tampoco las vio al día siguiente cuando se despertó.

—El desayuno estará listo pronto —anunció Inés.

Como si la hubiera escuchado, Rocío entró en la cabaña con una olla humeante en las manos. Ema se levantó de un salto.

En ese momento, escucharon el grito de Jimena.

Ema e Inés salieron corriendo fuera de la cabaña, Rocío se encogió en un rincón. Fuera, Jimena luchaba con dos hombres a la vez.

—Son ellos —susurró Ema y se detuvo.

Inés lanzó uno de los hechizos protectores que le había dado Ema.

—Vete —le dijo mientras avanzaba hacia Jimena.

—No, no voy a dejarlas solas.

—Es a ti a quien buscan. —Inés se volvió a mirarla—. Los detendremos, los despistaremos. —Sonrió—. No te preocupes, Jimena es la mejor. ¡Ve en busca de tus amigos y de tu destino!

Ema miró a Jimena, la joven mantenía a los dos hombres a raya.

—¿Cómo te lo podré agradecer?

—Tal vez algún día volvamos a vernos. —Inés buscó otro papiro —. ¡Ahora ve!

Ema corrió lejos de allí.

Nunca había llegado a preguntarles cómo habían encontrado la cabaña ni por qué estaban solas. Tal vez ellas también formaban parte de un grupo más grande.

—No las olvidaré —dijo para sí Ema sin dejar de correr.

No se detuvo hasta que le fue imposible escuchar los ruidos de batalla, ni ningún otro. Entonces cambió a un andar rápido mientras se recuperaba del esfuerzo. El bosque se enroscó a su alrededor y otra vez perdió la realidad entre el día y la noche.

—Deben de haber pasado al menos tres días —murmuró.

Siguió caminando guiada solo por la intuición, pero esa vez tenía un andar más animado. Cuando consideró que habían pasado las

suficientes horas para que ya fuera de noche otra vez, se animó a hacer un pequeño fuego.

—Inés tiene razón —musitó mirando las llamas—, no puedo estar segura de lo que pasó. Era todo tan confuso —frunció el ceño—, tal vez sí me buscaron. —Sacudió la cabeza—. No importa en realidad, los buscaré yo.

Se acomodó contra un árbol, la temperatura había bajado bastante.

—No puedo darme por vencida —continuó hablando consigo misma, como para llenar el silencio que la rodeaba—, no es así como se llega a ser alguien. Debo ser una guerrera, como Jimena. —Se rio por lo bajo—. Tal vez eso es lo único bueno de Raquel: sabe luchar. Le demostraré que yo también puedo hacerlo. Encontraré a los otros y rescataremos a Tadeo —se apretó más contra el tronco y cerró los ojos —, les mostraré a todos.

A la mañana siguiente, se levantó antes de que el sol saliera, o al menos así lo pareció, ya que las frondosas hojas no dejaban ver casi el cielo. Caminó sin prestar atención a las ramas que se ponían en su camino ni a todas las veces que se tropezó. Hacia la tarde, el bosque volvió a abrirse y descubrió una pequeña aldea.

Ema sonrió y aceleró el paso.

Cuando llegó a la primera casa, se cayó al piso y se recostó contra la pared. Parecía que el cansancio había esperado para aparecer en ese momento.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una vieja que se acercaba por el costado—. ¿Otra visitante extranjera?

Había utilizado la lengua común con mucho acento, pero su tono era amistoso. Ema enarcó las cejas y luchó por ponerse de pie.

—Tranquila, muchacha. —La vieja hizo unas señas y aparecieron unos muchachos de unos diez años, que ayudaron a Ema a levantarse—. Se nota que estás agotada, debes recuperarte.

Los niños la guiaron dentro de la casa y la sentaron en el comedor. Era un cuarto pequeño, pero agradable. Los muebles eran pocos y estaban muy desgastados. Diversos adornos salpicaban toda la habitación.

Uno de los chicos había corrido a traerle un vaso con agua. Regresó con un simple tazón de madera y una enorme sonrisa.

—¿Hay otros visitantes? —preguntó Ema antes de dar el primer trago.

—Sí —asintió la vieja—, dos hombres y una chica, bah, uno de ellos todavía es un niño. Están buscando a una muchacha —la miró con ojos acuosos— y creo yo que están a punto de encontrarla…

Ema soltó la respiración.

—Tengo que ir a buscarlos. —Se puso de pie.

—No, tienes que descansar. —La vieja sonó severa—. Deja que los muchachos corran, deben gastar en algo útil toda esa energía.

Hizo un gesto a los chicos, que salieron disparados fuera de la casa.

—Gracias. —Ema volvió a sentarse.

Poco después, se escucharon los pasos de múltiples personas acercándose a la casa. Ema se puso de pie apenas Gaspar y Mayra entraron en la habitación. Se quedaron mirándose unos a otros en silencio durante largos minutos. Al fin, Ema sonrió dudosa y avanzó un paso.

—Los extrañé, creí que los había perdido.

Mayra fue la primera en acercarse y la abrazó con fuerza.

—¡Pues serás tonta! ¿Cómo vas a desaparecer así? Nos asustaste.

—Creí…, creí que se habían ido sin mí. —Se ruborizó.

—Nunca hubiéramos hecho eso. —Gaspar clavó sus dedos en el brazo de Ema, que aún estaba alrededor de su amiga.

—Lo sé —miró a Gaspar por sobre el hombro de Mayra—, es que me asusté y… pensé…, no sé…

—Pues no tienes que pensar más —expresó Mayra mientras se alejaba de ella y se limpiaba disimuladamente los ojos—. No te hubiéramos hecho eso, somos un equipo.

—Sí, sí —dijo Ema y no le importó dejar correr las lágrimas.

Gaspar la abrazó con cautela y la soltó con rapidez, luego se quedó mirándola seriamente. Ema se puso en punta de pie y le dio un rápido beso en los labios, que esa vez Gaspar contestó al instante.

La vieja sonrió mientras los chicos hacían ruidos de asco. Mayra y Yago se miraron y desviaron la vista. Cuando el beso terminó, Ema carraspeó y se alejó un poco.

—¿Y Yago? —La voz se le quebró un poco.

—Estoy aquí —dijo el soldado.

Ema se ruborizó, Gaspar la soltó para que se acercara a Yago.

—No te había visto…, eh, quiero decir, me alegro de que estés bien.

—Lo mismo digo. —Rio Yago.

Ema inspiró.

—Tienen a Tadeo.

—Lo sabemos —dijo Mayra.

—Vi cuando se lo llevaban —Yago se puso serio—, no había nada que pudiera hacer, eran muchos y yo estaba solo.

—Pues ya no lo estás. —Se irguió Ema.

—Lo primero que debes hacer, joven, es descansar —dijo la vieja, de la cual todos parecían haberse olvidado.

Los chicos habían desaparecido en algún momento, cuando los extraños dejaron de ser interesantes.

—Sí —dijo Mayra—, te ves horrible.

—Gracias. —Sonrió Ema.

—Tenemos unos cuartos alquilados —informó Yago—. Ven, comeremos algo y nos pondremos al día —se volvió hacia la anciana —, muchas gracias por su gentileza. —Le tendió una moneda.

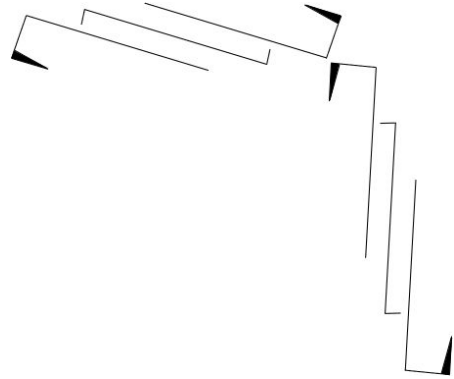
—Oh, eso no es necesario.

—Por favor —insistió Ema—, le agradecemos la amabilidad y esperamos no haberla molestado mucho.

La mujer aceptó la moneda.

—Para nada, joven, ahora tengo algo que comentar con mis vecinas. —Sonrió.

Yago los guio hasta una de las casas más grandes de la aldea. Allí vivía una pareja sin hijos a la que le sobraban dos habitaciones. Aunque pequeñas, en cada una entraban dos camastros. Se reunieron en una de ellas. Gaspar insistió en que Ema se acostara mientras Yago y Mayra iban en busca de algo de comer. Antes de que acabara la tarde, habían terminado de contar sus respectivas historias y comenzaron a planear el rescate de Tadeo.



Capítulo XVII

—TODAVÍA TE ESTÁN BUSCANDO —dijo Yago a Ema—, así que no creo que hayan ido muy lejos del último lugar estuvimos. Esa cabaña debe de estar cerca.

Ema asintió.

—Primero necesito recrear todos mis hechizos —miró sus manos vacías—, no me queda nada, ni siquiera tengo papiros ni plumas —echó una ojeada a Mayra con las mejillas ruborizadas—, también perdí mi bolsa.

—Y yo —murmuró Gaspar.

—Por suerte Yago y yo tenemos cabeza —Mayra se puso de pie y se llevó las manos a la cintura—, eso es lo primero que hay que asegurar y reasegurar cuando se está de viaje, especialmente cuando se está siendo perseguido.

—Ya no hay nada que se pueda hacer —dijo Yago haciendo que se sentara otra vez—. Creo que podemos conseguir papiros, aunque no muchos. Si todavía no se movieron, entonces sé por dónde puede estar el campamento. Además de buscarte a ti, buscan otra cosa.

Ema elevó las cejas.

—¿El libro?

—Creo que sí —asintió Yago.

—Pero lo tenía Tadeo.

—Tal vez lo perdió durante la lucha —dijo Gaspar.

—O lo escondió —Mayra golpeó un dedo sobre sus labios—, creo que esa otra opción me convence más.

—Tal vez —siguió Yago—, pero el caso es el mismo. Lo mejor sería contar con una distracción.

—Y ya sabemos quién será. —Sonrió Mayra.

Yago se rascó la cabeza.

—Todavía no estoy convencido.

—Yo tampoco —agregó Gaspar.

—Vamos, ya lo habíamos discutido —se exasperó Mayra—. Ema será la defensa y obviamente Yago es el ataque y, si necesita ayuda —se encogió de hombros—, Gaspar es más fuerte que yo, no hay que pensarlo más.

—Te daré un escudo —dijo Ema—, así estarás a salvo.

—¿Ven? —sonrió Mayra—, nada de qué preocuparse.

—Conozco a los magos —dijo Yago— y si son buenos, notarán el escudo.

—No importa —insistió Mayra—, soy solo la distracción.

Yago y Gaspar se miraron el uno al otro, pero no continuaron discutiendo. Estuvieron preparándose los dos días siguientes, durante los cuales Ema y Gaspar tomaron unos minutos para ellos cada tanto. Sin embargo, la que se veía más feliz era Mayra, como si todo hubiera sido obra suya.

Encontraron el campamento donde Yago había esperado que estuviese. Además de Raquel y su asistenta, estaban el clérigo, dos magos y dos hombres armados, probablemente, mercenarios, uno de ellos parecía herido. Tadeo estaba atado a un árbol, muy golpeado, y aparentaba estar inconsciente.

Yago dio la señal y Mayra se encaminó hacia el campamento. Al llegar a ellos, simuló sorprenderse de encontrarlos, se demoró mirando hacia todos lados y salió corriendo. Uno de los magos y el hombre que no estaba herido salieron tras ella. Se encontraron con Yago esperando en mitad del camino. Ema, oculta a un costado, bloqueó el ataque del mago y Gaspar, que apareció por detrás, lo golpeó en la cabeza con una piedra. El hombre tambaleó y Mayra lo remató con un palo en la espalda. Mientras tanto, Yago había terminado con el otro, que yacía inconsciente a sus pies.

—Átenlo —dijo mientras hacía lo propio con su contrincante. Se puso de pie cuando terminó y se dirigió al grupo—. Bien, ahora queda solo un mago y el hombre herido.

—Y el clérigo —agregó Mayra—, no confío en él.

—Yo tampoco confiaría en Raquel —agregó Ema—, podría tener hechizos preactivados.

Yago asintió.

—Bien, tendremos que dispersarlos.

—¿Voy de vuelta? —preguntó Mayra.

—No caerán en lo mismo —negó Yago—, sobre todo cuando vean que los otros dos no regresan.

—¿Entonces? —preguntó Gaspar.

—Me temo que será un ataque más directo.

—Bien —dijo Ema y sacó dos papiros.

Avanzaron todos juntos y luego se separaron para acercarse desde diferentes direcciones. Reaccionaron como se lo temían. Todos tenían hechizos de ataque y Raquel los arrojaba con vicio. El único que permanecía a un lado era el clérigo, al cual Mayra no le sacaba el ojo de encima. Luego de unos minutos de enfrentamiento, parecía que iban a tener que retirarse, no estaban haciendo mella. Entonces, entre las explosiones, comenzaron a llover flechas. El mercenario herido de Raquel cayó abatido por una clavada en el cuello. Una decena de hombres apareció entre los árboles, encabezados por Osvaldo.

—Hola, madre.

—¿Qué haces, imbécil? —gritó Raquel—. No ataques a mis hombres.

—Oh —sonrió Osvaldo—, pero si son justamente a quienes quería atacar.

—Soy tu madre.

—Me abandonaste herido en el río, y no es la primera vez que me dejas —gritó con el rostro enrojecido—. Nunca te ha importado si vivo o no.

—Debí haberte matado con mis propias manos —rugió Raquel —, hace años o aun antes. Dios sabe que lo intenté, golpeé y golpeé mi vientre, pero aun así no te fuiste. Tal vez por eso naciste imbécil.

—Sí, madre, soy un imbécil porque debería haber hecho esto antes. —Hizo una señal a los hombres.

—¿Qué estás haciendo? —Raquel retrocedió un paso.

El grupo de Ema se había detenido, con toda la atención puesta en lo que sucedía entre Raquel y su hijo. Yago fue el primero en reaccionar.

—No nos quedaremos a ver el final —dijo después de reunir a los demás—. Vamos, debemos liberar a Tadeo.

No habían avanzado más que unos pasos cuando el clérigo se interpuso entre ellos.

—No golpearán a un hombre de fe, ¿no? —Sonrió—. Un soldado con honor.

Yago titubeó.

—Yo sí lo haría —lo desafió Mayra a la vez que descargaba un golpe en su nuca.

—¡Mayra! —gritó Yago.

—Después —dijo ella, que ya se encaminaba hacia Tadeo.

Raquel estaba totalmente concentrada en defenderse de su hijo. Solo le quedaban un mago de ataque y la criada, que sollozaba contra un árbol.

Desataron a Tadeo y Yago se lo cargó al hombro. Se alejaron de

allí con los ruidos de pelea menguando a sus espaldas. Gaspar, que iba a la retaguardia, echó una mirada atrás.

—No creo que a la señora Raquel le vaya bien.

—Su propio hijo. —Negó con la cabeza Yago.

—Se lo merece —opinó Mayra.

Yago la miró de reojo.

—Hay algunas cosas que no están bien, se las mire como se las mire. —Apretó los labios.

—Recuerda que el clérigo estaba con ellos —dijo Ema.

—Que un hombre falte a su honor no quiere decir que uno pueda faltar al suyo.

—Solo está inconsciente —acotó Gaspar.

Yago negó con la cabeza otra vez.

—Son jóvenes —suspiró—, pero no son malos.

Mayra suprimió una sonrisa.

—¿A dónde vamos?

—A la cabaña de la que les conté —dijo Ema—, si ellas siguen ahí, Inés podrá curar a Tadeo.

El mago no había abierto los ojos ni durante la pelea ni durante el viaje. Ema lo miraba con preocupación cada tanto, pero Yago le aseguraba que no tenía ninguna herida de gravedad, al menos visible, y la respiración era estable.

Después de varias horas, cuando ya habían dejado de correr y avanzaban con lentitud a través del espeso follaje, Ema se detuvo.

—Es aquí.

Se abrió camino entre tupidas ramas colgantes y los llamó desde el otro lado. Uno a uno, fueron pasando por el estrecho pasaje. Se agruparon en el pequeño claro. La cabaña se veía aún más desolada.

—Acogedor —dijo Mayra.

Ema los guio dentro. Yago y Gaspar llevaron a Tadeo a la cama, mientras Mayra iba en busca de un poco de agua fresca.

—Parece que ya no están —dijo Ema con tristeza.

—Pues yo no me quedaría mucho tiempo en este lugar. —Mayra frunció la nariz, mirando alrededor.

—Aquí hay señales de batalla —gritó Yago desde fuera, donde estaba recorriendo los alrededores de la cabaña.

Ema dejó a Tadeo con Mayra y salió a reunirse con el soldado.

—Sí, cuando me fui Jimena estaba luchando con dos hombres. —Alzó las cejas de repente—. Creo que uno de ellos era el que atamos y el otro debe de ser el que estaba herido. ¿Eso quiere decir que ella ganó, que pudieron huir?

—Sí —dijo despacio Yago—, puede ser… O también podría ser…, aunque no creo que les hicieran eso a unas mujeres indefensas.

—No eran tan indefensas si una de ellas manejaba una espada —

dijo Mayra, que se había acercado a ellos— y de esos me creo cualquier cosa.

—Pues yo prefiero creer que pudieron huir —se abrazó Ema a sí misma—, hicieron mucho por mí y les debo.

—Las encontraremos —dijo Mayra apoyando su mano en el brazo de Ema—. Luego de que terminemos este viaje loco, preguntaremos por ellas, una guerrera y una maga solas no deben de ser difíciles de encontrar. ¿La tercera qué era?

Ema frunció el ceño.

—No llegué a preguntar.

Gaspar abrazó a Ema por detrás y esta apoyó la cabeza sobre su pecho.

—¿Cuánto tiempo crees que podamos quedarnos aquí, Yago? —preguntó el muchacho.

El soldado miró alrededor.

—Creo que no más de uno o dos días.

—¿Pero Tadeo podrá recuperarse en ese tiempo? —preguntó Ema.

—Si no lo hace, prepararemos una camilla para llevarlo con nosotros. —Sonrió Yago.

—Iré a ver cómo está —dijo Ema rompiendo el abrazo.

Ella y Mayra limpiaron las heridas del mago, mientras Yago y Gaspar iban en busca de algo de comer. La cabaña contaba con un pequeño lugar para hacer el fuego y cocinar algo. Mayra salió, en la noche, a llevarle una porción a Yago, que andaba patrullando alrededor. El soldado la aceptó con una sonrisa y comió con entusiasmo.

—Eres muy buena cocinera, aun con tan pocos ingredientes.

—Gracias —dijo Mayra y se sentó a su lado—. ¿Por qué sigues con nosotros?

Yago levantó la mirada.

—Solo estoy cumpliendo mi palabra.

—Ya —Mayra hizo un gesto—, pero ¿por qué darla en un principio? No estás ganando nada por estar con nosotros, te pones en peligro y pierdes dinero.

—El dinero no es gran cosa —se encogió de hombros— y el peligro es parte de mi profesión.

—¿No tienes familia?

—Mis padres murieron cuando era muy joven y no tengo hermanos, no me queda familia —le sonrió a Mayra—, pero me gustaría formar una.

Ella se removió incómoda. Se había levantado una fresca brisa que se arremolinaba alrededor del claro. El cielo, casi completamente cubierto, apenas mostraba un par de estrellas. Mayra recogió las

piernas contra sí.

—Yo no quiero tener hijos —susurró.

—¿Por qué no?

—¿Y si quedan solos? No les haría eso.

—No todos pierden a sus padres de jóvenes.

Mayra lanzó una risa amarga.

—Pues todos aquí estamos igual.

Yago asintió.

—Tal vez, no sé el mago, pero ustedes se juntaron porque tenían eso en común. Sin embargo, hay muchos de su edad que disfrutan de una familia unida.

—No me gusta pensar en eso.

—Yo sí, quiero tener hijos propios y, tal vez, adoptar otros.

Mayra lo miró con fijeza.

—¿Lo harías?

—Sí, cualquier pareja casada puede hacerlo, si demuestra poder mantenerlos. Me gustaría.

Mayra fijó la vista a lo lejos. Aunque todo estaba oscuro, la fresca brisa traía los sonidos del batir de las hojas.

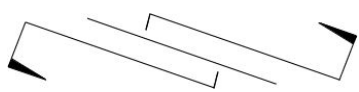
—No lo sé —dijo al fin—, nunca había pensado que encontraría a alguien en quien pudiera confiar.

—¿Y ahora lo has hecho?

Mayra sonrió y se puso de pie.

—Creo que ya te distraje demasiado. Además, me gusta interrumpir a Ema y Gaspar, se ponen tan nerviosos.

Yago la vio marcharse, con una sonrisa.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Tadeo despertó. Lo hizo de repente, lo que asustó al grupo que desayunaba a su alrededor.

—No sé si despertarme y verlos a todos ustedes es algo bueno —gruñó.

—De nada —dijo Mayra y le alcanzó el desayuno.

El mago se incorporó y aceptó el bol.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ema.

—Mal —ladró Tadeo y dio un bocado—. ¿Y Raquel?

—En una disputa familiar. —Sonrió Mayra.

El mago enarcó las cejas.

—Eso no es sorprendente. —Miró alrededor con claro disgusto —. ¿En dónde estamos?

—En una cabaña abandonada —dijo Ema—, la encontré después de huir.

—¿Cuánto tiempo pasó?

—Cuatro días.

Tadeo maldijo por lo bajo. Le tendió el bol vacío a Mayra y le hizo una seña con la cabeza para que le sirviera más.

—Esa mujer nos hizo perder tiempo —sonrió de costado—, aunque al menos no obtuvo lo que estaba buscando.

—El libro —Ema se acercó hacia él—, ¿lo perdiste?

—¡Claro que no! No soy un principiante. —Ema contuvo la respuesta mientras Tadeo daba otro bocado—. Lo escondí, tendremos que recuperarlo antes de seguir.

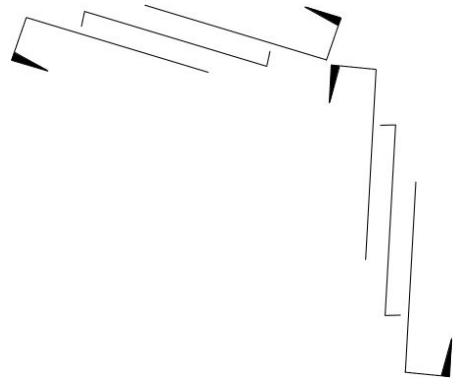
El grupo murmuró su descontento por tener que ir a la parte del bosque donde todavía podían merodear Raquel y Osvaldo.

—No hay otra opción —dijo Tadeo—, es nuestra única pista para encontrar lo que buscamos. Partiremos mañana.

—¿No deberías descansar un poco más? —preguntó Ema.

—Esto no es una excursión, muchacha. Dime que al menos tuviste la sensatez de conseguir papiros.

Ema suspiró y fue en busca de su nuevo bolso, el que Yago había insistido en regalarle. Ella y Tadeo pasaron el resto del día escribiendo hechizos en los pocos papiros que le quedaban.



Capítulo XVIII

PARTIERON AL DÍA SIGUIENTE. Tadeo se quejaba a cada rato de la falta de caballos, aunque era evidente que se avanzaba más rápidamente a pie.

—¿Qué tan grande es este bosque? —preguntó Mayra mientras apartaba una rama—. Parece interminable.

—Creo que estamos siempre dando vueltas por el mismo lugar —comentó Yago.

Tadeo y Ema iban un poco más apartados a la delantera. Cada tanto, Tadeo lanzaba miradas a Ema.

—¿Qué sucede? —preguntó ella al fin.

—No creí que volvieras. No creí que ninguno lo hiciera.

—Eres mi tutor —se encogió de hombros Ema—, además tú me dijiste que me buscarías.

—Sí —suspiró Tadeo—, lo dije, pero me estaban torturando en ese momento.

Ema vio la sombra de una sonrisa en el rostro del mago.

—Pues si eso es todo lo que se necesita para que lo reconozcas.

—¿Reconocer qué? —bufó Tadeo—. Yo no reconocí nada. Nos necesitamos el uno al otro, por eso…

—No es esa la única razón —dijo Ema—. Estos últimos días tuve tiempo para pensar y…

—Eso nunca es bueno.

—Solo quería decir…

—No vamos a entrar en esa conversación —la cortó Tadeo—. Creo que es por allí. —Señaló hacia unos árboles muy juntos.

—Todo se ve igual —dijo Gaspar, que iba detrás de ellos—.

¿Cómo puedes saberlo?

—Si viajas el suficiente tiempo a través de bosques, notas que no todo es igual.

—Es cierto —dijo Yago—, hay pequeñas diferencias, por todos lados. Yo me adelantaré y…

—¡Abajo! —gritó Tadeo.

Una explosión pasó por encima de sus cabezas. Ema reaccionó rápido y la siguiente detonación chocó contra un escudo. Reconocieron la voz de Raquel por sobre el barullo. Los golpes se sucedían desde todos los lados y era difícil discernir quién caía y quién gritaba. Entre el humo, Ema de repente se encontró frente a frente con Raquel. Las ropas de la mujer estaban sucias y en jirones. El pelo era un desastre, pero se mantenía erguida y sus ojos despedían furia. Ema retrocedió un paso, Raquel sostenía dos papiros en las manos.

—Todo esto es tu culpa —dijo Raquel entre dientes—, todo comenzó a ir mal desde que te conocí.

—Hace años que me conoces. —Ema miró alrededor.

—¡Desde que vales la pena! —Raquel avanzó más—. No te hagas la idiota conmigo, niña. Si me hubieras hecho caso…

—Si no me hubieras perseguido… —rebuscó en su bolsillo—, ¿por qué es tan importante…?

—¡Nadie me quita lo que es mío! —rugió—. ¡Nadie!

—Estás loca —murmuró Ema.

—Nunca me llames así. —Raquel se abalanzó sobre ella.

Ema alzó los brazos y Raquel se vio envuelta en una telaraña brillante. Rebotó por la propia fuerza de su ataque y golpeó contra un árbol. Trató de ponerse de pie, pero estaba mareada y atrapada en el hechizo de Ema.

—Ese lo estaba guardando para ti.

Raquel se puso de pie y alcanzó a dar dos pasos antes de volver a caer entre chillidos enfurecidos.

—Ema, ¿estás bien? —Apareció Gaspar a su lado.

—Sí —dijo ella, que no quitaba la vista de Raquel.

—Vamos, tenemos que reunirnos con los otros.

—Me temo que no puedo permitir eso. —El clérigo había salido de la nada, como siempre.

—¿Qué haces aquí? —Se adelantó Gaspar—. ¿Por qué siempre estás en el camino?

—Tengo que cuidar los intereses de la fe.

—¿Qué tiene que ver con esto? —Ema se puso a la par de Gaspar.

El clérigo sonrió.

—Todo, no se puede permitir que la magia tenga más poder,

crearía un desbalance.

—¿Desbalance? La fe no es poder, es compasión, es…

—Has leído las enseñanzas.

Gaspar se sonrojó, Ema lo miró con expresión compleja. El clérigo avanzó un paso hacia ellos, con una fugaz mirada a sus espaldas.

—Si me dejas explicarte, muchacho, tal vez podríamos llegar a un acuerdo que…

De repente, cayó hacia adelante y Mayra apareció detrás de él, jadeante y con un palo en la mano.

—Me está empezando a gustar esto. —Sonrió a sus amigos—. Vamos, los demás ya fueron sometidos. ¿Dónde está Raquel?

Ema se dio la vuelta, Raquel todavía se debatía contra el hechizo.

—No parece tan altiva ahora, ¿eh? —dijo Mayra.

—Pagarán por esto, todos ustedes —masculló Raquel.

—Tal vez deberíamos atarla —opinó Ema.

—¿Cuánto durará el hechizo?

—Unos minutos más.

—Iré en busca de Yago —Mayra pateó al clérigo—, este también necesita una atadura.

—Ve con ella —dijo Gaspar—, yo vigilo.

—No hace falta…

El muchacho la cortó y le señaló la pierna.

—Estás herida.

—¡Es cierto, Ema! —Se acercó Mayra—. Vamos, regresaré con Yago en un santiamén.

Cuando volvieron, a los pocos minutos, Gaspar estaba inconsciente en el suelo y no había rastros de Raquel ni del clérigo. Yago se arrodilló al lado del muchacho.

—Creo que es solo un golpe en la cabeza. —Lo sacudió con suavidad.

Gaspar abrió los ojos con un gruñido.

—¿Qué sucedió? —preguntó Mayra.

—No lo sé —Gaspar se frotó la nuca—, sentí un golpe y luego… Yago me estaba sacudiendo.

El soldado lo ayudó a incorporarse.

—Debe de haber quedado otro de sus esbirros suelto —dijo Mayra—, pero no pudieron haber ido muy lejos. —Se volvió hacia Gaspar—. ¿El hechizo seguía?

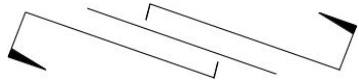
—Déjala —dijo Yago.

—Pero…

—Ellos no son nuestra prioridad.

Mayra bufó, pero lo ayudó a llevar a Gaspar hacia donde

esperaban Ema y Tadeo.



NO LEJOS DE ALLÍ, Raquel avanzaba con un paso tambaleante. Continuó caminando durante un día, estaba sola. Ni siquiera notó que el clérigo deambulaba a unos árboles de distancia. Lo que sí oyó fue el ruido de cascos que se aproximaban.

—Osvaldo —dijo con la voz carrasposa.

El jinete se detuvo frente a ella. Raquel alzó las manos.

—Hijo, espera.

—Así que todavía sigues aquí —miró a su alrededor—, pero ahora estás sola, al menos que tengas más de tus secuaces ocultos por ahí. —Entornó los ojos—. No creo que te quede nada con qué volver a pagarles a los míos.

—Osvaldo, por favor, tienes que ayudarme.

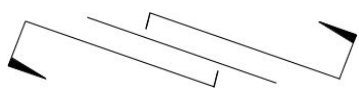
—¿Yo? ¿Por qué?

—Soy tu madre.

Osvaldo alejó el caballo de ella.

—¡¿Vas a dejarme acá sola?!

—¿Por qué no? Yo también estoy solo —repuso y espoleó el caballo.



TADEO SONRIÓ mientras sacaba un bulto del escondite. Dentro estaba el libro y su bolsa de dinero.

—¿Lo escondiste todo junto? —preguntó incrédula Mayra.

—No había muchas posibilidades de que lo encontraran.

—Habrá utilizado algún tipo de magia —dijo Yago.

Tadeo volvió a sonreír, se veía como un chico maligno.

—Vamos, no quiero quedarme más en este bosque.

—¿A dónde vamos? —preguntó Gaspar, ya estaba volviéndose su pregunta habitual.

—A la cabaña —respondió Ema.

Tadeo frunció el ceño.

—No creo que sea lo mejor —opinó Yago—, ya pasamos allí mucho rato.

—No quedan muchos de ellos —dijo Mayra—, solo Raquel y alguno más.

—Y el clérigo —agregó Gaspar.

—A ese lo tengo controlado. —Rio Mayra.

—Después tenemos que tener una charla. —Suspiró Yago.

—Es la cabaña —le dijo Ema a Tadeo—, siento que todavía falta algo allí.

—Está bien —suspiró el mago—, iremos.

Llegaron al claro entrada la noche. Disfrutaron de una comida abundante y se permitieron pensar que podían descansar en paz. Aunque Yago no dejó de vigilar. Cuando todos se habían ido a dormir, Ema se acercó a Tadeo.

—¿Qué quieres?

—Creo que algo cambió… en la cabaña y cuando luché contra Raquel, después sentí…

—Espero que no sea una consciencia.

Ema lo miró un rato.

—Podrías tomar el libro e ir solo.

—Tal vez te necesite para abrir la puerta —dijo Tadeo sin mirarla.

—Podrías obligarme.

—¿Lo preferirías? —Enarcó las cejas.

—¿Por qué no quieres aceptar que…?

—Solo estoy tomando el camino más fácil, muchacha.

Ema se puso de pie.

—Ya no estoy tan segura.

Tadeo la observó entrar en la cabaña y sacó su pipa. Se quedó fumando con el ceño fruncido la mayor parte de la noche.

Por la mañana, Ema encontró a Tadeo sentado al lado del fino río, estudiando el libro. Se acomodó a su lado, en silencio.

—Creo que tu intuición todavía no falla —dijo el mago.

—Yo sabía —sonrió—, lo sabía, yo…

—Me refiero a la magia —señaló hacia atrás de la cabaña—, deberíamos ir por allí.

Ema suspiró y luego frunció el ceño.

—¿Qué hay?

—Una pendiente bastante empinada y rocosa, pero se parece a esto. —Marcó el dibujo en el mapa.

—¿Qué dice allí? —preguntó Ema.

El mago sonrió.

—La cabaña del ermitaño.

Ema sonrió a su vez.

Emprendieron el viaje después de un almuerzo temprano. El paisaje fue perdiendo vegetación y volviéndose más rocoso. Yago insistió en detenerse a cazar y guardar comida y agua, ya que, si se iba la vegetación, también los animales. Almacenaron algunas de las pieles, aunque solo alcanzaban a cubrir apenas sus espaldas. A medida

que avanzaban y el frío arreciaba, notaron que estaban en terreno montañoso. Tadeo se detuvo una tarde, dos días después.

—¿Qué sucede? —preguntó Ema.

El mago sacó el libro y miró el mapa y los picos frente a él varias veces.

—¿Qué? —se impacientó ella.

—Por allí — señaló Tadeo—, ese pasaje.

Ema lo miró y después el mapa.

—Es este —dijo Tadeo.

Ema siguió con el dedo su trayecto, en el mapa desembocaba en un gran valle.

—¿Qué pone aquí?

—Este, querida, dice ser el reino entre las nieblas.

Ema levantó la vista y sus ojos relampaguearon.

—¡¿Entonces qué esperamos?!

Salió corriendo hacia el pasaje. Tadeo sonrió y la siguió.

Llegaron al valle hacia el anochecer y se quedaron inmóviles frente a la espesura del bosque frente a ellos.

—No puede ser —murmuró Mayra.

—Tiene que ser otro —dijo Gaspar.

Yago no hizo ningún comentario, pero intercambió una mirada con Tadeo. Ema se adelantó por sí sola. Se detuvo entre dos árboles nudosos.

—Es por aquí.

—¿Cómo puedes…? —comenzó Gaspar, pero recibió un coscorrón de Tadeo.

—Con tu actitud no encontraríamos nada, muchacho.

—Estoy segura —insistió Ema y se concentró en el mago—, es por aquí.

La siguieron dentro del follaje y pronto se vieron rodeados de una densa niebla. Ema se volvió hacia Tadeo y sonrió. La risa del mago resonó en el denso bosque.

[image]

Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en *Twitter* o *Instagram*.

Agradecimientos

¡Gracias por poder publicar mis libros! Y gracias a ti por leerlos.